



El Sol de Monet

Miguel Ángel Itriago M.

El Sol de Monet

Miguel Ángel Itriago Machado

mitriago@gmail.com

Todos los derechos reservados

El autor deja expresa constancia de que los personajes y hechos narrados en esta novela son imaginarios; razón por la cual, cualquier semejanza o parecido con instituciones, personas o hechos, será mera coincidencia.

Portada: reproducción fotográfica del cuadro *Impresión, Sol naciente* de Claude Monet.

El Sol de Monet

I

El señor Jean Claude Leclerq, director del Museo Marmottan Monet de París, era un hombre pequeño, de mediana edad, ojos azules saltones amplificados por gruesos lentes y grandes entradas que delataban una inminente, pero prematura, calvicie.

Vivía con su esposa Geraldine y sus dos hijas, Michelle, de veinticuatro años de edad, y Tessa, de apenas diez años, en una pequeña residencia de la bella población de Giverny, cerca de París.

Estudió arte, quizás por haber residido casi toda su vida en Giverny, donde se encuentra la hermosa residencia del gran pintor Claude Monet, famosa por sus coloridos jardines.

—Monet fue un gran pintor, uno de los mejores del mundo —solía decir—, pero fue mejor jardinero que pintor.

Leclerq era considerado una autoridad en el arte del movimiento impresionista y, particularmente, en las obras de Claude Monet.

Su extraordinario dominio de todo lo relacionado con Monet hizo que los medios culturales de Francia recibieran con beneplácito la noticia de su designación como director del museo.

Jean Claude se levantó nervioso. No había podido dormir y su futuro yerno, Adolphe, novio de su hija Michelle, había ofrecido buscarlo a primera hora de la mañana.

Desde la ventana, vio que Adolphe ya estaba esperándolo en su automóvil, a la entrada de la casa.

Antes de salir, Leclerq besó en la frente a su pequeña hija Tessa, quien dormía profundamente. Tomó en la cocina el café caliente que le había preparado su esposa, y, con lágrimas en los ojos se despidió de ella y de su hija mayor, Michelle.

—No te vas para siempre, ni será un largo viaje, papá. Solo irás a Lyon. Mañana, Dios mediante, estarás de regreso. Además, Adolphe te acompañará.

Deberían viajar en avión o en tren, sería más práctico.

—Créeme, Michelle, que para mí este será el viaje más largo y desagradable de mi vida. Si viajara en avión o en tren, llamaría mucho la atención. Además, llevo el rollo. Nadie sospechará si voy a Lyon por tierra y en un 2CV.

—Llevar ese rollo es demasiado riesgoso, papá.

¿Por qué no lo dejas aquí? Podría escondértelo. Estaría más seguro. Cuando escondo algo, ni yo misma lo encuentro.

—No, hija; eso mismo me propuso tu madre, pero debo entregarlo. Es demasiada responsabilidad. Además, dejarlo aquí sería muy peligroso para ustedes. Quiero librarme de él.

Estos últimos quince días han sido un verdadero infierno. No sabes cómo envidio a mis tranquilos vecinos de Giverny.

Cuando estaban en el automóvil, una niña de cabellos rubios, cara pecosa, grandes ojos azules como los de su padre, muy delgada y descalza, salió corriendo de la casa, todavía en ropa de dormir:

—¡Espérame, papá! ¿A dónde vas? ¡Llévame! ¡Iré contigo! ¡Me arreglo en un instante! ¡Me portaré bien!

—No, Tessa, mi amor. No puedes ir con nosotros, pero cuando regresemos, prometo llevarte al parque de diversiones más hermoso y bello de toda Europa.

Reza por mí, hija mía. Hoy, más que nunca necesitaré de tus oraciones.

—No tardes, papá. ¡Te quiero!

La niña besó ambas mejillas de su padre, y el pequeño Citroën 2CV de Adolphe arrancó cuando el sol proyectaba sus primeros rayos de luz sobre el río y los hermosos campos que rodeaban al pueblo.

Los dos únicos ocupantes del vehículo vestían ropas casuales, como las de los estudiantes que a esa hora partían de Giverny a sus respectivos centros universitarios.

En la esquina, Leclercq tuvo que quitarse las pesadas gafas, para secarse las lágrimas:

Los ojos se le humedecieron cuando el Citroën 2CV cruzó a la derecha para tomar la carretera, y pudo ver a su pequeña y amada hija, frente a la casa, en medio de la calle, con sus pies desnudos, desafiando el frío y agitando en su mano su inseparable osito de peluche, en señal de despedida.

II

El detective Pablo Morles entró a las oficinas de Robert Clayton, presidente del comité ejecutivo de Interpol en Lyon, como si estuviera entrando a la cocina de su casa.

Saludó amablemente a Jesús Maldonado, el portero del alto funcionario, quien había trabajado para él antes de ir a Lyon.

—Hola, Jesús, ¿cómo estás? ¿Se encuentra Robert en su oficina?

—No, Pablo. Al señor Clayton lo llamaron urgentemente del Instituto de Francia.

—Aprovecharé para dormir un rato en su poltrona, es muy cómoda y suave. La mía debió inventarla un inquisidor.

Además, no he desayunado y Judith, su esposa, le prepara unos sabrosos bocadillos, que él esconde en su escritorio.

Pablo entró a la lujosa oficina y se oyó el ruido de gavetas al abrirse y cerrarse.

Al poco rato Pablo salió del despacho, con varios bocadillos en la mano, y comiéndose uno.

—¡Cuidado, oí subir al ascensor privado!

No había terminado Pablo de decir eso, cuando la puerta se abrió y Clayton entró apresuradamente.

—Buen día, Jesús. ¿cómo te va?

—Muy bien, señor ¿y a usted?

—Bien, gracias.

¿Cómo estás, Pablo? ¡Justo en este momento iba a llamarte! ¿Qué comes?

—Unos deliciosos bocadillos que me preparó mi esposa, ¿quieres uno, Robert?

—Gracias, Pablo. Me caerá muy bien. Me llamaron del Instituto de Francia y no me dio tiempo de comer algo.

—Magda me los prepara especialmente...

—Felicítala de mi parte, Pablo, son deliciosos. Tienes suerte de que ella sea tan buena cocinera. Dile que le pase la receta a Judith. A mi esposa nunca le quedan buenos.

—Le diré que la llame, Robert.

—Gracias. Entra, Pablo. Viene alguien muy importante, de París.

—¿Quién es, Robert?

—Jean Claude Leclerq, nada menos que el director del Museo Marmottan Monet.

—¿El director de un museo es alguien importante? No creo que haya algo más aburrido y frío que un museo, jefe. A mí la palabra museo me produce repulsión y sueño.

Cuando llegamos a Francia, Magda, los muchachos y yo fuimos al Louvre y vi tantas obras de arte que me hastié y no puedo ver ni una más.

—¡No repitas eso! Podrían guillotinarlo en la Plaza de la Concordia.

Los franceses vamos más a los museos que a los servicios religiosos. Para nosotros, son templos sagrados.

—Los doy por vistos.

III

Clayton se adelantó para recibir al director del museo y a su joven acompañante:

—Pase adelante, señor Leclerq. Es un honor que usted y el señor Adolphe Remin hayan venido personalmente a mi despacho.

Mi amigo, el comisario Germain Flamcourt de la Policía Nacional, me advirtió sobre su llegada. Tomen asiento, por favor.

Leclerq miró extrañado y con cierta prevención a un hombre joven, alto, flaco, de nariz aguileña, penetrante mirada y cabellos largos, negros y desarreglados, que acompañaba a Clayton, y dijo:

—Gracias, señor. Perdone que haya venido vestido de manera tan informal, pero temí ser reconocido. El señor Remin, prometido de mi hija Michelle, ha tenido la gentileza de traerme y acompañarme.

Debo advertirle que nuestra visita tiene carácter confidencial.

Clayton respondió:

—No se preocupe, señor Leclerq, el detective Pablo Morles es uno de nuestros más brillantes asesores e investigadores. No habla muy bien el francés, ya que tiene poco tiempo con nosotros en Lyon, pero se hace entender y comprende perfectamente lo que se le dice.

Pablo se ha convertido en mi mano derecha.

Morles agradeció el cumplido y saludó amablemente a los recién llegados.

—Encantado, señor Morles. Puede hablarme también en español, si gusta. Hice una pasantía en el Museo Nacional del Prado, en Madrid.

El presidente de Interpol continuó:

—En nuestra comunicación telefónica de esta mañana, el comisario me informó que usted necesitaba hablar urgentemente conmigo a fin de tratar sobre un asunto de gran importancia para el prestigio de Francia.

Puede hablar con entera libertad, el detective Pablo Morles, es un hombre de mi entera confianza.

El director contestó:

—Apreciamos altamente la prontitud con la cual nos atendió, señor Clayton.

—Con gusto habría ido personalmente al museo, señor director.

—Gracias, pero aquí puedo hablarle con mayor tranquilidad, señor Clayton. Allá, la noticia podría extenderse como el fuego en la pólvora.

—Entiendo. ¿Cuál es el problema que le preocupa?

El director no respondió de inmediato. Del rollo que había llevado, parecido al que usan los ingenieros y arquitectos para guardar sus planos, extrajo con mucha delicadeza una tela que extendió sobre el escritorio de Clayton.

Era una pintura que representaba un puerto, de tonalidades frías pero con un impactante Sol de color naranja, sobre un cielo gris húmedo, que se reflejaba sobre las aguas, donde estaban esbozadas dos pequeñas embarcaciones de color oscuro que parecen dirigirse al borde inferior del cuadro.

En el fondo, bocetados, entre la niebla o vapores de humedad, se observaban los mástiles de dos grandes barcos que parecían ser unas estructuras portuarias.

—¡Este es el problema! —respondió Leclerq enseñando la tela. ¿Reconoce usted esta obra?

Clayton se acercó a la pintura y la observó con detenimiento:

—¡Desde luego! Siempre he sido un admirador del gran pintor Claude Monet. Ese lienzo es una reproducción de su famoso cuadro *Impresión, Sol naciente*. Ese es el puerto de Le Havre. Tengo entendido que esa pintura fue la que dio su nombre al movimiento impresionista. Por el nombre de ese cuadro, un crítico de arte, denominó así un salón de protesta, pero los mismos pintores acogieron con orgullo ese nombre para su movimiento.

Hace unos meses fui a ver el original de esa obra con mi familia al Museo Marmottan. Esta es, sin duda, una buena copia.

—Acertó. El crítico Louis Leroy despectivamente denominó así al movimiento liderado en 1874 por un grupo de pintores rebeldes, en rechazo al exagerado academicismo del Salón Oficial, promovido por la Academia de Bellas Artes; movimiento el cual instaló paralelamente el Salón de Pintores Independientes,

en el número 35 del bulevar de los Capuchinos en París.

En ese salón participaron, además de Monet, otros grandes artistas: Pissarro, Degás, Renoir, Cézanne, Sisley y Morisot.

Sin embargo, usted cometió un pequeño error, señor Clayton. Esta obra no es una copia: ¡es el original!

—¿El original? ¿Lo trajo en un 2CV para esta reunión desde la calle Louis Bouilly en París? ¿No fue muy riesgoso, director? ¿Lo trasladó sin marco, ni protección?

Una obra tan importante como esa no debería ser movilizada, y en caso de ser requerido su traslado, debió haberse trazado, con expertos en arte, una estrategia de máxima seguridad, con un vehículo especial, blindado, una caravana de guardias y técnicos en desastres artísticos, previa la contratación de seguros.

El director sonrió por primera vez desde que entró a las oficinas de Interpol.

—Sí. Eso habría sido lo normal. Pero esa pintura no la saqué del Museo Marmottan Monet, sino que la traje por tierra desde mi casa, ubicada en las afueras de Giverny.

—¿Está seguro de que es la pintura original, señor Leclercq?

—¡Absolutamente seguro! Soy un conocedor de la obra de Monet.

Algunos autores consideran que Monet pintó ese cuadro durante su estadía en Le Havre, en la primavera de 1873. Sin embargo, el mismo Monet lo fechó escribiendo el número 72 al lado de su firma.

El profesor Donald Olson, físico y astrónomo de la Universidad de Texas, hizo un extraordinario trabajo de investigación, basado, entre otras informaciones, en la posición del Sol, un estudio comparativo de las mareas, vientos e imágenes de otros cuadros y más de cuatrocientas fotografías del puerto de Le Havre.

Olson determinó que la escena representada en el cuadro *Impresión, Sol naciente* correspondió exactamente al día 13 de noviembre de 1872, a las 7:35 a.m., y que fue observada hacia el sureste por Monet desde la ventana de su habitación en un hotel de dicho puerto.

Clayton replicó con tono de duda:

—Si esa pintura se encuentra aquí, no puede estar simultáneamente en el Marmottan.

¡Alguien tuvo que haber advertido su ausencia!

Es la obra de arte más importante de ese museo y una de las más importantes del mundo.

Leclercq le respondió, apenado:

—Hasta ahora nadie ha notado su desaparición. Allá está el otro cuadro, la copia que usted vio con su familia.

Como director del Museo Marmottan Monet, lamento que al igual que millares de personas, usted haya pagado para entrar a la institución, en la falsa creencia de que tendría el honor de ver el original de *Impresión, Sol naciente*.

IV

Hasta entonces, Pablo había permanecido casi en silencio, tratando de entender por qué esa tela era tan importante; sin embargo, se atrevió a preguntar:

—¿Nadie notó la suplantación? Supongo que varios millares de personas visitan ese museo cada año, entre ellos muchos conocedores de arte, incluso los directivos y empleados de la misma institución.

Imagino que habrá sido descolgado varias veces por expertos y técnicos para labores de mantenimiento. ¿Ninguno de ellos observó que no era el original?

—No, señor Morles. Me avergüenza reconocerlo, porque soy uno de ellos. Pero la reproducción que está en el museo no es una copia cualquiera. ¡Es otra obra de arte!

—Nada sé de arte, señor Leclerq, pero sí sé algo de delitos; y leí en alguna parte que esa pintura fue robada a finales del siglo pasado y que fue recuperada varios años después. ¿Acaso la “recuperada” no fue la original?

—Todo es posible, señor Morles. Lo que afirmó es cierto: el cuadro *Impresión, Sol naciente* fue robado por cinco hombres armados, con las caras descubiertas, excepto uno, que ingresaron al museo el domingo 27 de octubre de 1985, y se lo llevaron en el portaequipajes de un coche, junto con otras ocho valiosas pinturas, entre ellas, varias obras del mismo Monet.

El cuadro estuvo desaparecido durante varios años. Se supone que los ladrones esperaron que se disipara el enorme revuelo que el robo produjo en el mundo del arte, para venderlo en el mercado negro.

Pero cometieron un grave error: la obra era tan famosa que nadie con alguna mediana cultura artística podía olvidarla, y el robo la hizo aún más famosa.

Después de varios años de hibernación, los maleantes se atrevieron a iniciar las ofertas en el mercado negro, y un “pitazo” alertó a Interpol sobre un catálogo en Japón, en el cual ofrecieron las obras robadas.

Se dice que en el hecho estuvo relacionado un tal Shuminichi Fujikumado.

Las investigaciones condujeron a una pequeña villa en Córcega, donde la

pintura *Impresión, Sol naciente* fue recuperada en diciembre de 1990.

Interpol intervino en la recuperación de esa obra; de modo que ustedes poseen información privilegiada sobre ese caso.

—Es cierto. Recuerdo que en esa época asesoré al entonces presidente del Comité Ejecutivo.

Pablo preguntó al director Leclerq:

—¿Qué diferencia existe entre esta pintura y la del Museo Marmottan?

—Solo hay una pequeñísima diferencia que pueda ser percibida por el ojo humano, sin lentes especiales: en la embarcación que está en primer plano, en la que aparece esbozada una figura humana de pie, se aprecia un ligero desplazamiento, de solo fracciones de milímetros, hacia el lado derecho del cuadro.

Aunque hay otra prueba más reveladora: como probablemente usted sabe, ese cuadro lo pintó Monet como parte de sus experimentos sobre la luz. Es increíble, pero a pesar de la intensidad del sol anaranjado, prácticamente la luminosidad del astro es la misma del cielo gris violáceo que lo rodea.

Para hacer que el Sol se destacara, Monet jugó con los colores complementarios y con la variedad de las temperaturas del color, sin recurrir, como otros pintores lo hacían y hacen, al claroscuro, es decir al aumento de la intensidad de la luz mediante el contraste de luces y sombras.

Sin embargo, si sometemos la otra tela, la que tenemos en el Museo Marmottan, a un estudio fotométrico, con instrumentos muy sensibles, obtendremos resultados sobre la luminosidad del cuadro algo diferentes a los estudios que poseemos del original pintado por Monet, es decir, del que estamos viendo en este momento.

Morles continuó:

—¿Qué opinión tiene usted sobre el cuadro *Impresión, Sol naciente* que actualmente se exhibe en el museo?

—¡Salvo mejor criterio, la pintura que está en el Marmottan Monet es una excelente copia!

Si no es el original, que en mi opinión no lo es, fue pintada por un gran maestro.

—¿Y sobre esta tela, la que tenemos aquí, en el escritorio del señor Clayton?

—Es una obra magistral, increíble, sin duda. Ya le dije que en mi opinión es el

auténtico original de *Impresión, Sol naciente*.

—¿Y si Monet pintó dos obras casi idénticas, pero con diferentes luminosidades? ¡Ambas serían originales!

—*Impresión, Sol naciente* no es una obra cualquiera, inspector.

Fue y sigue siendo una pintura muy polémica, admirada y criticada al mismo tiempo. Una obra que rompió con los esquemas del arte clásico de la época.

No creo que hayan podido coexistir dos versiones idénticas de *Impresión, Sol naciente*, que hubiesen sido pintadas por el mismo Monet, sin que la noticia se hubiese filtrado en el mundo del arte.

—Sin embargo, director —opinó Clayton— Monet tenía por costumbre, precisamente por sus continuas investigaciones sobre la luz, repetir los temas de sus cuadros, como es el caso de sus pinturas sobre la catedral de Ruan o del parlamento inglés.

—Es cierto, pero cada una de esas obras era diferente a las otras. En el caso de la catedral de Ruan, por ejemplo, pintaba la misma fachada en posiciones, horas y tiempos diferentes, para observar las variaciones de la luz sobre la fachada. Lo mismo podría decirse con relación a sus pinturas sobre el edificio del parlamento inglés, la estación de San Lázaro o las ninfas o nenúfares de sus estanques de Giverny... Cada una es totalmente diferente a las demás. ¡Nunca pintó dos obras iguales!

¡Pero en este caso, el original y la copia son casi idénticos!

VI

—¿Desde cuándo ustedes exhiben la “copia” en el Museo Marmottan Monet?

—Después de su recuperación en diciembre de 1990, el supuesto original se exhibió en nuestro museo a partir de 1991, pero recuerde, señor Morles, que el original es el que ahora, justo en este momento, tiene el raro y asombroso privilegio de tener frente a sus ojos, sobre el escritorio del señor Clayton.

Pablo observó el cuadro con mayor detenimiento, y luego inquirió:

—¿Podría darnos los nombres, señor director, de algunos pintores que en su opinión serían capaces de realizar una copia de *Impresión, Sol naciente* de tan alta calidad?

—A pesar de que conozco a muchos artistas, no he podido encontrar, en mi lista de conocidos, alguno que pueda ser el autor de ese prodigio; pero seguiré buscándolo.

No obstante, una cosa es crear un cuadro, y otra, copiarlo. Hoy las técnicas para la reproducción gráfica han avanzado mucho: se trabaja con proyecciones fotográficas, rayos X, espectroscopios, microscopios y con microscopios electrónicos de barrido, de altísima potencia y resolución. Se utilizan, incluso, sofisticados instrumentos para la medición de las radiaciones...

Esos modernos recursos técnicos, que normalmente usamos para verificar la autenticidad de las obras de arte, sirven también para falsificarlas.

—¿Posee usted información sobre las fechas en las que fueron elaboradas ambas pinturas?

—De la que estamos exhibiendo actualmente en el museo, y que yo creía que era el original, no la tengo; pero tiene que ser mucho más reciente que la del verdadero.

Pablo razonó:

—Debería haber una diferencia notoria entre ambas obras de arte, ya que la copia del Marmottan, según usted mismo afirmó, es relativamente reciente; y este original data de 1872.

Estamos hablando de una separación de aproximadamente siglo y medio entre

ambas obras. Todo tiene que ser diferente: el tejido o urdimbre y el “preparado” del lienzo; la dirección, largo y ancho de los trazos; la composición química de los colores; las marcas de las cerdas o pelos de los pinceles; los aceites y barnices; las huellas de los bastidores; ¡todo tiene que ser distinto, director!

—Sí, detective Morles, lo que dice es rigurosamente cierto. Eso nos tiene intrigados. Pero hasta ahora no hemos detectado esas “diferencias notorias”, salvo las que antes le indiqué.

Sin embargo, la imagen de ambas obras es la misma: el imponente Sol naranja y sus reflejos en el agua, al amanecer, en el puerto de Le Havre, levantándose entre una atmósfera cargada de niebla y humedad, que le otorga ese magnífico color anaranjado.

La coloración de ambas pinturas es similar: tonalidades frías, violetas y azules principalmente, las cuales se mezclan con sus colores complementarios en el círculo cromático, y, en algunas zonas, especialmente en la parte superior, con tonalidades ligeramente cálidas (ocres o amarillas). Las sombras son coloreadas con tonos fríos, delineados con sus complementarios.

La estructura de las dos obras es horizontal y la escena está vista desde la habitación del pintor en un hotel del puerto, por lo que el asimétrico horizonte entre el mar y el océano queda oculto detrás de la neblina y los grandes barcos del fondo, y debe ser subliminalmente descubierto por el espectador.

Por lo que concierne a la técnica empleada en ambos cuadros, también es la misma: pintura al óleo sobre una tela de 47 x 64 centímetros, ejecutada con trazos breves y rápidos cargados de pintura.

Clayton acotó:

—Para hacer una copia casi idéntica al original de esa extraordinaria obra de arte, se requiere, señor Leclerq, además de grandes conocimientos de la pintura, contar con materiales que hoy sería imposible obtener.

—Sí, es difícil mas no imposible: hemos observado, señor Clayton, muchas falsificaciones de cuadros muy antiguos, cuya ejecución se debe en gran parte a los sofisticados recursos que la moderna tecnología ofrece a los falsificadores.

Eso no siempre es fácil o económico, claro está, porque muchas de las grandes obras de arte fueron fabricadas con productos naturales o minerales que ya no se producen o solo se producen en forma limitada y en determinados lugares, o cuya elaboración hoy sería muy costosa.

VII

—¿Ordenó usted, como director del museo, hacer pruebas técnicas para la verificación de la autenticidad de ambas obras?

—No con la profundidad que se requiere para un informe definitivo, pues no queremos provocar un escándalo.

Para no depender exclusivamente de mi opinión, envié unos expertos al museo, que los examinaron confidencialmente, con el pretexto de que necesitaban un informe sobre ese y otros cuadros para el inventario de los bienes bajo custodia del Marmottan.

Desde luego, ahora tendremos que hacer estudios más profundos.

Hay una prueba que podría ser concluyente: los técnicos que recientemente analizaron este cuadro, es decir el que estamos viendo ahora, encontraron lo que piensan que podría ser una prueba secreta e irrefutable de su autenticidad.

—¿Cuál es esa prueba secreta?

—Lo que sería una huella digital de Claude Monet oculta sobre el borde inferior del lienzo, la parte doblada del mismo sobre el bastidor de madera, en donde van las tachuelas.

Clayton preguntó:

—¿Cómo llegó esta pintura a su residencia, señor Leclerq?

—Me la enviaron en este mismo rollo. Antes de abrirlo, pedí al departamento de seguridad del museo que fuera a mi casa a revisarlo con equipos especiales; y me lo devolvieron después de someterlo a los controles usuales y observar que solo contenía un lienzo. El rollo supuestamente fue enviado por un tal Boronali.

No sé, señores si el apellido Boronali les recuerda algo relacionado con el movimiento impresionista.

Morles guardó silencio, pues nunca había oído ese apellido, pero el presidente de Interpol, respondió:

—Sí, director: Me recuerda a la famosa broma de Montmartre, en la que en

1910 un grupo de celebridades, entre ellas Dongelés, Picasso y Dalí, y otros asiduos del cabaret *Au lapin agile*, para burlarse de este mismo cuadro, *Impresión, Sol naciente*, y para desprestigiar a los críticos de arte; ante un Notario, ataron un pincel untado con diversas pinturas a la cola del burro *Lolo* del dueño del establecimiento (Père Frédé), y enviaron a la “obra de arte” al *Salón de los Independientes* con el nombre de *Puesta de sol sobre el Adriático*, como si hubiese sido pintada por un supuestamente famoso, pero falso, artista Joachin-Raphaël Boronali, a quien presentaron como el líder de un movimiento llamado el *Excesivismo*.

El cuadro “pintado” por el burro recibió grandes elogios por parte de algunos críticos, aunque también fue duramente atacado por otros. El apellido *Boronali* de su inventado pintor era un anagrama de *Alborón*, el burro de una fábula de Esopo.

—Exacto, señor Clayton. Veo que conoce la historia. Esa broma, en lugar de afectar el prestigio del cuadro, le dio mayor publicidad. También se la dio al otro cuadro, al del burro, que se muestra en un museo en la ciudad de Milly-la-Forêt, en Essonne, a donde acuden muchas personas para admirarlo.

—¿Y si al usar ese apellido, *Boronali*, el remitente del rollo solo quiso indicarle que se trataba de otra broma? —preguntó Clayton.

Leclerq le respondió:

—Pensé en eso. Es posible que el remitente haya tratado de demostrar con ese envío mi incapacidad para detectar falsificaciones de obras de arte y, por ende, de dirigir el museo. Se trataría de una broma muy pesada.

Pero no creo, señor Clayton, que nadie que esté en su sano juicio sería capaz, solo para gastarme una broma o para que me despidan del museo, de desprenderse del magnífico original de *Impresión, Sol naciente*.

Y menos aún el tenedor del cuadro sería capaz de eso, cuando no ha sido detectada la desaparición de ese original, de incommensurable valor económico, artístico e histórico.

—¿Cuándo llegó esa pintura a su casa?

—La recibí hace tres semanas, detective.

No obstante, fue apenas ayer que me entregaron los resultados de los informes técnicos.

Cuando abrí el rollo y vi esa pintura por primera vez, solo pensé que se trataba de una excelente copia del original que exhibíamos en nuestra institución.

VIII

Clayton preguntó:

—¿Por qué acudió a Interpol, director? Solo somos los coordinadores y colaboradores de las policías de diversos países en investigaciones de carácter internacional...

Que haya sido falsificada una de los varios millones de pinturas valiosas que Francia alberga en sus museos, no creo que genere un escándalo que afecte su inmenso prestigio nacional.

Los cuadros robados, una vez recuperados, adquieren un encanto especial que los hace más atractivos aún, como sucedió con *la Gioconda* o con el mismo *Impresión, Sol naciente* o con algunas de las obras de Gustave Klimt.

Clayton prosiguió:

—Para que Interpol intervenga, señor Leclercq es preciso que exista una investigación policial llevada a cabo por un organismo local y que exija la actuación coordinada de las policías de varios países.

—Ya existe esa investigación, señor Clayton.

—¿Denunció usted el caso a las autoridades francesas?

—El caso está vinculado a otro, más grave, cuya investigación está en pleno curso: la amenaza de un ataque terrorista al Museo del Louvre, si no se les entrega la cantidad de doscientos millones de euros antes de quince días, de los cuales han transcurrido casi dos.

—¿Quiénes y cómo le formularon esa amenaza?

—Llamaron por teléfono a Geraldine, mi esposa, y se lo informaron.

—¿Qué les respondió ella?

—Que hablaría conmigo al respecto, pues ella nada sabía de obras de arte ni de museos.

—Dejaron alguna dirección o instrucción para responderles?

—No. Dijeron que se comunicarían de nuevo conmigo.

—¿Era una voz masculina o femenina?

—Geraldine opina que fue una voz electrónica, artificial, que pudo ser de un hombre o de mujer.

—¿Grabó su esposa esa llamada?

—No. No tengo sistemas de grabación de llamadas en mi residencia privada. De haberlo tenido, mi esposa tampoco la habría grabado. No tenía idea de lo que le dirían.

—¿Se identificaron los extorsionadores como miembros de algún grupo en particular?

—No, pero es obvio que se trata de terroristas, señor Clayton.

—Perdone, director —dijo Morles—, pero hay algo que no entiendo: supongo que el original que espontáneamente los extorsionadores enviaron a su oficina, sin que nadie se los reclamara, ni les pagara nada por tal envío, es decir el mismo que estamos viendo en este momento, vale en el mercado negro mucho más de doscientos millones de euros.

—Está en lo cierto, señor Morles. Hay muchos coleccionistas multimillonarios a quienes no les importaría pagar esa suma u otra mayor, para darse el lujo de tener el “derecho exclusivo” de guardar a *Impresión, Sol naciente* dentro una caja fuerte y poder admirarlo y acariciarlo cuando quieran.

—Eso quiere decir que sus entonces poseedores pudieron haberlo vendido en ese mercado sin necesidad de amenazar con un ataque al Louvre ni ser por ello catalogados y perseguidos como terroristas por los cuerpos policiales de todo el mundo. Los investigadores damos prioridad a esa clase de delitos.

—Por supuesto, detective.

—Entonces, ¿sería tan amable de explicarme qué interés podían tener esos supuestos terroristas de poner sobre aviso precisamente al director del Museo Marmottan, y de “donarle”, nada menos, el cuadro más famoso de ese museo y del movimiento del impresionismo francés?

Además, no es fácil hacer de manera subrepticia una negociación de doscientos millones de euros. Un pago por ese elevado monto sería inmediatamente detectado por los diversos organismos que combaten el

lavado de dólares, euros y otras divisas para el financiamiento del terrorismo o del narcotráfico, entre otros delitos.

—Sí, tiene razón, señor Morles: un pago secreto e ilegal por ese monto, es prácticamente imposible para un particular, pues jamás pasaría desapercibido; pero es menos difícil de hacer para el Estado, que suele movilizar inmensas cantidades de dinero. ¡Ese es mi problema!

IX

—Entiendo que quiere decirnos, señor Leclerq que las amenazas contra el Louvre fueron una forma más “sutil” que eligieron quienes hurtaron el original para vender “legalmente” un cuadro, sin duda de origen poco santo, que de otra manera no habrían podido ofrecer ni en el mercado negro, sin que las autoridades descubriesen la negociación.

—Entendió muy bien, detective. Esas personas no quisieron que les pasara lo que sucedió al japonés Fujikumado cuando puso a la venta este mismo cuadro o una réplica del mismo como si fuese el original.

—Pero de todas maneras, los receptores de ese pago o rescate en definitiva serían unos particulares, es decir, los mismos extorsionadores, y el desembolso podría ser rastreado fácilmente. No veo diferencia entre una forma de pago y otra.

—A menos que el mismo gobierno no quiera que sean rastreados o perseguidos, señor Morles. Hay mecanismos para “legalizar” ese pago.

Le repito que el valor cultural e histórico de esa obra pictórica es inconmensurable, y por ello, cualquier cifra que se mencione para rescatarla, por elevada que sea, parecerá justificada, razonable y hasta baja.

—¿Y por qué el gobierno no habría de querer rastrear o perseguir a esos extorsionadores, señor Leclerq? Lo lógico y legal es que lo haga.

—Porque entonces, no obstante haber pagado el precio de la extorsión, los terroristas consumirían su criminal ataque en contra del Museo del Louvre.

Clayton, observó:

—Ese riesgo lo ha tenido y lo tendrá siempre el gobierno, aunque haya pagado o en el futuro pague el rescate. Y lo tiene y tendrá también en cualquier otro museo o sitio público. Todos los países están expuestos a eso.

Además, si el solo temor a un eventual ataque criminal fuese suficiente para justificar el pago del precio de la extorsión, no habría necesidad para los maleantes de entregarle adicionalmente el original del cuadro de Monet.

Les bastaría exigir el pago de los doscientos millones de euros para no volar

el Museo del Louvre. Y se quedarían con ese original, para negociarlo en el mercado negro.

—No, señor Clayton. Sin la entrega del original de *Impresión, Sol naciente*, el gobierno francés jamás podría justificar el pago de esa o de otra suma a los terroristas. Las leyes, políticas y acuerdos internacionales se lo prohíben.

De hacer el gobierno ese pago, al día siguiente tendremos miles de amenazas similares.

Morles replicó, con evidente disgusto:

—Creo que no nos está contando toda la verdad, señor Leclerq. Esa patraña de la amenaza contra el Louvre no tiene relación alguna con el cuadro de Monet.

Con el debido respeto, creo que nos está ocultando la verdadera razón de su visita y que ha inventado lo del Louvre para que le hagamos caso.

¡Robert, te ruego darme permiso para retirarme de esta reunión! De quedarme aquí, podría decir algo inconveniente.

Conocedor de que entre las virtudes de Morles, no estaba incluida la diplomacia, Clayton, con una inclinación de cabeza, le manifestó que le concedía permiso para retirarse; y Morles después de dar la mano al sorprendido Leclerq, se dirigió a la salida.

Pero Leclerq le gritó, angustiada:

—Por favor, señor Morles, ¡No se retire! ¡Quédese! ¡Se lo ruego! ¡La vida de una persona inocente, de una niña, está en juego!

Pablo le respondió, indignado:

—Usted nos ha mentado... ¿Cree que puede engañarnos con esa pueril mentira, la de que le están pidiendo dinero para no atacar al Louvre?

¿Sabe lo que le cuesta a Francia iniciar una investigación sobre eso? ¿El daño al turismo, del cual dependen tantas familias francesas?

¿Qué interés tiene usted en que nos creamos eso? ¿Tiene alguna participación sobre lo que paguen?

Leclerq respondió:

—Perdonen, señores, que les haya ocultado los verdaderos hechos.

Si usted, señor Morles, se queda y me oye, estoy seguro de que me entenderá y disculpará.

Debí decirles toda la verdad, la otra parte de este caso: lo que los extorsionadores quieren no es que el gobierno francés no los persiga, sino que el Museo Marmottan, a través de uno de sus directivos, evite que eso suceda durante varios días, para darles tiempo de cobrar el rescate.

Es decir, que impida que el pago sea detectado durante los pocos días necesarios para que ellos puedan poner a salvo en un paraíso fiscal, y repartirse el dinero del rescate de *Impresión, Sol naciente*.

—¿Quién es ese directivo?, preguntó Clayton, cuando ya Morles estaba cerca de la puerta:

—¡Jean Claude Leclerq; o sea yo, señor Clayton!

Al oír lo que había dicho Leclerq, Morles, quien ya tenía un pie fuera de la oficina, regresó y parándose frente a la butaca del director, le espetó:

—¿Y por qué razón habría usted de hacerse cómplice de un delito, ayudando a unos malhechores?

—Porque adicionalmente hicieron otra petición, que no les expuse, señores, ya que nunca accederé a ella: me exigieron que en garantía de que el gobierno les pagara el “rescate” del cuadro y de que yo no los denunciaría, ¡les entregara durante un mes a Tessa, mi adorada hija de 10 años!

—¿Entendí bien, señor Leclerq? ¿Le están exigiendo que entregue a su pequeña hija como rehén?

—Sí, detective, ¡oyó bien! Eso me exigieron a través de mi esposa, Geraldine.

—¿Cuándo? ¿En la misma llamada telefónica inicial?

—En una segunda llamada, efectuada ayer en la tarde.

—¿Quedó grabada?

—No. Ya le dije que en mi casa no tenemos equipos para la grabación de llamadas.

—¿Qué les contestó su esposa?

—Geraldine les dijo que jamás entregaríamos a nuestra hija.

—¿Qué le respondieron?

—Que entonces la matarían.

—¿A quién matarían, a su esposa o a la niña?

—¡A la niña! ¡A mi hijita!

—¿Qué hizo su esposa entonces?

—Geraldine se ofreció ella misma como rehén, en lugar de nuestra hija Tessa; pero los extorsionadores no aceptaron el cambio.

Le dijeron que mientras la niña estuviera con ellos sería bien cuidada y que nos la devolverían en perfecto estado, siempre que yo les transfiriera los doscientos millones de euros a una cuenta que oportunamente me indicarían.

—¿Puede usted hacer eso?

—Legalmente, no. Además, para que el museo pueda hacer un pago no presupuestado por tan alto monto, se requiere, entre otras aprobaciones: la de la directiva del museo, la de su administradora, es decir, la Asamblea de Bellas Artes francesa, y la del Instituto de Francia, al cual dicha academia está adscrita; otorgadas por sus respectivos órganos colegiados, en sesiones previamente convocadas.

Sin embargo, excepcionalmente podríamos obtener de la presidencia autorización para que el ministerio de las finanzas públicas asigne al Marmottan una partida extraordinaria, prevista para atender emergencias o negocios impostergables.

Una vez obtenida la autorización presidencial, esa partida podría mobilizarse con tres firmas:

La de la señora Aimée Lefèvre, presidenta de la Academia de Bellas Artes francesa; la del señor Guillaume Morelli, contralor interno del museo Marmottan, designado por la misma Academia, y quien está al tanto del problema y ofreció ayudarme; y la mía.

Además, se requieren informes técnicos debidamente razonados.

X

—¿Adoptó usted alguna precaución para proteger a Tessa después de la amenaza contra ella, señor Leclerq?

—Sí, detective: llamé en secreto al comisario Germain Flamcourt, quien ofreció enviar escoltas de civil para reforzar la vigilancia de mi familia.

—¡Eso no es suficiente!

Su esposa y su hija deben salir pronto de allí, e ir a un lugar de máxima seguridad, utilizando otras identidades.

¡Eso es lo primero que debió hacer!

¡El cuadro es lo de menos, señor!

—Tiene razón. Lo haré de inmediato.

En eso, el teléfono de Adolphe repicó. Era Geraldine que quería hablar con Leclerq. El joven pasó el teléfono al director, quien habló unos minutos con su esposa.

Cuando terminó, Leclerq dijo a Clayton y a Pablo:

—Perdonen la interrupción. Parece que nuestro amigo, el comisario Flamcourt nos leyó el pensamiento: la llamada de Geraldine fue para informarme que la Policía Nacional le había enviado dos vehículos especiales para trasladar a nuestra hija Tessa a un refugio seguro, fuera de la ciudad.

Tessa salió de nuestra casa hace apenas unos minutos. Uno de los vehículos regresará en una hora a buscar a Geraldine, a fin de darle tiempo para recoger la ropa y las demás cosas que necesitarán. Mientras tanto, la casa quedará custodiada por un equipo de guardias secretos, que reforzarán a los escoltas habituales.

—Siendo usted, yo llamaría primero al comisario Flamcourt, para verificar si fue él quien mandó a buscar a su hija.

—Es una buena recomendación, señor Morles. Lo llamaré ahora mismo.

El rostro del director se fue transformando a medida que hablaba con el jefe policial. Cuando terminó de hablar, se desplomó en una de las butacas,

sollozando, mientras exclamaba:

—¡Flamcourt no envió por ellas! Fue un vil truco de los extorsionadores. Esos canallas secuestraron a mi Tessa. ¿Qué será de mi pequeña? ¿Qué le pasará? ¡Dios mío! ¿Cómo puede existir gente tan malvada? ¡Es solo una niña!

Pablo aconsejó al director:

—No podemos perder tiempo, señor Leclercq. Llame a su esposa y pregúntele cómo eran los vehículos donde se llevaron a la niña; cómo estaba vestida Tessa cuando se la llevaron; cuántos hombres o mujeres la secuestraron, y sus características y atuendos.

Si su esposa no puede darle esas informaciones, es posible que alguien del servicio de su casa, sí haya observado esos detalles.

El director llamó a su esposa, pero cuando esta entendió que su pequeña Tessa había sido secuestrada, sufrió una crisis nerviosa y no pudo hablar más.

Adolphe entonces llamó a su novia Michelle; la puso al tanto de la situación y le pasó su móvil a Pablo.

—Hola, Michelle, soy Pablo Morles, de Interpol. ¡Serénate, por favor! Necesitamos que estés lúcida y activa: en unos minutos llegará una ambulancia a tu casa, distinguida con la matrícula 171286, con dos médicos y dos enfermeros para atender a tu madre. Llevan todo lo necesario.

La ambulancia será escoltada por tres vehículos de la policía, debidamente identificados como tales.

¡A nadie más abras la puerta!

Toma nota, Michelle: necesitamos fotos recientes de tu hermanita Tessa, exámenes médicos y odontológicos, una lista de los medicamentos que recibe o requiere, un informe sobre sus hábitos y costumbres; cualesquiera tareas escolares o cartas escritas por ella o dibujos que encuentres; información sobre su móvil, si lo tiene. Si se lo llevó, ¡no se te ocurra llamarla! Nuestra gente se encargará de ello.

Lo más urgente por ahora son los datos de los vehículos, el número del celular de Tessa y sus fotos.

A medida que vayas consiguiendo esas informaciones, por favor, envíalas al

móvil de Adolphe.

Sabemos que estás impactada, pero con tu ayuda, lo lograremos.

Michelle solo atinó a decir:

—¿Está mi padre de acuerdo con eso? ¿Y si los secuestradores se enteran de que ustedes los están persiguiendo y matan a Tessa? ¿No creen que es mejor esperar hasta que ellos se comuniquen nuevamente con nosotros?

—Cada segundo cuenta para Tessa, Michelle. Tu padre no está en condiciones de hablar ni de opinar en este momento pero confía en nosotros, ya que no puedes creer en esos extorsionadores. ¡No se puede dar tiempo a quienes secuestraron a una niña de diez años!

Los de Interpol no somos dioses, pero tenemos el personal entrenado y capacitado, y los equipos necesarios para resolver situaciones como esta. Si sigues nuestras instrucciones, aumentarás las probabilidades de que recuperemos con vida Tessa.

—Tiene razón detective. ¡Cuente conmigo!

Robert Clayton por su parte llamó al comisario Germain Flamcourt, quien impartió las órdenes e instrucciones para proteger a Leclerq, a su esposa y a su hija mayor.

Entre esas medidas, el comisario Flamcourt ordenó instalar un sistema de intercepción de llamadas. Además, montó alcabalas móviles en las posibles vías de salida de la ciudad, a fin de detener a cualquier persona extraña que circulara por el sector, especialmente a quienes llevaran menores.

El celular de la niña estaba apagado.

Del aeropuerto despegaron inmediatamente varios helicópteros que sobrevolaron la zona, buscando autos sospechosos.

En pocos minutos, todas las patrullas tenían fotos de Tessa.

Un operativo policial sin precedentes se organizó en la región para tratar de localizar los dos automóviles marca Renault, uno de color azul marino y otro gris oscuro, que según Geraldine y Michelle, utilizaron los secuestradores para llevarse a la menor.

Los periodistas quisieron saber las causas de esa enorme movilización, en una zona tan tranquila como siempre había sido Giverny.

Como las autoridades guardaron el secreto, corrió el rumor de que estaban buscando a unos terroristas.

Los altos jefes encargados de la seguridad fueron inmediatamente informados; y ordenaron guardar el más estricto secreto sobre lo del cuadro de Monet, y resolver la situación del secuestro de la manera más efectiva y menos riesgosa para la niña.

El comisario Flamcourt, encomendó la dirección e investigación del caso a Pablo Morles, quien a tales efectos fue investido de la condición de agente especial de la Policía Nacional de Francia.

Pero a pesar de la intensa actividad de búsqueda desplegada, ni Tessa, ni los automóviles de sus secuestradores, fueron localizados.

XI

—Señor Leclerq: ¿Estaba asegurado el cuadro *Impresión, Sol naciente*?

—No, señor Morles. El presupuesto del museo, apenas alcanza para pagar los gastos de personal y de mantenimiento de las obras que exhibe.

Si la Academia de Bellas Artes francesa asegurara todas sus obras de arte, todo su presupuesto sería insuficiente para pagar las elevadas primas.

Preferimos invertir en personal y equipos contra robos.

La mayoría de las pinturas que están en el Marmottan son de incalculable valor. Solo de Monet, nuestro museo cuenta con más de cien obras. No hay precio ni indemnización que pueda cubrir su valor.

Pero en el supuesto de haber existido algún seguro para *Impresión, Sol naciente*, la obra de arte asegurada sería la que todavía está en ese museo, y no el original que tenemos en frente.

Estoy seguro de que muy pronto los medios de prensa me atacarán por no haber asegurado a *Impresión, Sol naciente*. El cuadro es lo único que interesará a la mayoría de los ciudadanos. Para ellos la vida de mi hija es irrelevante, pero para mí, lo es todo.

Críticas similares por la ausencia de seguros las hubo cuando ese mismo cuadro fue robado en octubre de 1985. Pero si uno le sube un euro al irrisorio precio actual de la entrada al museo, todos dirán que eso es un ataque a la cultura.

Pablo le contestó:

—Para nosotros también es más importante la vida de su hija que ese cuadro y que todos los museos de Francia, señor director.

Tenga la seguridad de que recobramos viva a Tessa, al precio que sea.

Aquí el problema no es el cuadro, señor Leclerq; todo lo contrario: ¡tenemos uno idéntico de más!

—Lo malo, señor Morles, es que la vida de Tessa, está en riesgo; y a pesar de sus buenas intenciones, no creo que ustedes puedan hacer algo para rescatarla,

sin grave riesgo para ella.

—El señor Clayton y yo, al igual que muchos policías cuyos nombres ni siquiera se conocen o conocerán, hemos manejado y superado situaciones más difíciles y peligrosas que esta, señor director.

Por lo general, todos nuestros casos son riesgosos y exigen altas cuotas de sacrificio.

Cuando los de Interpol le decimos que vamos a solucionar el caso de su hija, no es una mera expresión formal para darle tranquilidad, ni es porque usted sea el director de uno de los más bellos museos de Francia.

—Le agradezco sus bellas palabras, detective, pero sé que es elevado el número de secuestros que terminan con resultados fatales. Sin embargo, en este caso, aspiro que las recomendaciones del alto gobierno influyan en su interés de resolverlo.

—No, señor Leclerq: igual moveríamos cielo y tierra si se tratase de la hija del más humilde de los labriegos. Al decirle que rescataremos viva a Tessa, estamos comprometiéndonos con usted a salvarla, ¡y lo haremos!

—Gracias, señores.

—Si quiere salvar a Tessa, señor director, a juro va a tener que tratar con esas otras personas, con el lado oscuro del alma humana. Y eso no le será fácil.

—¡Lo haré! Díganme ustedes lo que debo hacer...

Pablo le respondió:

—Confiar en nosotros, director, pase lo que pase.

—Perdone, señor Morles: ¿Qué interés podría tener un extranjero como usted en salvar a mi hija, si ni siquiera la conoce?

Estoy seguro de que usted nada sabe de Monet ni del cuadro. Ni tiene idea de lo que significa para Francia.

A pesar de que soy el director de un museo de la nación que le ha dado trabajo y hospedaje, hace pocos minutos groseramente pidió permiso al señor Clayton para retirarse.

¿Quién me garantiza que no me abandonará nuevamente?

Fue Clayton, quien le respondió:

—¡Yo, señor Leclerq! ¡Se lo garantizo yo, Robert Clayton, personalmente y como presidente de Interpol!

El inspector Pablo Morles, señor director, no solo es uno de los mejores detectives del mundo: es el único hombre que puede salvarle a su hija. ¡Créame!

Considero que esto es un asunto de Estado, y encargo oficialmente al inspector Pablo Morles para que sea quien dirija las investigaciones.

Sorprendido por las alabanzas de Clayton, y su enérgico apoyo, Pablo se quedó mirando fijamente al director del museo, sin decir palabra alguna.

Leclerq bajó la cabeza, avergonzado, y le expresó:

—Perdone, señor Morles. Solo estoy desesperado. No sé ni lo que me pasó. Normalmente no soy así.

Le ruego excusarme. ¡Haré lo que usted diga; lo que sea para salvar a mi hija!

—No se preocupe, señor director.

Lo comprendo perfectamente. Yo también tengo una pequeña hija, llamada Paula, que fue secuestrada y que estuvo a punto de morir por causa de una bomba...

¿Sabe quién me la devolvió viva, cuando la creí muerta por la explosión? La persona que yo menos esperaba: ¡un niño indigente, un niño de la calle que dormía entre bolsas de basura!

XII

Clayton pidió permiso para salir de la oficina, con el objeto de preguntar a sus asesores sobre lo que debía hacer con el cuadro que Leclerq había dejado sobre su escritorio.

Morles aprovechó para interrogar a su estilo al director y le dijo confianzudamente:

—Lo primero que tenemos que hacer, Leclerq, es seguirles el juego: decirles, cuando te llamen, que harás todo lo posible para pagarles el precio que piden.

Regatea. Si no lo haces, pensarán que se quedaron cortos y aumentarán sus aspiraciones. Además, eso te permitirá ganar tiempo y les indicará que no te será fácil conseguir el dinero; pero no les menciones, de entrada, inconvenientes ni dudas algunas sobre tus posibilidades de obtener y de entregarles esa elevada suma.

Dales a entender que el pago sí será posible, pero que tienes que estudiar y decidir la forma mejor para ellos y para ti de hacerlo.

Eso garantizará la vida de Tessa, por lo menos, hasta que se cumpla el plazo que te dieron. Nos quedan trece días y unas horas. Aprovecharemos al máximo ese tiempo.

—Eso será complicado, Pablo.

—Por supuesto que lo será. Pero poco a poco les iremos mostrando las dificultades, no ahora. Haremos que ellos mismos vean que estás actuando diligentemente hacia ese objetivo. Los pondremos de nuestro lado.

—Pero, ¿y si se cumple el plazo?

—¡Pagaremos el rescate!

—¿Cómo? No tenemos ese dinero. Ni el Instituto ni la Academia lo tienen. La autorización presidencial requerirá meses, si es que el presidente llega a otorgarla.

—Modificaremos algunas autorizaciones anteriores, para incluir en ellas la adquisición de ese cuadro.

—¡Eso sería un delito, Morles!

—Ese es un problema menor. Lo importante es rescatar primero a tu hija. Después, ya veremos cómo recuperamos el dinero.

—Tienes razón, Morles. Ese procedimiento es lógico.

—Posiblemente alguien de tu entorno, bien sea de tu residencia o de tu trabajo, está implicado en esto.

—Lo dudo. Todos son de mi mayor confianza.

—*Todo el mundo es bueno hasta que deja de serlo.* Esa es una verdad del tamaño de una catedral.

¿Qué pretexto has pensado para justificar tu absurdo viaje por tierra a Lyon?

—Que necesitaba ir de paseo para aclarar la mente...

—¿De paseo con el prometido de Michelle? ¿Sin tu hija, ni tu esposa? ¿Justo cuando acaban de secuestrar a Tessa decides salir a disfrutar del paisaje?

Esa excusa no te servirá, Jean Claude. Mejor di que estabas en una reunión con el presidente de la república.

—¡Nadie lo creerá!

—Todos lo crearán. Mañana aparecerás con Adolphe en todos los noticieros y diarios acompañando al presidente en el acto solemne que se realizó esta mañana en Lyon.

—Eso no es posible... ¡no estuvimos allí!

—¡Estuvieron, Leclerq! Si en su época Monet hubiese contado con el *Photoshop* y otros programas avanzados para el tratamiento de imágenes, no habría tenido que gastar tanta pintura para elaborar su *Impresión, Sol naciente*... ¡habría hecho milagros!

—¿Pondrás nuestras fotos como si hubiésemos estado en el palacio? ¿Con esta vestimenta casual, en ese acto solemne?

—No, los pondremos con otra facha. Trabajaremos no solo con las fotos, sino también con los videos.

—Supongo que para eso necesitarán sacarnos antes algunas fotos.

—Ya las tenemos. Nuestras cámaras de seguridad te las tomaron y siguen tomando. Hasta el presidente jurará que estuviste allí, pues aparecerás dándole la mano y dirigiéndole algunas palabras con tu propia voz.

—¿Y todo eso para qué?

—Quienes secuestraron a tu hija tuvieron y tienen control de todos tus pasos. Deben haber notado tu extraña salida de madrugada y se estarán preguntando si viniste a reunirte con la policía o si empezaste a hacer las diligencias para pagarles el rescate.

Que crean que ya hablaste con el presidente, para obtener “legalmente” los recursos, será una buena noticia para ellos.

—Entiendo.

—Regresarás en uno de nuestros aviones y Adolphe lo hará aparte, en su auto.

Necesitamos una lista de todas las personas que viven o trabajan en tu residencia, o que te prestan servicios, aún de carácter temporal o esporádico, como los choferes, jardineros, panaderos, por ejemplo.

Igual con quienes se relacionan contigo en el museo.

—Esa última lista será enorme: ¡soy el director!

—Ya sé que eres el director. No te envidio ese cargo ni me interesa.

—Disculpa, Pablo. Solo quise decirte que la lista será larga, porque trato con mucha gente todos los días.

—Provisionalmente excluye de esa lista a quienes no hayas visto en los últimos meses y a quienes no veas regularmente.

—Así lo haré.

XII

—Necesitamos también información detallada sobre tu acompañante, Adolphe Remin.

—Solo es el novio de mi hija Michelle.

—Es una cuestión meramente formal. El solo hecho de haberte acompañado hasta aquí con esa obra, es suficiente para que lo interroguemos.

Adolphe intervino:

—No tengo inconveniente alguno en declarar, señores.

—Gracias, muchacho. Tienes cara de buena gente. ¿Podrías dejarme un momento a solas con el señor Leclerq? Debo hacerle algunas preguntas confidenciales.

—No hay problema, señor Morles.

—A la salida del pasillo, a mano derecha, encontrarás una cafetería. Lo que pidas será gratis.

—Gracias, señor.

Cuando quedaron solos, Pablo preguntó a Leclerq:

—¿Desde cuándo conoces a tu futuro yerno?

—Desde que mi hija me lo presentó, hace poco menos de un año.

—¿Dónde lo conoció?

—Estudian en la misma universidad.

—¿Y qué estudian?

—Arte, como yo. Piensan especializarse en el movimiento impresionista. Eso no es raro, todo en Giverny gira en torno a Monet; la casa del pintor, los jardines, los estanques de los nenúfares, los restaurantes y cafeterías, las librerías, las tiendas de recuerdos, las ventas de semillas de plantas...

—¿Conoces a los padres y demás familiares de Adolphe?

—Sí. Son buenos vecinos nuestros y viejos conocidos.

—¿A qué se dedican?

—La madre, a oficios del hogar; y el padre tiene una agencia de turismo en Vernon, una ciudad cercana.

—¿Tienes jardinero?

—Sí. un señor mayor de origen español, llamado Diego.

—¿Cuál es su apellido?

—No lo recuerdo. Quien se entiende con él es Geraldine.

—¿Cuánto tiempo tiene con ustedes?

—Unos dos años. Lo contraté después que despedí al anterior.

—¿Por qué lo despediste?

—Porque le faltó el respeto a Geraldine. Era buena gente, pero tomaba mucho y se le subieron los humos a la cabeza.

—¿Adolphe ha sido el único novio de tu hija Michelle?

—No. Antes tuvo otros. El penúltimo fue un muchacho de Vernon, que se volvía loco por ella, pero era muy celoso y Michelle lo dejó.

—¿Sabes su nombre?

—Se llamaba Alex. El apellido se lo preguntaré a mi hija y te lo daré. Nunca me cayó bien. Michelle es muy bella y extrovertida, y atrae a muchos hombres, algunos muy buenos, pero no sé por qué ella siempre escogía a los menos indicados.

XIII

—¿Tienes alguna amante, Jean Claude?

—¿Qué si tengo una amante? ¿Te atreves a preguntarme eso? ¿Qué tiene que ver con el secuestro de Tessa?

—Sí. Te estoy preguntando exactamente eso mismo, ¿o es que no sabes lo que es una amante? Lo de si está o no está relacionada con el secuestro de tu hija, me corresponde averiguarlo a mí.

Leclerq tragó saliva, meditó un momento y respondió luego:

—No tengo, pero sí tuve una. Fue una relación muy breve y oculta, terminamos hace algunos meses.

—¿Cómo se llama?

—Es una dama muy hermosa e inteligente, con mucha fama en el medio. Primero nos comunicamos por Internet y luego nos hicimos íntimos amigos.

—Contesta mi pregunta, no la evadas. ¿Cómo se llama?

—Charlotte.

—¿Charlotte qué?

—Charlotte Blanche. Es divorciada. No tiene hijos.

—Quiero todos sus datos personales, fotos si las tienes, y los nombres, apellidos y profesión del exmarido.

—¿Esa información tendrá carácter confidencial?

—¿Importa eso en este momento?

—No, Pablo. Solo me importa Tessa.

—De acuerdo, empezamos a entendernos Jean Claude.

—¿Cómo terminó esa relación?

—Había tenido unos problemas con Geraldine, pero logré solucionarlos y decidí no ver más a Charlotte. No sé qué me pasó. Esa mujer me volvió loco, pero me sirvió para descubrir que es a Geraldine a quien verdaderamente

amo.

—¿Nada más te sirvió para eso? ¿Estuvo ella de acuerdo con la ruptura?

—Charlotte se enojó mucho conmigo y me dijo que lo lamentaría siempre, pero que ni soñara con volver a ella.

¿Supo Geraldine de esa relación?

—Sí.

—¿Quién la informó?

—La misma Charlotte.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos siete meses.

—¿Has vuelto a verla?

—No.

—¿Crees que realmente Charlotte se enamoró de ti?

—No. Nunca me amó. Pero si la ves, entenderás por qué me enamoré de ella... ¿Qué interés podría tener una mujer hermosa y rica en un hombre como yo? Sé que no soy un adonis.

Solo le atrajo mi autoridad dentro del mundo del arte, la influencia que como director del museo podía ejercer sobre los jurados de los salones, para que admitieran a los pintores que ella recomendaba. Es dueña de la Galería “El Sol de Monet”.

Pero disfruté mucho esa relación, mientras existió. En el fondo, era una mujer muy dulce y comprensiva.

—¿Conocía Charlotte el cuadro *Impresión, Sol naciente*?

—Por supuesto que sí, Pablo. Ella es una profesora de arte de fama internacional. Ha publicado varios libros y recibido numerosos diplomas.

No creo que en el mundo haya alguien que sepa más del arte de Monet que ella. Aunque soy un especialista en Monet, no domino, como ella, las técnicas de preparación de las pinturas. Tiene su propio taller de restauración.

Además, ¿quién no conoce ese cuadro?

Morles le respondió:

—Yo. En la Academia de Policía oí sobre el robo de *Impresión, Sol naciente*, pero no tenía idea alguna de cómo era ese cuadro. Jamás llegué a ver una foto de esa obra.

Mi mente es una máquina diseñada para descubrir y capturar delincuentes. No para admirar obras de arte, por más bellas e importantes que sean.

Cuando me enseñaste esa obra de Monet, solo me llamó la atención porque era el cuerpo de un delito, y no por su composición, colorido, técnica o belleza.

—¡Ja, ja, Pablo! ¡No te preocupes! Millones de personas piensan como tú, pero no se atreven a decirlo con tanta franqueza.

Esta obra siempre ha sido y será polémica. Esa es la explicación de su importancia.

Puedes estar de acuerdo o en desacuerdo con *Impresión, Sol naciente*, pero nunca podrás permanecer indiferente ante ella.

—¿En cuál de los dos lados se ubicaba tu sensual Charlotte? ¿En el de los amantes de ese cuadro o en el de sus detractores?

—Creo que ni el mismo Monet llegó a amar más ese cuadro que Charlotte. Quizás eso fue lo que la arrimó a mí.

—O lo que la arrimó al cuadro...

—Podría ser.

En eso regresó Clayton:

—Señor Leclerq, nuestros asesores recomiendan que, como director del Marmottan, nos entregue formalmente el cuadro, en consignación temporal, señalando que no está inventariado, y que es un posible original o una copia del cuadro *Impresión, Sol naciente*, realizado o atribuido a Claude Monet, sin que ello haya sido comprobado. Le entregaremos un recibo.

—De acuerdo. Firmaré lo que sea necesario para librarme de esa pesadilla
—contestó Leclerq.

Pablo le preguntó con sorna:

—¿Pesadilla, Jean Claude? ¿Llamas pesadilla a una de las obras más bellas e importantes del mundo? ¿Nada menos que a *Impresión, Sol naciente*?

—Sí, amigo Pablo. Antes ese cuadro era mi inspiración, un sueño agradable, que me transmitía paz y alegría. Hoy, es un horror.

—No te preocupes, Jean Claude: cuando hayamos recuperado sana y salva a tu hija, te pediré que vayamos a verlo en el Marmottan, y entonces sentirás por él lo mismo que sentías antes de recibir ese rollo.

Llevaré a mi esposa Magda y a mis hijos, para que les explique por qué ese cuadro es tan importante para Francia y para el mundo.

—¡Será un placer, Pablo! ¡Un inmenso placer! ¡El más grande placer de mi vida!

Extrañado por el repentino cambio de actitudes del director y de Pablo, Clayton guardó silencio.

XV

Un helicóptero con un equipo de sensores térmicos y visión nocturna sobrevoló las afueras de Giverny a las dos de la madrugada y se detuvo unos instantes sobre un solar vacío, aledaño a la residencia de Leclerq.

La casa quedó convertida en una especie de sucursal de la Policía Nacional de Francia. En completa oscuridad, los agentes colocaron sofisticados equipos de detección de personas y de identificación, intercepción, desvío y grabación de llamadas.

Desde su oficina en Lyon, o desde cualquier otro sitio, Robert y Pablo podían oír, recibir y atender las llamadas que se hicieran a la casa.

Geraldine fue trasladada, con otro nombre, a un centro hospitalario de máxima seguridad y bajo otra identidad.

Michelle permaneció con su padre en la residencia, para dar una impresión de relativa normalidad.

Al amanecer, en la televisión y en los diarios pudo verse a Leclerq conversando con el presidente de la república, en traje de gala y con varias condecoraciones en el pecho.

Leclerq comentó extrañado:

—Pablo, en los videos y en las fotos aparezco con la legión de honor. Yo nunca he recibido esa condecoración; y Adolphe, menos.

—No importa, Jean Claude. Así las imágenes serán más llamativas.

—¿Qué hago ahora?

—Tienes que esperar que los secuestradores te llamen. Atiende tú mismo todas las llamadas. Recuerda las reglas fundamentales: la primera es asegurar que pagarás la cantidad reclamada, pero exigir que previamente te entreguen una constancia o fe de vida de Tessa; y la segunda, regatearles el monto, pero sin negarte a pagarlo.

Trata de hablar largo, para darnos tiempo de analizar la llamada.

Después de que la recibas, no se te ocurra llamarnos. Ten la seguridad de que

la oímos y que nos enteramos de todo.

A través de una línea especial, encriptada, utilizando el teléfono móvil rojo que dejamos escondido en tu biblioteca, te daremos más detalles. No uses ese móvil para llamarnos, sino en caso de emergencia.

Dos horas más tarde el teléfono de Leclerq repicó simultáneamente en la residencia de este y en la oficina de Pablo en Lyon:

—¿Es el señor Jean Claude Leclerq?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Boronali.

—¡Ah, usted! ¿Cómo está mi hija?

—Hasta ahora, bien. De usted depende que siga así.

—Nada haré que pueda afectarla.

—Eso esperamos. ¿Habló con la policía?

—No. No quiero arriesgar la vida de mi hija.

—¿A dónde fue ayer tan temprano en un Citroën 2CV?

—Aunque usted no lo crea fui a Lyon para entrevistarme con el presidente, quien tenía un acto solemne en esa ciudad. Logré hablar ayer mismo con él.

Le pedí que ordenara la entrega en secreto al museo de doscientos millones de euros para adquirir urgentemente una segunda versión de *Impresión, Sol naciente*, pintada por el mismo Monet. Le insistí en que era una negociación secreta.

Se mostró muy interesado, pero señaló que la suma era demasiado elevada, y aconsejó que solo les ofreciera ciento cincuenta millones de euros, y eso, siempre que yo le garantizara que era un auténtico Monet.

Me exigió que antes de pagar cualquier suma, consiguiera la aprobación de la señora Aimée Lefèvre, la presidenta de la Academia de Bellas Artes.

Boronali exclamó, molesto:

—¡Lo que nos ofrece el presidente es muy poco! No le rebajaremos ni un

céntimo. Usted sabe que ese cuadro vale mucho más, aún en el mercado negro.

—Eso mismo le dije yo. Le contesté que era una excelente oportunidad y que si no nos apurábamos, un consorcio británico estaba dispuesto a comprarlo para la Galería Nacional de Arte, de Londres. También el Museo de Arte Moderno (MOMA) de Nueva York se había mostrado interesado.

Me pidió que hiciera el intento de obtener alguna rebaja, pero que por los cincuenta millones de euros de diferencia no dejara caer la negociación. Me advirtió que no les diera ni un euro más de los doscientos.

—No habrá rebaja, ni aumento, siempre que el pago total se realice dentro del plazo indicado y conforme a nuestras instrucciones.

Pero, usted tiene que apurarse: según nuestros informantes se necesitarán, además de la suya, otras dos firmas, dado el monto de la obligación.

—Sí, una de ellas es la firma del contralor designado por la Academia de Bellas Artes, el señor Guillaume Morelli; pero esa será fácil de obtener, porque ha sido mi amigo durante muchos años y está al tanto de mi problema.

—¿Consiguió usted la autorización de Aimée? Tengo entendido que ha tenido problemas con ella.

—Sí, discute con los de abajo, pero es sumisa con sus superiores. Un amigo me la está gestionando.

—¿Ese amigo es el que apareció en la prensa conversando con usted en un acto de Lyon?

—El mismo.

—Entonces, Aimée sí le firmará la aprobación. Prácticamente ya tiene las tres firmas.

—Eso espero.

—Hasta ahora está actuando como debe ser, señor Leclerq: sabemos que nos dijo la verdad. Lo vimos por la televisión. Uno de los nuestros leyó sus labios cuando habló con el presidente.

—No arriesgaré la vida de mi hija por un cuadro. ¡Conseguiré el dinero! No me importará ir a la cárcel, siempre que logre recuperar a mi pequeña.

¿Podría hablar con ella?

—No en este momento. Está en otro lugar.

—Le advierto que no les haré pago alguno, a menos que antes me den una prueba fehaciente de que se encuentra bien.

—La tendrá. Ella está bien. Cree que está de vacaciones.

—Lo dudo, es poco amiga de salir sin nosotros. Pero no cierre la comunicación: hay otra cosa muy importante.

—¿Cuál es? ¡Dígala rápido!

—Tessa necesita tomar todos los días una pastilla de un medicamento denominado Eminence-JEI de 100 mg, si no lo toma, podría morir.

—¿Podría repetirme el nombre del medicamento?

—Sí. Se llama Eminence-JEI, como la palabra “eminence” seguida de un guión, una “jota”, una “e” y una “i”, en mayúsculas. Las pastillas son de 100 mg y vienen en una cajita blanca con una raya roja. Recuerde que es una pastilla por día.

Tessa debe tomarlas preferiblemente con su desayuno.

—¿Para qué diablos sirve ese medicamento?

—Es para el corazón.

—Descuide, se lo daremos.

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Cuál es el próximo paso, señor Boronali?

—¿Tiene usted un amigo sin antecedentes penales, preferiblemente extranjero, con toda su documentación en regla, en quien pueda confiar y que no pertenezca a ningún órgano de seguridad?

—Sí, pero tendría que hablar antes con él.

—Contáctelo en el más estricto secreto.

—¿Para qué?

—Para firmar algunos documentos bancarios en el exterior. Será cosa de unos minutos, pero necesitaremos su firma y su huella.

—¿Y si él no acepta?

—¡Ese es un problema suyo! No nuestro.

—Entendido. ¿Alguna otra cosa?

—Busque el dinero. Cuando lo tenga disponible, le daremos las instrucciones para que nos haga la transferencia.

—¿Cuándo lo tenga en la cuenta del museo, cómo podré informarles?

—Nos enteraremos primero que usted. Lo llamaremos.

—Si no veo a mi hija. No les haré la transferencia.

—No está en condiciones de exigir, señor Leclerq.

Recuerde: lo estamos observando. ¡Si interviene algún policía, su hija morirá!

La llamada terminó.

—¡Perfecto, exclamó Morles! Se tragan lo de la conversación con el presidente.

Lograste que el diálogo se mantuviera durante más de tres minutos; tiempo suficiente para que nuestra gente haya analizado esa llamada.

XVI

A los pocos minutos, Robert lo llamó:

—Pablo: los técnicos afirman que la llamada se hizo desde una cabina telefónica ubicada dentro de la estación de trenes de Vernon. Uno de nuestros agentes de civil estaba cerca y lo enviamos allá, pero cuando llegó, la cabina se encontraba vacía.

Quien llamó, limpió cuidadosamente el auricular antes de irse.

—Con máxima discreción, revisen las cámaras de seguridad de los alrededores de la caseta. Muy especialmente, fíjense si quien hizo la llamada llegó a pie o en un vehículo, y en sus características.

—¡Están en Vernon, Robert! —exclamó Pablo, alegre.

Por eso la búsqueda de los dos automóviles con los cuales secuestraron a la niña resultó infructuosa; prácticamente se encontraban en el mismo vecindario.

Esa ciudad está a unos minutos de Giverny por carretera.

Haz que revisen discretamente todos los garajes de la zona, incluidos los de las casas.

—No creo que hayan tomado el tren, porque les habíamos cerrado esa vía de escape.

Sin embargo, Pablo, es posible que después de terminado el operativo, se hayan ido a otro lugar.

—No creo, Robert. Este caso está muy vinculado a Claude Monet, y en esa región todo gira alrededor de él. Lo más probable es que el secuestro también lo esté.

—Pide al comisario Germain Flamcourt que mande a algunos de sus agentes de civil a montar guardia en las farmacias de esa zona.

Dile que preferiblemente asigne esa misión a mujeres, pues suelen permanecer largo tiempo preguntando por medicamentos y sus efectos.

Si alguien llega a una de las farmacias de esa zona solicitando un remedio llamado Eminence-JEI de 100 mg, síganlo desde lejos e infórmennos para

mandarles refuerzos e instrucciones.

—Pero, Pablo. Ese remedio no existe, lo inventaste tú.

Cuando vayan a buscarlo y les digan que nunca ha sido producido y que no figura en ninguno de los catálogos, se darán cuenta de que fue una trampa y podrán hacer cualquier locura.

—Eso no pasará, Robert, *Primero fue jueves que viernes*: horas antes de la más reciente llamada de Boronali a Jean Claude, ese eficaz remedio estaba a la venta en todas las farmacias de la zona.

Nuestros técnicos nos hicieron cien cajitas, que yo mismo rellené con unas agradables e inofensivas pastillas, y las distribuí como un nuevo medicamento entre las farmacias de la zona.

Te aconsejo comprar una: cada cajita cuesta solo diez euros y para su venta o consumo no se requiere prescripción médica; aunque no son aconsejables para diabéticos, porque su único ingrediente es azúcar.

—¿Diez euros por unas pastillas que solo tienen azúcar?

—¿Cuándo has visto tú un remedio para el corazón que sea barato? Lo único que me preocupa es una reclamación de la Bayer, quizás debí pedirles primero su autorización.

De paso, nos ganaremos varios euros, porque nuestro costo fue muy inferior.

XVII

Esa noche un avión proveniente del Caribe ingresó al aeropuerto Charles de Gaulle, de París, y aparcó cerca de una rampa reservada para altos funcionarios del gobierno.

Por la escalerilla se asomó una pareja. Él era un hombre de tamaño y contextura normal, quizás un poco excedido de peso, pero ágil, con cabellos castaños y ojos vivaces. Ella era una bellísima mujer rubia, y voluptuosas formas que no podían ser escondidas por el apretado abrigo que llevaba.

La mujer estaba tiritando de frío y tratando de abrigarse, se pegaba como una plastilina al hombre, de modo que casi formaban un solo bulto.

Un auto negro entró por la pista y se aproximó a la aeronave.

Los guardias de seguridad se acercaron para ordenar al auto que saliera de la pista, pero cuando quien personalmente lo conducía se identificó como el presidente de Interpol, saludaron militarmente y se retiraron a una respetuosa distancia.

Por la otra puerta descendió el inspector Pablo Morles.

—¡Bienvenidos a Francia, Felipe y Diana! Felicidades por su matrimonio. Que sean muy felices —dijo Robert Clayton a los recién llegados, adelantándose para recibirlos.

—Gracias, señor Clayton. La verdad es que nos sorprendió su amable invitación. Muy cómodo su avión.

—Hola, Felipe. Llevas solo una semana de casado y ya te ha prestado el matrimonio; y tú, Diana, estás más bella que nunca —exclamó Pablo con verdadera alegría.

Felipe Maita era un ingeniero que junto al padre adoptivo de Pablo, el capitán Harry Campbell, y el mismo Pablo, habían creado un exitoso cuerpo élite de asesores y expertos del departamento de policía de su país —conocido como “el ala móvil”— integrado por un equipo de numerosos profesionales y técnicos, muchos de ellos voluntarios, que apoyaban y ayudaban al departamento policial en todo lo relacionado con la obtención y preservación

de pruebas, y en la realización de algunas tareas tácticas o muy especiales.

Su ahora esposa, Diana Rosen, era una de las mejores agentes del departamento, conocida no solo por su cautivadora apariencia física, la cual no tenía problema alguno en exhibir, sino también por su increíble sangre fría y arrojo. Sus jefes ya no tenían espacio donde colocar, en tan hermoso pecho, las condecoraciones que había ganado durante su carrera.

A raíz de la muerte del capitán Campbell, y de la ida de Pablo a Francia, Felipe había asumido provisionalmente el cargo de primer comandante del departamento; y Diana, la segunda posición.

—Gracias, amigos, no saben la falta que nos han hecho. No debieron haberse molestado en venir a buscarnos. ¿Cómo se encuentran Sandra, Magda y sus hijos? ¿Y Jesús, nuestro peculiar portero?

—Todos estamos muy bien, gracias. Jesús está encantado y creo que consiguió una novia. No vivimos en París, sino en Lyon. Pero vinimos a recibirlos.

—¡Te conozco, Pablo! Creo que tu invitación de que pasemos la luna de miel en París tiene un interés adicional —exclamó, suspicaz, el ingeniero Felipe Maita.

—Te equivocas, Felipe. Solo deseamos llevarlos al Museo Marmottan Monet, para que disfruten del arte.

—¿Tú, Pablo Morles, visitando museos? Antes, estarías más a gusto visitando presos. ¡No puedo creerlo! ¡Lograste civilizarlo, Robert!

Clayton comentó, riendo:

—Pablo ha cambiado mucho. Nunca creí oírlo hablar francés, pero está haciéndolo cada día mejor.

El aludido añadió:

—Aunque no lo creas, Felipe, estoy hecho todo un experto en el movimiento impresionista francés y, particularmente, en el arte del gran pintor Claude Monet. Recibo clases privadas de un profesor que domina la materia.

—Todavía me resisto a pensar, Pablo, que nos hayas hecho venir a Francia nada más para que veamos unas obras de arte —dijo Diana Rosen.

—*Unas obras de arte*, no, Diana. Lo que quiero que veas es una sola obra. ¡Una incomparable obra maestra!

—¿Para que veamos un solo cuadro interrumpiste nuestra sabrosa luna de miel en una de las playas más bellas del Caribe? Hace unas horas, Felipe y yo estábamos saltando tibias olas en una playa de aguas azules y transparentes. Y en este momento, estoy aquí muriéndome de frío.

—Dentro de unas horas amanecerá, y verás un bello Sol naciente, querida Diana. Mientras amanece, los llevaremos a su habitación, donde recíprocamente podrán quitarse el frío.

Magda les reservó en el *Ceramic*, un romántico hotelito en la Avenida Wraham, cerca del Arco de Triunfo. Podrán ver ese arco desde la ventana de su cuarto. Más tarde, si es que Felipe puede, desayunaremos juntos e iremos al Museo Marmottan.

—¿Y después de eso qué?

—Después, Felipe, Robert y yo les presentaremos a unos distinguidos amigos terroristas que secuestraron a una niña y amenazan con matarla. Son un poco traviosos y violentos, pero en el fondo no son tan malos. ¡Cosas de muchachos!

—¿Ves, Felipe? Yo tenía razón. Esa invitación de Pablo tan apresurada solo era para encomendarnos un caso.

—¿Y para que quieres presentarnos a esos terroristas amigos tuyos? —preguntó Felipe, intrigado.

—Para que les entreguen a ellos doscientos millones de euros. Los recibirán muy felices, aunque eso no les alcanzará ni para comprar castañas.

No olviden llevar una cartera donde quepan los billetes.

—¿Y a cambio de qué le entregaremos ese dinero a sus *amigos*? —inquirió Diana.

—A cambio de la niña.

—¿Y si no nos la entregan?

—Entonces la rescataremos a plomo limpio y no les daremos el dinero, Diana. Así de simple. Pero todo con el delicado *glamour* francés.

—¿Qué tiene eso que ver con el cuadro del Marmottan? —preguntó Felipe, desconcertado.

—Nada, Felipe. Absolutamente nada. ¡Eso es lo extraño!

—Entonces, ¿para qué ir a ver el cuadro?

—Para que te culturices, Felipe. Uno no debe morir sin ver primero esa obra de arte. Además, dicen que es afrodisíaca.

¡Vamos, apúrense! ¡Robert nos está esperando! No todos pueden darse el lujo de tener como chofer al presidente del comité ejecutivo de Interpol.

—¡Pobre señor Clayton! Lo que habrá tenido que soportar desde que se trajo a Pablo —exclamó Diana.

XVIII

—¡Hola, Michelle! ¿Cómo estás? ¿Cómo sigue tu madre?

—No puedo decirle que estoy bien, señor Morles; me angustia no saber cómo está Tessa, si la están tratando mal, si le han dado de comer y si le gusta la comida que le dan.

Ella era muy nerviosa y tenía miedo de dormir sola y no le gusta la oscuridad... ¡Es solo una niña, inspector!

Se estará preguntando en este momento dónde estamos nosotros y por qué la dejamos con esa gente extraña... ¡Son tantas cosas!

Mi madre se recuperó, pero cada vez que se le menciona a Tessa empieza a llorar de nuevo. Los médicos nos han dicho que superó la parte peor de la crisis nerviosa, que está sedada y bien atendida, y que si no la han dado de alta es porque temen que cualquier mala noticia sobre Tessa pueda hacerla recaer.

—Te entiendo, Michelle... Pero en este caso tenemos la ventaja de que empezamos a trabajar a los dos minutos de su secuestro.

No te imaginas la cantidad de hombres y mujeres de la Policía Nacional e Interpol que están trabajando para recuperar sana y salva a tu hermanita.

—Eso no me tranquiliza. Si los secuestradores se enteran, podrían asesinarla.

—Descuida. Sabemos hacer bien las cosas. No somos novatos en esta clase de problemas. Hemos hecho aparecer ese despliegue de agentes como algo vinculado a otro caso.

Solo los jefes estamos en conocimiento de que se trata de la búsqueda de Tessa.

Michelle cambió de tono:

—Perdona, pero no estoy acostumbrada a conversar tan formalmente. Tengo los nervios de punta y eso me hace doler la cabeza. Además, todavía no eres tan viejo. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Puedes llamarme Pablo o como te plazca.

—Gracias, Pablo. ¿Es verdad que interrogarás a Adolphe?

—Sí, para nosotros y hasta prueba en contrario, todos son sospechosos, incluyéndote. Los iremos sacando de esa larga lista a medida que a través de sus declaraciones y otras investigaciones, verifiquemos que no tuvieron participación en el hecho.

—¿Por eso me citaste? ¿Soy sospechosa del secuestro de mi propia hermana?

—Más o menos. Te investigamos y provisionalmente te sacamos de esa distinguida lista.

Te llamamos para que nos informes sobre algunos hechos y, de paso, para hacerte algunas preguntas sobre tus novios.

—¿Mis novios? Solo tengo uno, Pablo.

—Pero antes fuiste novia de Alex...

—¡Ah! ¿Ese? Veo que hablaste con mi padre. Para él, todos mis amigos, especialmente los que no le agradan, son o han sido mis novios. ¡Jamás fui novia de él!

—Pero salían juntos...

—Alex tenía un taller mecánico. Mi automóvil se descompuso y lo llevé a su taller para que me lo arreglara.

La reparación tardó más de lo previsto y él se ofreció para llevarme y buscarme todos los días. Surgió una buena amistad. Nada más.

Pero una noche mi padre nos “pescó” besándonos apasionadamente dentro del coche, y pensó que éramos novios.

—¿No eran novios y estaban besándose apasionadamente?

—Por el hecho de que te tomes una o dos copas de vino al día, no puedes ser calificado como un experto en vinos ni como un borracho, Pablo.

Entre los estudiantes franceses, besarse y acariciarse apasionadamente, es lo mismo que tomarse un café caliente cuando se tiene frío:

Te lo bebes con gusto, lo saboreas, lo disfrutas, terminas de beberlo y si eres educado, le das las gracias a quien te lo sirvió y te vas contento recordando el

aroma y el sabor del buen café. Cero compromisos.

A las pocas horas, sientes de nuevo la necesidad de beber café y vas a otro lugar donde te ofrecen uno que puede ser más delicioso o menos sabroso que el primero. Te lo bebes también, y te vas.

Esa operación puedes repetirla cuantas veces quieras si te gusta la bebida o quien te la sirve. Pero tienes la libertad de irte, o de quedarte tomando el mismo café, si no te hace daño y te lo permiten.

Pero te encuentras a alguien diferente, a quien realmente amas y piensas de una manera distinta. Surge un compromiso y es una entrega mutua para toda la vida, hasta que la muerte o el dinero los separe.

En Europa nadie se ofende porque en esa primera etapa decidas ir a tomar café en otro lado, porque todos, hombres y mujeres tenemos libertad para elegir, y para elegir, hay que probar.

Mi padre no entiende eso.

—Yo tampoco, Michelle, pero actualmente solo estoy estudiando francés. El café me lo preparan en casa y me lo llevo en un termo.

—Ja, Ja, Pablo. Te llegará frío. Ten cuidado con el exceso de café casero, pues produce acidez. Hay muy buenas mezclas en el mercado.

—Gracias por el consejo, Michelle.

De todas maneras, necesito que me dejes los datos de Alex, parece que su bebida es de muy mala calidad.

—El café de Alex nunca fue bueno, Pablo, me lo servía demasiado aguado y frío.

XIX

—¿Qué me dices de Adolphe, Michelle?

—¡De él, sí soy novia! ¡Nos amamos! Sueño con vivir con él, formar un hogar, tener hijos, compartir...

—Me contenta, ¿es verdad que son compañeros de estudio?

—Ya no lo somos, pero no lo repitas. Los padres de Adolphe creen que él estudia arte, pero fue reprobado y expulsado del instituto, según dicen por bajo rendimiento académico, aunque era mejor alumno que yo.

Él no se ha atrevido a decir la verdad a sus padres, porque esa expulsión, en mi pueblo, Pablo, es una vergüenza. Allí todo está vinculado a los conocimientos de uno sobre el arte. Sin ellos, es difícil conseguir trabajo.

—Entiendo. ¿Qué hace ahora tu novio?

—Tomar café caliente, ja, ja. Se lo preparo todos los días.

—Es un hombre afortunado, aunque debe padecer de insomnio. Además de eso, Michelle, ¿él hace algo más?

—Hasta hace poco trabajaba en una galería de arte llamada “El Sol de Monet”, donde al principio lo trataron muy bien, pero lo despidieron por un problema en el cual él no tuvo participación alguna.

—¿Quién dirige esa galería?

—Charlotte Blanche.

—¿Puedes decirme brevemente algo sobre ella?

—Sí: ¡es una prostituta!

—¿Eso es todo?

—Me pediste que fuera breve. Creo que te hice un buen resumen. Podría ser más breve todavía, usando una palabra equivalente de tan solo dos sílabas.

—¿Esa Charlotte es amiga de tu papá?

—Fue algo más que amiga, pero según él, ya no lo es.

—Háblame de Charlotte.

—Mi padre podría describirtela mejor, sobre todo físicamente. Es una famosa profesora de arte. Con razón mi papá se enamoró de ella.

Maneja diestramente y baraja algunos conceptos y hace creer a quienes hablan con ella, que es la única persona que sabe de arte en Europa.

—¿Quieres decirme con eso, que ella intencionalmente sedujo a tu padre? Él no es tan joven, ni tiene una fortuna que lo haga tan atractivo, a una mujer bella y rica. ¿Cuál fue el interés de Charlotte?, ¿qué la hizo fijarse en él?

—Puede ser su café o que le haya atraído el gran prestigio de mi padre en el mundo artístico.

Pero además de estudiante de arte, soy mujer, y sé ver de lejos y descubrir a otra que trata de seducir a un hombre, hablándole exactamente sobre lo que él desea escuchar.

Recuerdo, Pablo, que en mi curso había un estudiante llamado Frank, a quien todas tratábamos de conquistar. Yo estaba en desventaja, porque a diferencia de mis compañeras era apenas una adolescente y no me había desarrollado del todo.

Pero descubrí que Frank era un fanático de los *Yankees* de Nueva York, y aunque yo no sabía nada de béisbol y odiaba ese deporte, me dediqué a revisar diariamente las páginas deportivas a primera hora de la mañana, y cuando salíamos de clases, le musitaba al oído todo lo que acababa de leer, con mi más melosa voz.

Desde luego, mis esfuerzos deportivos fueron debidamente recompensados y al poco tiempo tuve a Frank comiendo en mi mano. Después él dejó de gustarme o me cansé del béisbol, no sé qué cosa fue primero. Para mí, lo importante era ganar y gané.

—¿Qué edad tiene Charlotte?

—No es muy joven, pero se conserva muy bien. Quien la ve, podría pensar que apenas representa unos treinta años, pero tiene encima más operaciones que la bolsa de Nueva York en toda su historia.

—¿Estás segura de que Charlotte realmente es una gran conocedora de arte?

—Si no lo es, se leyó muy bien las páginas deportivas.

Hace más o menos un año descubrí la clave secreta del correo de papá, y me entretuve leyendo las cursis y ridículas comunicaciones entre ambos.

En su primer correo, Charlotte manifestó a mi padre que conocía toda su obra sobre Monet y que ansiaba tener el honor de conocerlo personalmente, para compartir conocimientos “y otros ratos agradables”.

A ese correo, Charlotte anexó copias de los numerosos títulos que había obtenido en prestigiosas universidades, institutos de arte, museos y demás centros de arte, del país y del exterior.

Recuerdo haber visto entre esos anexos un diploma de nuestra Academia de Bellas Artes, una constancia de participación en un curso de posgrado sobre el arte de Monet, realizado en el Museo Nacional del Prado; una mención honorífica que le otorgó el Museo de Arte Moderno (MOMA) de Nueva York y otras constancias similares, correspondientes a estudios de muy elevado nivel sobre el movimiento impresionista, realizados en famosas escuelas y en prestigiosos centros de Washington, Zúrich y Roma; en todos los cuales ella obtuvo las más altas calificaciones y elogios.

Te reenviaré ese correo, si te interesa. Me hizo recordar cuando yo trataba de conquistar a Frank. Mi padre cayó como un corderito.

XX

—¿Qué opinión tiene tu mamá sobre Charlotte, Michelle?

—La misma mía, la que te resumí antes en una palabra de cuatro sílabas, aunque la de dos es más apropiada.

—Es decir, la odia. ¿Por qué?

—¿De verdad que eres detective, Pablo? ¿Por qué va a ser? ¡Porque sedujo a mi papá! ¡Se lo quitó! Mamá solo sabía cuidar de su familia, cocinar ricos platos, y mantener limpia y ordenada nuestra casa.

¿Cómo podía competir con esa bella y cultísima mujer? Se llevó a mi padre y lo tuvo en sus manos, por no decir en otra de sus partes, durante más de seis meses.

—¿Podrías ser más precisa con relación al tiempo, Michelle? ¿Cuándo terminó ese semestre de loca pasión de tu padre?

Fíjate que como buen detective, no te pregunté cuándo empezaron esos seis meses de apasionado amor. Me basta con que me digas cuándo terminaron. La fecha de inicio, la descubriré yo solito, sin que me ayudes.

—¡Eres muy inteligente! Esos seis meses terminaron en septiembre de este año, cuando papá y mamá se reconciliaron durante la celebración de sus bodas de plata.

Él no regresó al apartamento que había alquilado en París, donde Charlotte a escondidas se reunía con él.

—¿Y tu mamá, qué hizo?

—Estuvo todo ese semestre en casa, maldiciéndolo, jurando que se vengaría de ambos, y haciéndonos la vida imposible a Adolphe y a mí.

—¿Estás segura de que tu padre y Charlotte terminaron definitivamente?

—No sé. Ella ha seguido llamándolo, y él simula disgustarse. Pero a los hombres les encanta que una mujer los acose. Si no la tienen, la inventan.

—Solo tienes unos veintidós o veintitrés años. ¿Cómo sabes tanto sobre los hombres?

—Monté mi propia cafetería, ja, ja. No, no es verdad. Fue en broma. No vayas a repetir eso, Pablo, porque si mi novio te oye podría creerlo.

Además, exageré mucho sobre la vida de nuestros estudiantes. La verdad es que los profesores nos exigen tanto que ni siquiera tenemos tiempo para tomar café; si acaso, uno muy aguado. La mayoría lleva una vida monacal.

—Gracias, Michelle. Con tu peculiar estilo me diste buenas informaciones que me servirán para la investigación del secuestro de Tessa.

—¿Podrías hacerme un favor, Pablo?

—Con gusto, si está dentro de mis posibilidades...

—Cuando interrogues a Adolphe, ¿podrías preguntarle, como cosa tuya, y no mía, si él tuvo “algo” con mi amiga Camille?

—¿Olvidaste que solo hace pocos minutos me dijiste que a los estudiantes no les importaba que sus parejas tomaran café en otros sitios?

—Sí. Es cierto, pero es que él no ha querido darme esa información y me muero de curiosidad.

—No te preocupes, lo torturaré hasta que confiese. Si es preciso, le arrancaré un brazo.

—¡Eres el primer policía que me ha caído bien, Pablo! Tienes sentido del humor, a pesar de lo horrible del caso. Es posible que algún día te ofrezca una tacita de café. Si salvas a Tessa, cuenta con una jarra.

—No soy estudiante, hija, sino un hombre casado y con hijos.

—Ja, ja. Eso molesta, pero no impide. Además, acabas de contradecirte: hace poco me dijiste que estabas haciendo un curso de francés. ¡Sí eres un estudiante!

—La semana que viene terminaré ese curso de idioma, Michelle.

—Me quedan siete días y soy muy paciente, Pablo. Cuando pongo el ojo en un hombre, tarde o temprano cae rendido a mis pies.

Empezaré a leer las páginas amarillas de los diarios, memorizaré todos los crímenes y robos de Francia, especialmente los más sangrientos y crueles, para repetírtelos en susurro mientras te aprieto suavemente la oreja con mis

labios...

—Olvidas un detalle, querida.

—¿Cuál?

—Que mi esposa Magda estudia conmigo y que si te descubre mordiéndome una oreja, pasarás a engrosar las estadísticas de víctimas fatales de esas mismas páginas amarillas.

La joven soltó una carcajada.

—¡Eso te hace más atractivo! Me encanta la competencia; será como las de mi época de adolescente: mientras más peligrosa, más excitante.

Pero inmediatamente Michelle asumió una actitud más seria:

—No creas que de verdad soy así, Pablo. No sé lo que me pasó hoy.

Perdona todas las locuras que te dije. Simplemente fue una catarsis, un desahogo, después de tantos días de tensión y de angustias.

Hablando ahora en serio: ¡gracias! Me hiciste olvidar por momentos la horrible desgracia que afecta a mi familia. No he hecho más que llorar todos estos días.

Puedes decirle a Magda, que nada tiene que temer de mí. Estoy locamente enamorada de Adolphe, y soy incapaz de serle infiel. Y por lo visto, tú también amas a tu esposa...

Te hablé, como a veces hubiera querido hablarle a mi padre. Pero entre él y yo, existe un muro más alto que el Arco de Triunfo.

—El arco de Triunfo es alto, pero no es un muro, Michelle, tiene amplios portales para recibirte por cada lado.

Tu padre no es un censor, sino tu amigo. Quiere lo mejor para ti; pero en este momento está sometido a grandes presiones. Él también necesita a alguien con quien desahogarse.

—Tienes razón, Pablo. Hoy mismo hablaré con él. ¿Seguro que no estoy en tu lista de sospechosos?

—Te había sacado, pero después de oír ir tu declaración, pasaste a ser mi

primera sospechosa.

XXI

—En cualquier momento Boronali me llamará, Pablo. El presidente aprobó la partida. Seguro que ya los secuestradores de Tessa se enteraron.

—Alguien los mantiene informados, Jean Claude. Se nota que conocen todos los procedimientos.

—Es verdad. Ya el dinero está en la cuenta del Marmottan, pero para hacer la transferencia se necesitan, además de mi firma, la de la señora Lefèvre, directora de la Academia de Bellas Artes y la de Guillaume Morelli.

—Entonces, seguiremos adelante con el pago.

—La de Morelli ya la tengo, pero ¿y si no obtengo la autorización de la señora Lefèvre? Matarán a mi pequeña hija. No sabes las angustias que he pasado. No puedo dormir ni comer en paz, ni siquiera sé si está viva.

—No te preocupes, la obtendremos, y tu hija está viva. A sus secuestradores les conviene que esté viva y sana, para recibir el precio del rescate.

—Mi angustia es que no tengo muy buenas relaciones con la señora Lefèvre. Es muy formalista. Cree que aspiro a ocupar su cargo y se opuso a mi designación como director del Marmottan, aunque después, gracias a Guillaume, ha sido menos exigente conmigo. El año pasado rechazó varias propuestas que le hice. Sin embargo, en este año terminó aceptándolas.

—No te preocupes, si no nos la da, imitaremos su firma.

—¿Vas a falsificar la firma de la directora Lefèvre? Esa mujer es muy influyente. En materia de arte, el Instituto de Francia hace lo que ella diga.

—Por supuesto que en tal caso, se la falsificaremos. No arriesgaremos la vida de tu hija.

—¡Pero eso sería un delito!

—Secuestrar a una niña es un delito más grave.

—Si esa firma es falsa, no les pagarán los doscientos millones de dólares y mi hija sufrirá las consecuencias.

—Les entregaremos el dinero, bien sea con firmas auténticas o con falsas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque conozco a Robert Clayton. Mueve cielo y tierra, pero siempre logra lo que quiere.

—¿Y si no me entregan a Tessa?

—La entregarán. Si no, no recibirán el dinero.

—Espero con terror ese día. Si hay intervención de la policía, podrían asesinar a Tessa.

—Tranquilo, una persona de confianza, desarmada, se encargará de entregarles el dinero. No moveremos un dedo hasta que Tessa esté en tus manos.

Después, veremos cómo recuperamos lo que les hayamos pagado, pero allí no tendremos problemas para actuar con todo nuestro poder.

—Gracias, Pablo. No te imaginas la tranquilidad que acabas de darme.

—Dime Jean Claude: ¿Crees que en realidad ese cuadro tenga un valor tan alto, como para pagar por él doscientos millones de euros?

Con ese monto podrían construirse muchos hospitales y salvar muchas vidas.

—No puedo negarlo, pero el valor de *Impresión, Sol naciente* es incalculable, Pablo.

Si los secuestradores están pidiendo por él doscientos millones de euros, es porque no lo adquirieron legalmente y la venta no sería en una subasta pública, sino mediante una transacción no transparente.

—¿Cuáles son los precios normales en ventas legales?

—Muchos no se publican, por razones de seguridad o tributarias. Solo se conocen, y parcialmente, los pagados en subastas públicas. Normalmente son muy elevados e incluyen pagos adicionales “por debajo de la mesa” u otras consideraciones.

En subastas se han vendido, por ejemplo, obras de Cézanne por más de doscientos cincuenta millones de dólares; de Pablo Picasso por más de ciento cincuenta y cinco millones de dólares; de Modigliani, por más de ciento setenta millones de dólares...

En el siglo pasado, los precios de algunas pinturas famosas llegaron a batir todos los récords. Las pinturas de Van Gogh, por ejemplo, ascendieron a precios astronómicos.

—¿Y qué hacen los compradores con esas obras tan costosas?

—Algunas han sido compradas por personas desconocidas que quieren tener el privilegio de verlas con exclusividad, ellos y nadie más, o las utilizan como inversión.

Otras obras han desaparecido de la vista del público, después de ser adquiridas en subastas, y no se ha sabido de ellas, sino por reproducciones fotográficas o informaciones de prensa.

—Eso no debería permitirse, Jean Claude. Hay cuadros sobre los cuales la Humanidad tiene derechos.

—Así es. Si obligaran a los compradores a exhibir al público en museos esas obras, aunque solo fuera durante unos días al año, un mayor número de personas podría verlas y el precio de negociación disminuiría drásticamente.

Los adquirentes alegan que imponer condiciones a los compradores aumentaría el riesgo de hurtos y de robos.

—¿Hay algunas disposiciones legales que obliguen a los compradores a conservar y mantener las obras que adquieran?

—Esas obligaciones casi siempre son contractuales, derivan de acuerdos de las partes; no de una ley que imponga al comprador esas obligaciones.

En 1990, Ryoel Saito, presidente honorario de *Daishowa Paper Manufacturing Company*, de Japón, adquirió por más de setenta y ocho millones de dólares una versión del famoso cuadro *Fiesta en el Molino de la Galette* (*Bal au Moulin de la Galette*).

Esa versión era casi idéntica, pero algo más pequeña (era de 78 x 114 cms), que la actualmente exhibida en el Museo D'Orsay, pintada por Pierre Augusto Renoir en 1876.

En unas declaraciones que supuestamente dio en 1991, Saito provocó la indignación pública mundial al declarar que había dispuesto que a su muerte ese y otros valiosos cuadros de su propiedad, fuesen incinerados junto con su

cuerpo.

Saito falleció pocos años después, pero afortunadamente para el arte no se cumplió su última voluntad, gracias a las elevadas deudas que su empresa tenía con sus acreedores; por lo que la obra tuvo que ser vendida para pagarles.

Se dice que la versión de *Fiesta en el Molino de la Galette* que perteneció a Saito, se encuentra hoy en manos de un coleccionista suizo.

Los precios en el mercado legal son muy cambiantes, pero en el mercado paralelo, pueden ser aún más variables.

—Los compradores son capaces de pagar elevadas sumas por cuadros que saben que fueron robados, Jean Claude; y en el presente caso, estos secuestradores te enviaron gratis nada menos que el original de *Impresión, Sol naciente*.

Cualquier suma que les hubieran pagado, por baja que fuera, habría sido suficiente para que vivieran como reyes el resto de sus vidas.

Eso no puedo entenderlo, Jean Claude.

—Yo tampoco, Pablo.

XXII

—Mucho gusto en conocerlo, señor Guillaume Morelli. Jean Claude Leclerq se expresa muy bien de usted, afirma que lo ha apoyado en esta desagradable crisis.

—No puedo hacer otra cosa. Además de ser mi amigo personal, él siempre ha sido un hombre correcto, un honesto y celoso custodio de las obras del Marmottan y de los fondos de la institución.

Lo que le pasó a Jean Claude, pudo ocurrirle a cualquiera de los demás directivos y funcionarios del museo.

Lo atacaron por su flanco más débil: su pequeña hija Tessa. Usted no puede tener idea de cuánto la ama. En el trabajo no hace más que hablar de ella, de lo que come, de lo que dice, de sus juguetes.

En el museo bromeábamos diciendo que algún día Jean Claude colgaría el osito de peluche de su hija en una de las paredes del Marmottan.

Jean Claude hizo más de lo que debía: a riesgo de la vida de su hija, puso la denuncia ante las autoridades competentes.

Tengo entendido que ya ustedes están actuando.

—No señor Guillaume. No estamos actuando. En casos de secuestros como este, en los que está en juego la vida de una niña, no movemos un dedo hasta que se pague el rescate y se obtenga la libertad de la menor.

Son las instrucciones de la presidencia, y las acataremos.

Después, ya veremos cómo recuperar el rescate pagado, si es que se puede.

—Es una actitud muy humana. Nunca pensé que ese fuese el procedimiento. Creía que los políticos y los policías no tenían sentimientos.

Pero lo correcto es que primero estén las vidas humanas, y luego, la parte monetaria.

Sin embargo, ya ustedes comenzaron a actuar: por algo me citaron.

—Usted es una de las pocas personas que se ha enterado de lo que está sucediendo.

Lo citamos única y exclusivamente para informarle que necesitaremos su firma para poder pagar el rescate.

—Tenga la seguridad absoluta de que se la daré, aún a riesgo de ir a prisión por eso, inspector.

No hacerlo sería condenar a muerte a Tessa. ¿Con qué cara vería yo después a Jean Claude?

—El señor Leclerq tiene suerte de tenerlo como amigo, pero usted no irá a prisión por eso: como contralor, nos entregará su aprobación para adquirir un cuadro de Monet, previa certificación de su autenticidad, y seremos nosotros quienes la haremos llegar a los secuestradores.

Usted simplemente ejecutará un acto normal: opinar, como contralor designado por la Academia de Bellas Artes, sobre la adquisición de un cuadro para el Museo Marmottan Monet.

—Tiene razón. Pero ¿qué pasará con el precio del cuadro? ¡Imagino que no lo pagarán!

—Se equivoca, señor Morelli. El precio será íntegramente pagado, acatando todas las instrucciones de los secuestradores.

—Ah, entiendo: piensan atraparlos cuando les entreguen esos documentos o antes de que puedan retirarlos.

—No, señor. Ya le dije que las instrucciones del presidente son las de pagar íntegramente el rescate; y de nada hacer que pueda arriesgar la vida de la niña hasta que ese dinero haya llegado a su destino final. E incluso hasta más o menos un mes después.

—Me alegro por Jean Claude y su hija. Pero en ese caso, los secuestradores habrían salido ganando. Se quedarán con el dinero de quienes pagamos impuestos.

Como contralor, considero que eso es repugnante, aunque entiendo a Jean Claude y, como le dije, haré todo lo que pueda para ayudarlo.

—Es duro, pero las instrucciones del presidente son muy precisas: nada de riesgos personales: lo único que importa es la vida de la niña.

Un rescate que termine mal, producirá un escándalo político, y estamos a punto

de entrar en un período electoral.

Morelli expresó:

Entiendo. ¿Cómo podría ayudarlos, señor Morles?

—Asesorándonos sobre la manera más rápida y efectiva de poder pagar a los captores el rescate solicitado, sin que ello trascienda al público.

Por ejemplo, uno de los requisitos exigidos por el presidente es que se garantice la autenticidad de la obra que los secuestradores enviaron a Jean Claude, ¿cómo se hace eso, señor Morelli?

—Muy fácilmente, inspector. Jean Claude es un especialista en la pintura de los impresionistas y, particularmente, de Monet. Su palabra vale oro.

—Pero él es la misma persona que será autorizada para hacer la transferencia. Supongo que se requiere que esa certificación sea expedida por otros renombrados expertos en el arte de Monet... ¿Conoce usted a otros especialistas?

—No se consiguen fácilmente, inspector. Algunos son enemigos entre sí.

—No puedo creer que precisamente el Museo Marmottan Monet, que es el que alberga el mayor número de obras de ese pintor, más de cien, no tenga otro especialista de la categoría de Leclerq, es decir, con autoridad en el mundo del arte para verificar si un cuadro que se le atribuye es o no es de su paleta.

—Lamentablemente no lo tenemos, sin embargo... ¡espere! Hay alguien que quizás podría expedir esa certificación, pero no sé si acepte hacerlo.

—¿Quién es, señor Guillaume?

—La vida de los museos es aburrida, señor Morles, y eso hace que surjan muchos chismes. Hace un año, una experta comenzó a visitar muy frecuentemente el Marmottan; y a todos nos llamó la atención, porque además de sus indudables conocimientos de arte, era extraordinariamente voluptuosa.

—¿Cómo se llama esa experta?

—Charlotte, inspector. Charlotte Blanche.

—El nombre me suena. Pero lo que me interesa no son las atractivas curvas de Charlotte, señor Morelli, sino saber si en el mundo de las artes su firma goza

de alguna credibilidad.

—¡Claro que sí, inspector! Sabe más de Monet que el mismo Jean Claude. Pero está enojada con él y puede ser que no quiera suscribir esa certificación.

—¿Por qué está ella enojada?

—Porque entre Charlotte y Jean Claude hubo algo, y se comenta que él la dejó para regresar con su esposa.

Pablo preguntó al contralor Morelli:

—¿Dónde podemos localizar a Charlotte?

—Tiene su propia galería en París. Se llama “El Sol de Monet”. Es una mujer muy inteligente. No le diga lo del secuestro. Simplemente pídale que certifique el cuadro como un original de Monet.

—¿Duda usted que esa cuadro sea un Monet auténtico?

—Si Jean Claude y Charlotte dicen que lo es, nadie podría dudarlo, inspector.

—¿Lo vio ella?

—Jean Claude la llamó para enseñárselo, apenas recibió el rollo que lo contenía.

—¿Y qué opinó Charlotte sobre esa tela, la del rollo?

—Dijo que Jean Claude era un asno y mil atrocidades más, pero que tenía razón al afirmar que esa pintura no solo era el original de *Impresión, Sol naciente*, sino que era el mejor Monet que había visto en su vida.

Pablo continuó preguntando al contralor:

—¿Cree que esté dispuesta a expedir la constancia que necesitamos para pagar el rescate?

—Está tan disgustada con Jean Claude, que es capaz de decir ahora que es una vulgar litografía, que no vale un céntimo.

Si llega a expedirla, lo hará en el último minuto, para mantener en vilo a Jean Claude.

—No podemos correr ese riesgo. El presidente nos ordenó pagar el rescate lo

más pronto posible, incluso antes de que se venza el plazo fijado por los secuestradores.

—A pesar de lo que le dije antes, respecto al dinero de los contribuyentes, debo admitir que en realidad nada estaría perdiendo el gobierno de hacer ese pago: la tela que le entregaron los secuestradores vale mucho más que los doscientos millones de euros que están pidiendo.

—Para ellos vale doscientos millones de euros.

—Ese cuadro no tiene precio. Y a nosotros, en el Marmottan, la compra nos solucionaría un problema gravísimo:

Imagine, inspector, las dificultades que tendríamos para explicar al público que solo ahora hemos descubierto que ese cuadro, que hemos tenido colgado desde hace años en una de las paredes del Museo Marmottan, sobre un mueble antiguo, no es el original, sino una copia.

Las repercusiones de la famosa broma del cuadro de Boronali, pintado en 1910 por el burro *Lolo* del dueño del *Lapin agile*, serían insignificantes comparadas con la divulgación de la terrible verdad de lo acontecido a *Impresión, Sol naciente*:

Es decir, detective Morles, que hemos engañado al mundo haciéndole creer que esa obra de arte que con orgullo hemos exhibido durante años en nuestro museo, es el original del famoso *Impresión, Sol naciente*.

Lo peor es que el público nos paga una tarifa para entrar al museo y poder ver ese cuadro, entre otras obras.

¿Después de eso, quién creerá en la autenticidad de los otros cuadros del Marmottan?

El escándalo sería el más grande de la historia de nuestro museo y podría arrastrar a otras instituciones de Francia y del mundo.

XXIII

Serían las cinco de la tarde, cuando en la casa de Leclerq repicó el teléfono.

Los equipos de intercepción y grabación de llamadas se activaron automáticamente, mientras nuevamente los técnicos iniciaban las labores de localización del origen de la llamada.

Leclerq extendió el brazo para levantar el auricular, pero Morles, a través del teléfono rojo, le aconsejó:

—Déjalo repicar unos segundos. Mientras más tarde lo atiendas, mejor —dijo Pablo.

Nuestros equipos ya empezaron a rastrearlo. Inicia la conversación preguntando por Tessa, insiste en una fe de vida, gana todo el tiempo que puedas. Suéltale varias preguntas, una detrás de la otra, en lo posible sin darle oportunidad de que te interrumpa.

Asume el liderazgo de la conversación. Eso los descontrolará, porque tienen una minuta a la que deben ceñirse.

—¿Y si es otra persona? —preguntó Leclerq.

—Igual.

Pero sí era Boronali quien estaba llamando: su desagradable voz electrónica se oyó por el altavoz. Aunque antes lo trataba de “usted”, ahora comenzó tuteándolo:

—¿Con quién estás, Leclerq? ¿Hay alguien en tu casa!

—Sí. ¿Cómo pretendes que yo consiga el intermediario que me pediste sin salir de mi casa o sin invitar a alguien a venir?

Necesito convencerlo. Pero él está en la sala. ¿Cómo está mi hija?

—Está bien. No te preocupes. Duerme en este momento.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Es una niña de diez años. ¿Quién la está cuidando? ¿Qué le están dando de comer? ¿Ha llorado? Yo he cumplido mi parte, que es la más difícil. Ustedes tienen que cumplir la suya, que es muy fácil.

¿Está viva mi pequeña? ¿Cómo sé que no le han hecho daño?

¿Cómo puede estar durmiendo Tessa a esta hora? Apenas son las cinco y diez de la tarde. No es de noche...

—¡Cállate! ¡Basta, Leclerq! ¡Tranquilízate! Las preguntas las hacemos nosotros. ¡Limítate a hacer lo que te digamos...! Si sigues gritando van a oírte.

—Si le han hecho daño a mi Tessa, olvídense del pago del rescate... No moveré un dedo a favor de ustedes, a menos que me den una fe de vida, y una prueba de que está bien.

—Lo que te estamos pidiendo no es el pago de un rescate, sino del precio de un cuadro que vale mucho más...

—Por mí, pueden quedarse con su maldito cuadro. Si quieren se los devuelvo. Lo que me interesa es mi hija.

—Después de habértelo dado, no podemos recibirlo. ¡Si sigues hablando, sí le haremos daño a tu hija! ¡Cállate y oye! ¡No me dejas hablar! No hables tú, a menos que te lo exijamos. Si nos desobedeces, te enviaremos por correo uno de los lindos deditos de Tessa. Esa será la prueba de vida que nos pides.

Se hizo un profundo silencio. Alguien, distinto de Boronali, musitó algo ininteligible.

Jean Claude perdió el control y asustado exclamó entre sollozos:

—No, por Dios. ¿Cómo pueden actuar de esa manera tan cruel. Es una inocente criatura, incapaz de hacerle daño a alguien. Mátenme a mí, pero no le hagan nada malo... ¿Qué les ha hecho ella? ¿Qué mal les he hecho yo?

—¡Deja de gimotear como una niña, Leclerq! ¡Cállate o la mataremos en este momento!

—Perdón. Hable. Le escucho.

—¿Quién es el intermediario que estás contactando?

—¿El que se encargará de realizar los trámites?

—Sí. ¿Quién es?

—Es un sudamericano, llamado Gregorio Ramos.

—¿Un extranjero? ¿De dónde?

—Usted me exigió que no fuera un francés. Es un ingeniero, de mediana edad, que trabajó en un banco privado de Curazao. Lo conocí allí en un viaje de placer que hice al Caribe, hace diez años.

Le ofrecí una buena comisión si me ayudaba a comprar en secreto para el Marmottan una valiosa obra. Le dije que yo no podía hacer directamente esa gestión, porque si los vendedores se enteraban de que el interesado era el museo, nos triplicarían el precio.

Nuevamente se hizo una ligera pausa y se escucharon unos susurros.

Unos segundos después, se oyó de nuevo la voz de Boronali:

—Es una excusa razonable... ¿Tiene ese Gregorio sus papeles en regla?
—preguntó a Leclerq.

—Supongo que sí, acaba de ingresar a Francia para visitarnos. Pero hay un problema: no habla bien el idioma francés.

—Mejor. Este viernes, Gregorio deberá viajar en la primera clase del primer tren que llegue a Chartres. De allí, caminará hasta un restaurante llamado *Le café Serpente* que está cerca de la catedral, y se detendrá frente a la puerta de ese negocio, sin entrar.

Luego de unos minutos subirá por la calle principal y se dedicará a ver la vidriera de una tienda especializada en miniaturas, en la acera izquierda de esa calle; tienda que posiblemente estará cerrada a esa hora.

Deberá llevar un paraguas marrón en su mano izquierda, sin abrir, aunque esté lloviendo; y un periódico en la otra.

Tu amigo esperará frente a esa vidriera hasta que lo contactemos.

De lo demás, nos encargaremos nosotros.

—¿Dijo que el restaurante se llama *Le café Serpente*?

—Exactamente.

—¿Eso es todo? ¿Tendrá que llevar algo más?

—Someteremos a tu amigo a varios interrogatorios y pruebas. Algunas muy

fuertes. Debe ir solo, absolutamente solo, con su pasaporte y demás documentos.

Si le encontramos armas, micrófonos o vemos a algún policía merodeando, él y tú sufrirán las consecuencias.

Si lo aprobamos, Gregorio se quedará con nosotros hasta que el precio nos sea íntegramente pagado. Él será quien lo cobre. Deberá estar preparado para firmar algunas autorizaciones bancarias y deberá llevar varias referencias comerciales, de bancos en los cuales tenga cuentas y personales.

—¿Y qué pasará con Gregorio, si no es aprobado por ustedes?

—Te lo devolveremos varios días después en algún lugar de Francia. Le daremos algunos euros para que tome el tren.

—Más que un amigo, es un conocido. No sé si él aceptará eso. Es posible que me exija una comisión mayor.

—Ese es tu problema, Leclerq. Tu amigo Gregorio tendrá que aceptar lo que le pidamos, no tendrá otra opción.

—¿Y la fe de vida de mi hija?

La comunicación se cortó abruptamente.

XXIV

El ancho e imponente Rolls-Royce negro se desplazaba con dificultad por la estrecha calle de uno de los más lujosos barrios de París.

Frente a la galería "El Sol de Monet" la enorme limosina tuvo que detenerse, porque un viejo Renault Megane, verde esmeralda, estaba mal estacionado.

Los gritos e insultos de los conductores y el ruido de las cornetas de los vehículos, hicieron que Charlotte se asomara para averiguar la razón de tanto escándalo.

La cabeza de una hermosa mujer rubia apareció en la ventana trasera del costoso automóvil y, en perfecto francés, le pidió:

—Por favor, amiga, ¿Podrías decirle al dueño de ese carro que lo pegue más hacia la acera, para que el mío pueda pasar? Te lo agradezco, porque estoy muy acalorada y necesito tomar un vaso de agua mineral.

Charlotte captó de inmediato que la mujer podía ser una buena cliente, y le respondió de manera muy amable:

—Ese vehículo no es mío ni de nadie de mi negocio, querida. No sé quién lo estacionó allí.

Pero entra a mi galería para que la conozcas y te tomes una refrescante copa de un excelente vino. ¡La casa invita!

La despampanante rubia no se hizo esperar. Abrió la puerta del Rolls y, entre las miradas y los silbidos de admiración de los peatones, se bajó sonriendo, bamboleando su escultural cuerpo, apenas cubierto por un apretado traje turquesa y numerosas y refulgentes joyas.

—¡Estacionate por ahí, Mateo!

Si llama Edmundo, me avisas.

¡Guao! ¡Qué bello negocio! ¿Qué funciona aquí, mi amor?

—Esta es la galería de arte "El Sol de Monet". Soy la dueña.

—¿Quién es Monet? ¿tu marido?

Charlotte le respondió, sorprendida:

—¡Monet es uno de los más grandes pintores de Francia! Sus cuadros están en los museos, valen millones de euros.

—¿Cuántos millones? Me gustaría comprar uno... ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Me llamo Charlotte. En este momento no tengo cuadros de Monet, pero podría conseguirte uno... Tengo también obras de otros pintores famosos...

—Te voy a ser sincera, Charlotte, aunque no lo creas: nada sé de arte, absolutamente nada.

—Pero parece que tienes mucho dinero... ¿A qué te dedicas? ¿O es tu esposo quien lo tiene?

—¡No estoy casada! Los hombres son muy pichirres o avaros con sus esposas. Hay que empujarlos para que les compren algo a ellas. Esa es la clave de mi éxito.

—¿Eso quiere decir que eres la amante de un hombre rico?

—Soy amiga de un político que tiene tantos petrodólares que no sabe qué hacer con ellos.

¡Por eso me dedico a gastárselos, ja, ja!

Pero lo hago de una manera tan discreta, que Edmundo piensa que quien le gasta su dinero es la estúpida de Rose, su mujer, y no yo.

—¿Y cómo logras eso? —preguntó Charlotte, intrigada e interesada.

—Muy sencillo: hago que él compre los mejores y más costosos regalos a su esposa; y yo recibo de los vendedores una muy buena comisión.

De esa manera, él se sacude el remordimiento por haberle sido infiel, Rose queda contenta y yo gano bastante dinero. Los buenos negocios son aquellos en los que todos ganamos.

Jamás pido a mis hombres que me den algo, y menos inmuebles.

—¿Dijiste que no te gustan los inmuebles? ¿Por qué?

Diana respondió a Charlotte:

—Hay que ser justas, querida: los inmuebles deben ser para las esposas, que son quienes, como Rose, se encargan de las faenas desagradables: parir, educar a los hijos, cocinar, lavar..., hacer de enfermeras cuando están viejos y pobres.

Si ellas no lo hacen, tus hombres te endosarán esas cargas a ti, y terminarás siendo su empleada doméstica.

Cuando un hombre te regala un inmueble, se siente con derecho a exigir, y eso hace surgir compromisos, celos, lágrimas, etc.

—Veo que tienes gran experiencia.

—Más que experiencia, inteligencia, chica. Las amantes tontas exigen a sus hombres que se definan: o ellas o sus esposas. ¡Eso es un error garrafal!

Yo hago todo lo contrario: convengo a mi hombre de que nos puede tener a ambas al mismo tiempo: a su esposa y a mí; y de que para lograrlo es necesario que sea más generoso con ella que conmigo, que la llame, que mantenga a sus hijos, que le dé dinero, que la trate con cariño. Nada de celos.

El resultado es que, nuestros hombres, agradecidos, hacen lo que les decimos, o mejor dicho, comprenden a sus esposas los que las amantes les indiquemos.

¿Cómo es que te llamas, querida?

—Charlotte, ¿y tú?

—Diana, como la princesa, ja, ja. Mi nombre es Diana Rosen.

—Sigue tu historia, Diana, me interesa...

—Bueno, te estaba diciendo... ¿y la copa de champaña que me ofreciste, Charlotte? ¡No te hagas la loca!

—Uno de mis ayudantes nos trae la botella y varias copas.

—Con el dinero de Edmundo, o de cualquier otro inquilino de mi cuerpo, hago que él le compre a su mujer muy buenos regalos: especialmente casas, apartamentos y toda esa basura.

—Pero entonces él se gasta todo el dinero en su esposa ¿y tú?

—¡No le pido ni le acepto un céntimo!

—¿Estás loca? ¿Y de qué vives? ¿Heredaste una fortuna?

—No. Como puedes ver, vivo muy bien. Hago que Edmundo compre a su esposa los más costosas inmuebles, apartamentos, joyas y otros bienes, pero que se los compre a personas que tienen tratos conmigo.

—Y después compartes la utilidad con los vendedores, ¿verdad?

—Claro. Pero esa etapa productiva dura muy poco, Charlotte.

Yo sé, por ejemplo, que Edmundo me dejará pronto; máxime me durará dos semanas más...

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—¿En qué mundo vives, amiga? ¿En el de la “Novicia Rebelde”? ¡Yo estoy clara! En mi relación no tendré un “amor”, sino un “amo”: solo soy “la otra” de Edmundo. Más nada.

Mis sentimientos para nada cuentan: otra mujer, más joven, más bella o más viva que yo, pronto ocupará mi lugar, y como en el cuento de la Cenicienta todo desaparecerá, menos las comisiones que yo haya depositado en cuentas cifradas del exterior. Dinero contante y sonante, querida.

—¿Y no has pensado, Diana, en hacerle comprar a Edmundo obras de arte? Es muy fácil subirles el precio, pues nadie conoce cuánto valen en realidad, ni siquiera saben si son auténticas. ...

Hay muchas obras en el mercado negro que valen millones de euros.

—Nada conozco de arte, Charlotte; solo sé de hombres.

—Yo sí. Tengo varios títulos y puedo asesorarte. Entra a la parte trasera de mi galería y verás algunas obras que valen más que un edificio.

Se escuchó entonces el débil llanto de una niña.

—¿Tienes hijos, Charlotte? —preguntó Diana, sorprendida.

—No. Es la hija de un familiar. Me la dejó para que se la cuidara. Se la pasa llorando. ¡Es un fastidio!

—Cuidado, amiga, estás asumiendo el papel de esposa. Eso es un grave error.

El chofer entró al negocio:

—Señora Diana: el doctor Edmundo la llama por el teléfono del automóvil.

—Gracias, Mateo. Dile al doctor que estoy tomando una copa de champaña con una amiga de mi infancia. Pero que ya estoy saliendo.

Volteándose de nuevo hacia Charlotte, le dijo:

—Disculpa, Charlotte, tengo que irme. Debo consentir a mi bebé: dentro de tres días viajaremos a Andorra para comprar un pequeño banco quebrado.

—Llévate mi tarjeta, Diana. Me encantó conversar contigo.

Llámame cuando quieras y a la hora que quieras.

Te garantizo que conmigo harás buenos negocios.

Puedo conseguirte algo rápido, antes de tu salida a Andorra, con una jugosa comisión.

—Apenas consigas algo realmente valioso, llámame a mi teléfono móvil. Esta es mi tarjeta.

Puede ser que antes de venir con Edmundo te envíe a mi asesor de arte para ver tus pinturas y ponernos de acuerdo sobre los precios y lo demás.

—Buen día, señora Geraldine. ¿Cómo sigue?

—Todavía muy mal, inspector, siento una ansiedad terrible. Necesito saber dónde y cómo está mi niña Tessa.

¿Cree usted que todavía está viva? ¡Han pasado varios días y nada me han dicho de ella!

—Puedo garantizarle que sigue viva, señora. Los secuestradores deben estar cuidándola muy bien. Esa mala gente valora a las personas en dinero, y usando esa medida económica, su pequeña hija vale doscientos millones de euros.

—Es verdad, pero para mí no tiene precio.

—Lo sabemos.

—Dígame Geraldine, ¿en las semanas anteriores al secuestro de su hija hubo alguien que estuviera visitando más de lo normal o merodeando su residencia?

—No, señor Morles. Nuestra vida fue totalmente normal, la misma aburrida vida de todos los días, de todos los meses, de todos los años...

Las visitas de Adolphe se incrementaron, pero es lógico, porque es el novio de mi hija.

—¿Es ese muchacho el novio que usted desea para su hija?

—No, pero es el que ella quiere, por ahora. En el mundo moderno no es determinante la opinión de los padres en la elección de las parejas de sus hijos.

—Eso siempre ha sido así, señora.

—Pero antes se disimulaba. Ahora todo es descarado.

De todas maneras, no creo que esa relación dure mucho, porque aunque Michelle no se esmera en elegir a sus novios, sabe librarse pronto de ellos. No creo que permanezca toda su vida atada, como yo, a un profesor de arte.

—Interrogué a Michelle, y me pareció una persona muy franca, que dice lo que piensa.

—No crea en todas las locuras que ella dice, señor Morles. Es muy bromista. Claro, ahora está más seria, porque lo de Tessa no es para reír; pero Michelle es una mujer sencilla, bondadosa y quiere mucho a su hermanita.

—Y a su novio.

—Sí. Debí agregarlo.

—¿Y a su papá? ¿No debió agregarlo también?

—Con su padre ella es más reservada. Nunca lo ha perdonado del todo. La pequeña, en cambio, es adoración con Jean Claude.

—¿Qué es lo que Michelle no le ha perdonado a su padre?

—Lo de su bochinche con Charlotte.

—¿Podría ser más específica?

—Ya deben haberle dicho que esa mujer se le metió por los ojos a mi esposo. Lo que más rabia me da es que yo me emocionaba cuando ella le enviaba un correo.

Fui muy ingenua al creer que era una gran experta, una verdadera autoridad en arte, y que por fin alguien estaba reconociendo los méritos de Jean Claude.

—¿Acaso no era una autoridad en arte?

—Yo, gracias a Dios, no sé mucho y no puedo decirle ni negarle que Charlotte sea una experta. Pero sí sé que es una mujer sin escrúpulos, que vendería a su propia madre para aumentar sus ingresos. Es una comerciante que tiene una galería de arte en Paris, llamada “El Sol de Monet”.

—¿Ha visitado usted esa galería?

—Sí, y lo lamento.

—¿Por qué?

—Porque no me di cuenta de que esa mujer quería quitarme a mi esposo. Pero ¿cómo podía yo pensar entonces que esa bellísima y rica mujer, mucho más joven que yo, con ese cuerpazo y esa cultura, quería quitarme a mi esposo, un hombre pequeño, cegato, gordo, esmirriado, casi calvo y que vivía y vive de su modesto sueldo en el Marmottan?

El mundo está lleno de mujeres locas, que buscan a cualquier hombre; o quizás fue que yo menosprecié a mi marido. Algún encanto muy oculto tiene que tener Jean Claude para haber conquistado a una mujer como esa.

Pero la verdad, señor Morles, es que todavía no sé cuál es ese encanto. Mientras más veo a mi marido, más repulsión le tengo.

No creo que haya sido por sus conocimientos, porque el mismo Jean Claude confesaba que esa arpía sabía más de Monet que él.

—Es posible que haya querido ocupar el puesto de su esposo en el Marmottan.

—No lo creo. No tiene una remuneración alta. Esa mujer, la Charlotte, se gana más en una hora que Jean Claude en todo un año.

¿Para qué habría de querer ese puesto? Siempre le critiqué a Jean Claude esa obsesión por la pintura de los impresionistas. No se imagina el esfuerzo gigantesco que hizo para lograrlo. Leyó centenares de libros. Algunas veces yo misma tuve que leérselos, porque es miope y se le cansan los ojos.

Además, había otros interesados en ese puesto. Él antes era solo un director adjunto del mismo Marmottan, y cuando el puesto del anterior director del museo quedó vacante, consideró que ese era el momento de escalar a su más alta meta.

Pero algunas personas de la Academia se opusieron.

—Sin embargo, su esposo triunfó y obtuvo su anhelado premio: ahora lo dirige, y todos lo reconocen como la máxima autoridad sobre Monet, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que dicen y lo que él se cree, aunque pienso que fue más por la influencia de su amigo Morelli, que por sus conocimientos.

—Quizás ese afán de superación fue lo que atrajo a Charlotte.

—¿Afán de superación? De no haber sido por mis regaños, sería un simple secretario o el encargado de la tienda del museo.

Todavía no logro creer que un hombre tan pusilánime haya sido capaz de convencerla para que se fuera a vivir con él a un apartamento en Montparnasse.

—Pero usted batalló y reconquistó a su marido.

—Por mí se lo habría dejado a esa mujer. Ya no lo amo. Lo odio.

Pero cuando vi que me lo querían quitar, mi orgullo de mujer me ordenó defender lo que me pertenecía, aunque esa “propiedad” fuese ese infiel espantapájaros con lentes.

No debí luchar, ni amargarme la vida, ni arruinármela yo.

Si yo me hubiera quedado quieta y dejado que Jean Claude se fuera con su Charlotte, habría disfrutado de su alejamiento, sin ver de nuevo su repulsiva cara, ni estar sirviéndole como a un rey.

Pero lo más importante es que de haberse quedado con Charlotte, nadie habría tenido motivo para secuestrar a mi Tessa, y hoy estaría yo viviendo feliz, con mis dos hijas.

—¿Visitó Charlotte alguna vez su residencia, señora Geraldine?

—¡No me lo recuerde! Cuando yo creía que esa vagabunda solo era una admiradora de las obras de mi marido, la invité varias veces a mi casa y hasta yo misma le preparé deliciosas cenas.

Ella y Morelli, el amigo de Jean Claude que trabaja con él, se quedaban horas aquí conversando sobre el movimiento impresionista, mientras yo, de tonta, les preparaba la comida y les servía el vino que tenía reservado para especiales ocasiones.

Esa mujer se sentaba en una poltrona roja, que según ella, era muy bella y cómoda.

Cuando me enteré de que se había llevado a Jean Claude, lo primero que hice fue quemar ese mueble, que me traía tan malos recuerdos.

Yo pensaba que de quien estaba enamorada esa bruja era de Guillaume, quien se babeaba por ella.

Una noche, cuando se iban después de una velada en nuestra casa, los vi besándose en nuestro jardín. No notaron mi presencia.

Le conté a Jean Claude lo que había visto y se molestó muchísimo con Morelli, diciendo que había irrespetado a esa “dama”.

Morelli le pidió excusas, alegando que él y Charlotte habían bebido demás y

que no sabían lo que hacían.

¿Cómo me iba a pasar por la mente que la rabieta de mi marido solo era un arranque de celos?

—Pero el señor Morelli todavía sigue siendo amigo de él. Está colaborando para realizar el pago del rescate de Tessa.

—Sí, es el contralor designado por la Academia de Bellas Artes y es una bella persona; pero firmar es lo menos que podría hacer por Jean Claude: un día se metió en un problema legal, y fue mi esposo quien lo salvó.

—¿Cómo lo salvó?

—Morelli vendió un cuadro a un museo del interior. El museo descubrió que era falso y lo demandó penalmente por estafa.

El tribunal de la causa designó unos expertos y pidió a Jean Claude que le emitiera un informe sobre la obra.

Como eran tan amigos, Jean Claude logró sustituir el cuadro falso por el original, que ellos consiguieron no sé cómo.

Mi esposo, desde luego, certificó la autenticidad del verdadero cuadro.

Los demandantes no estuvieron de acuerdo con el dictamen de Jean Claude, y solicitaron de unos famosos expertos del Louvre que analizaran nuevamente el cuadro.

Tres expertos confirmaron por unanimidad el dictamen de Jean Claude, y Morelli ganó el juicio. El museo demandante tuvo que pagar a Guillaume una elevada suma.

—¿Cómo se enteró usted de eso?

—En ese entonces mi marido confiaba en mí. Pero fuera de eso, Guillaume Morelli ha sido siempre una buena persona.

Lo más seguro es que le hubiesen vendido ese cuadro falso como auténtico, y que él de buena fe lo haya ofrecido al otro museo. En el mundo del arte se ven muchas cosas, inspector.

Pero le juro que yo creía que Charlotte de quien estaba enamorada era de Morelli, no del renacuajo de mi esposo. ¡Todavía no lo creo! Esa mujer tiene

que estar ciega.

—Le he quitado mucho tiempo, señora. Vendré a visitarla otro día.

—Venga cuando quiera. ¿Cuándo pagarán el rescate para que mi hija pueda volver a casa?

—Muy pronto, señora.

—¿Es verdad que a usted también le secuestraron a su hija, inspector?

—Sí, señora Geraldine. Se llevaron a mi hija Paula y casi mataron a mi esposa Magda.

—Entonces usted sabe lo que estamos viviendo.

—Sí, señora. Y ahora eso revivió con el secuestro de su hija Tessa. Pero confío en que Dios me ayudará a traérsela viva.

—Amén, señor Morles, amén.

XXVI

Adolphe miró extrañado a Pablo:

—Inspector Morles, ¿usted por aquí? Lo hacía lejos de París, en Lyon.

—Vine a tratar unos asuntos con mi amigo el comisario Germain Flamcourt.

—¡Qué casualidad, recibí una citación de él...! No sé para qué... Por eso vine.

—No es ninguna casualidad. Le pedí que te citara. Soy yo quien quiere hablar contigo.

—Pude haber ido a su oficina, inspector.

—Aproveché que vine a París para matar varios pájaros de un solo tiro...

En los registros de las cámaras del Marmottan apareces muchas veces, en diferentes fechas, solo, parado frente a *Impresión, Sol naciente*, ¿qué hacías allí?

—Verlo, inspector. Soy estudiante de arte.

—¿Solo, sin Michelle?

—Le voy a decir un secreto, señor Morles, pero no lo divulgue: Michelle odia ese cuadro. Además, mi tesis de grado versará sobre esa pintura.

—¿Y no observaste la suplantación?

—Le confieso que no. Siempre creí que era el original. No soy un experto como el señor Leclercq, solo un simple estudiante.

—Me gustaría ver tu tesis. Podría ayudarme a familiarizarme con el tema.

—La tengo casi lista, inspector. Si quiere se la mando electrónicamente. ¿Cómo supo que yo estaba en la capital?

—Me lo dijo una pajarita de hermosos ojos, pecho erguido y muy bellas patitas. Te mandó saludos.

—¡Veo que habló con Michelle! Pero tendrá que ser breve, pues tengo que ir al Instituto de Arte. Si no voy podrían expulsarme.

—Te tengo una buena noticia Adolphe.

—¿Cuál es, señor Morles?

—Que ya no tienes que preocuparte por ir al Instituto: te expulsaron por bajo rendimiento académico..

—¿Quién se lo dijo? ¿La misma pajarita de pecho erguido?

—No. Un feo zamuro con bigotes como los de una morsa: el mismísimo director del Instituto.

—¿El profesor Richards? ¿Ese viejo repugnante? ¡Me ha hecho la vida imposible! Inventó lo de mi bajo rendimiento para expulsarme. Pero mis notas eran muy superiores a las de mis compañeros. ¡Es un amargado!

—Sí, lo constaté personalmente. Tu amigo Richards me informó que te declaraste culpable de la pérdida de un valioso cuadro de ese Instituto, el cual, muy arrepentido, le devolviste tiempo después.

—Sí, lo devolví.

—Pero el viejo no es tan malo como parece: me explicó que estuvo a punto de denunciarte en la comisaría, pero que no lo hizo, gracias a que te defendió uno de los distinguidos miembros del consejo directivo de tu centro de estudios.

—¿Quién fue?,

—El señor Guillaume Morelli.

—¿El señor Morelli? No sabía que me hubiese ayudado. Casi no lo conozco. Lo habré visto unas dos o tres veces, y de paso. Michelle sí, porque es muy amigo de su familia. Sería por eso.

—También el profesor Richards me dijo que te habían expulsado no solo por ese problema ético, sino también por tus bajas notas.

El muchacho calló y bajó los ojos. Estuvo varios segundos en esa posición, hasta que por fin logró balbucear:

—Sé que miles de veces habrá oído decir a los acusados que son inocentes, señor Morles. ¡Pero yo sí lo soy, aunque nadie me crea!

Esa falsa declaración destruyó mis posibilidades de terminar mi carrera, cuando me faltaba muy poco para graduarme; de casarme con la mujer que amo, y de conseguir trabajo en lo único que he estudiado y sé: el arte.

—¿Por qué piensas que nadie podrá creer en tu inocencia, muchacho?

—Porque no me defenderé y jamás diré la verdad.

—Pero yo la sé. Olvidas que estás hablando con un detective: ¡estás protegiendo a alguien!

—Sí, pero no le diré quién es.

—Lo diré yo por ti: es una pajarita de hermosos ojos, pecho erguido y muy bellas patitas.

—¿Se lo dijo ella?

—No, me lo dijiste tú: se necesita mucho amor, hijo, para estar dispuesto a sacrificar tanto por otra persona, a menos que se esté enamorado de ella...

—Tiene razón.

XXVII

Adolphe, ¿crees que fue Michelle quien robó la pintura del centro donde ambos estudian?

—¿He de contestarle, inspector? Creo que tengo derecho a llamar a un abogado.

—No estoy investigando ese caso, sabes muy bien cuál es el que investigo.

—¿Y si estuvieran relacionados, inspector?

—Eso cambiaría las cosas, Adolphe. Pero mi consejo es que siempre digas la verdad, las consecuencias de las mentiras son siempre peores que las que acarrea la verdad.

—Nadie me creerá, señor Morles. La cuerda siempre rompe por el lado más delgado... Yo mismo me confesé culpable y me puse la soga al cuello. ¡Fui un idiota!

—Yo sí te creeré, muchacho. Y te aseguro que en un tribunal mi palabra valdrá más que la de todo el consejo directivo de tu instituto.

Además, dispongo de los recursos de Interpol para indagar lo que realmente sucedió.

—¿Podría hablarle extraoficialmente, de manera hipotética?

—Claro, Adolphe. ¡Adelante!

—Suponga que usted está una noche en el cuarto de su novia, cuando los padres de ella están ausentes.

Su novia se encuentra en el vecino cuarto de baño, arreglándose. Como tarda en salir, usted revisa los libros de la biblioteca y observa un sobre del tamaño de una carpeta, muy escondido, detrás de varios grandes libros.

A usted le llama la atención que ese sobre sea igual a los de su universidad e incurre en la indiscreción de abrirlo.

Entonces descubre que el contenido de ese sobre es la tela de un cuadro muy valioso, propiedad del centro en el cual estudia, el cual había desaparecido un año antes de la galería universitaria, en condiciones muy misteriosas, con el

consecuente escándalo en el campus.

Su novia está punto de salir del baño, ¿qué haría usted, inspector?

—Le preguntaría a mi novia de dónde sacó ese cuadro.

—El joven del cuento cometió el error de no pensar como usted, inspector. Le dio vergüenza comentar a su novia que había estado registrando sus efectos personales.

—¿Qué hizo entonces ese joven?

—Para salvar el honor de su dama, cometió el grave error de llevarse el sobre en la mañana, cuando ella todavía dormía y entregarlo al director del Instituto.

—¿Y qué le dijo al director cuando le preguntó cómo había descubierto ese cuadro?

—El joven enamorado le respondió que lo había sustraído él mismo para gastar una broma, pero que después se había arrepentido.

El director actuó como debía proceder; pero para evitarse los inconvenientes de tener que ir a los tribunales a fin de denunciar penalmente al joven; dijo que el cuadro había aparecido tan misteriosamente como había desaparecido. Nunca supo que un señor casi desconocido lo había defendido.

Sin embargo, Richards alteró en los registros computarizados los promedios de ese estudiante, bajándole un 40% de todas sus notas, y lo expulsó del centro por su supuesto bajo rendimiento académico. Amenazó al joven con denunciarlo a la policía si alegaba que esas no eran sus notas.

—Por lo visto, ese joven estaba convencido de que su novia había robado el cuadro.

—Al principio, él sospechó de su amada, y quiso encubriarla. Pero hoy está convencido de que ella nada tuvo que hacer con eso. Fue un idiota.

—¿La joven nunca habló a su novio sobre ese problema?

—No, pero sí le extrañó lo de la expulsión.

Ella sabía que el bajo rendimiento no podía haber sido la verdadera causa, pues su novio había sido un excelente alumno.

También estaba enterada de que él había hecho un enorme esfuerzo para mantener a sus padres y para reunir dinero y casarse con ella.

Supuso que su novio debió haber hecho alguna otra cosa, muy grave, para que lo expulsaran, ya que, incluso, su promedio de notas era más alto que el de ella.

Y decidió esperar a que él mismo le explicara lo que había pasado.

Pero así como el muchacho, por amor, cuando la creyó culpable hizo en silencio todo cuanto pudo para salvarla, y no indagó sobre su participación en la desaparición del cuadro; ella, supongo que también por amor, nada indagó sobre la verdadera causa de la expulsión de su novio.

—Es una bonita historia de amor, Adolphe. Pero de humanos es errar y de tontos permanecer en el error.

Di a esos tontos jóvenes que quiero hablar personalmente con ambos. No les digas por qué.

A nadie informen sobre las investigaciones que estamos realizando.

Pero si esa historia de amor es cierta, me encargaré de que la verdad salga a flote.

—Gracias, inspector.

Adolphe se levantó para irse, pero Pablo lo retuvo:

—Perdona, pero me queda todavía una pregunta muy importante por hacerte.

—¿Cuál es, inspector?

—¿Alguna vez tuviste “algo” con Camille?

El joven rio abiertamente:

—¿Michelle tuvo el descaro de pedirle que me preguntara eso?

—Sí, y le ofrecí hacerte confesar la verdad, aunque para eso tuviera que torturarte.

—Ja, ja. No tendrá que hacerlo, inspector: sí tuve “algo” con ella.

—¿Puedo decírselo?

—Claro. Cometí el error de no decirle la verdad cuando me lo preguntó por primera vez. Y como sabe que le mentí, no hay día que no me lo pregunte.

—¿A Camille no le gusto tu café?

—No le entiendo, ¿café? ¡Camille nunca ha tomado café, inspector! No puede hacerlo. Los médicos se lo prohibieron.

—Bueno, le diré simplemente que me dijiste que sí habías tenido “algo” con su amiga. Espero que eso no te traiga problemas.

—¿Problemas? ¿Por una vez que fui al cine con Camille y le di un solo beso?

—Creí que había habido algo más.

—¿Cómo se ve que no conoce a Camille, inspector! ¿Sabe lo que hizo cuando la besé?

—No, ¿cómo quieres que lo sepa, si no la conozco?

—¡Me dio una sonora cachetada y se fue! ¡Me dejó plantado! Eso es exactamente lo que Michelle quería confirmar. ¡Estará feliz de saber que era verdad!

XXVIII

—¡No son profesionales, Robert! Esos secuestradores son unos novatos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso, Pablo? Yo pienso todo lo contrario. Tienen claros sus objetivos. Hay que reconocer la originalidad de su sistema de “vender” al Museo Marmottan el mismo cuadro que le robaron, disfrazando la venta con un secuestro.

—Es posible que sea al revés, Robert: que estén disfrazando un secuestro con la venta de un cuadro.

—No creo. El secuestro es solo un accesorio de su plan. Vender ese cuadro tan famoso en el mercado negro les habría sido imposible sin el secuestro de la niña. Es uno de los más conocidos en todo el mundo. Se descubrirían al ponerlo en un catálogo.

Robert añadió:

—Nadie sabía que tenían el original de *Impresión, Sol naciente*. Ni siquiera su verdadero dueño, el Museo Marmottan. Durante años, solo ellos, que lo guardaban oculto en un lugar secreto, pudieron verlo. Ninguna otra persona tuvo ese honor, ese raro placer, ese privilegio.

El numeroso público que durante años ha acudido al museo para admirarlo, solo ha visto una copia, una falsificación.

—Es cierto, Robert, pero los años pasaron y ellos se cansaron de ver el original en privado.

Necesitaban dinero y tenían una fortuna escondida dentro de ese rollo y quisieron sacarle provecho.

Otros, se habrían quedado con el original para entregarlo contra el pago del precio. Dando y dando, pero...

Robert continuó la frase inconclusa de Pablo:

—Pero ellos fueron mucho más audaces, en un alarde de inteligencia, casi como probando su “buena fe”, entregaron al museo esa obra de arte, de incalculable valor económico y artístico, varios días antes del plazo que fijaron para el pago.

—Pero al devolver el Monet, Robert, lo que quedó fue el secuestro. Ya no se trata de la venta de una obra de arte, sino de un vulgar y corriente secuestro. El Marmottan no estaría pagando un precio, sino entregando, por cuenta y en descargo de Leclerq un elevado rescate que este jamás habría podido pagar con su escaso patrimonio particular.

—No, Pablo. El secuestro solo fue una vía que los secuestradores crearon para que el Marmottan pudiera pagarles el precio del cuadro.

Para “legalizar” esa compraventa, usaron a su director, Leclerq, con lo cual al mismo tiempo obtuvieron una constancia de autenticidad.

Pero para eso, tenían que lograr que Leclerq entrara en su juego y le hallaron su lado flaco: ¡su hija!

Eso nunca pudo ser obra del hampa común, de un secuestrador o de un vulgar ratero, Pablo. ¡son conocedores de arte!

—Todo lo que has dicho suena muy lógico, Robert, pero mi olfato de detective me indica que los secuestradores, aunque puedan ser muy inteligentes y audaces, y entendidos en el arte, no tienen experiencia previa en secuestros.

Es verdad que tienen conocimientos mucho más profundos que nosotros en lo que concierne al mundo artístico, y sobre los sistemas financieros, pero en lo que al secuestro propiamente dicho se refiere, han cometido muchas torpezas.

—¿Torpezas? No he visto ninguna, ¿cuáles torpezas, Pablo?

—Haber hablado en exceso y por más tiempo del necesario, Robert. Eso fue una gran torpeza, que los llevará a la cárcel.

Pero su mayor torpeza, amigo, fue darnos ocasión para enviarles a ese caballo de Troya, a Felipe Maita, Gonzalo Ramos o como quieran llamarlo.

¡Tienen que ser bien inexpertos, para permitir que les enviemos a su guarida nada menos que al fundador del “ala móvil”!

—No podrán reconocerlo. A Felipe nadie lo conoce aquí, Pablo.

Ellos no tienen ni idea de quién es. Irá con una falsa identidad. Además, ni siquiera ha salido para allá. Probablemente lo capturarán y lo investigarán a fondo. Temo que le hagan daño.

—No les conviene hacerle daño, Robert. Sin Felipe o Gregorio, no podrían cobrar el rescate.

—Imagino que se lo llevarán a algún paraíso fiscal y que le harán abrir una cuenta bancaria, a nombre de Gregorio Ramos, que se movilizará automáticamente, al recibir la transferencia.

—No podrán matarlo, aunque quieran, Robert. Felipe no necesita armas para defenderse, aunque las maneja muy bien.

Los únicos que correrán peligro serán los secuestradores, créeme.

Yo jamás me atrevería a enviarlo a esa cita, de no estar completamente seguro de que regresará vivo.

Puede ser que en el plano artístico seamos inferiores a esos secuestradores, pero cuando se trata de un secuestro, los policías somos los profesionales, los especialistas; y ellos, los novatos.

Y les envié al mejor de mis hombres.

—Lo sé, Pablo. No me cabe la menor duda. Pero no debemos confiarnos.

No solo Felipe estará en un gran peligro: una niña inocente, también.

—¡Eso jamás lo he olvidado!

XXIX

Felipe siguió al pie de la letra las instrucciones que Boronali recitó a Jean Claude. Llegó a Chartres en el primer tren, se bajó en la estación. Admiró la fachada de la bellísima catedral.

Aunque nunca antes había estado en Chartes, sabía exactamente donde estaba, pues había estudiado muchas veces con Pablo los videos de la zona.

Se hizo el desorientado y preguntó a una amable señora a quien oyó expresarse en español, dónde quedaba *Le café Serpent*. Habría podido preguntarle a cualquier nativo de la región, pues también hablaba francés, pero la idea era de dar la imagen de un extranjero perdido en un pueblo para él extraño.

La señora le señaló la planta baja de un pequeño edificio de unos tres pisos, más ático, con un techo a doble agua de muy pronunciado ángulo.

Le dio las gracias y se encaminó al edificio, llevando en la mano izquierda un paraguas marrón, sin abrir; lo que en todo caso no habría sido necesario, porque era un día hermoso, y nada hacía presentir que lloviera. En su mano derecha, doblado, llevaba un ejemplar de un diario en francés.

Estuvo unos cinco minutos parado frente a *Le café Serpent*. Varias personas, de diversas edades entraron y salieron del restaurante.

Un niño se le acercó y le dijo algo tan rápido que no entendió. —*¿Sería ese niño el contacto? No entendí lo que me dijo*, pensó.

Espero unos cuatro minutos más, y luego decidió seguir exactamente las instrucciones de Boronali: subir por la calle del costado izquierdo del restaurante.

Siguió esa calle hasta que encontró una tienda con una vidriera. Aparentó estar interesado en las miniaturas que exhibía ese negocio, pero aunque en condiciones normales le habría comprado una a Diana, en realidad lo que hizo fue observar la calle, en el reflejo en el vidrio.

Simuló querer entrar en la tienda, no obstante encontrarse cerrada. Sabía que no podía entrar, pero ese movimiento le sirvió para acercarse a un pequeño micrófono, oculto en el marco de la ventana, que un “barrendero” había

colocado la noche anterior..

Felipe comentó, como si estuviera hablando solo:

—¿Vendrán a buscarme con un vehículo, Pablo? No me parece el escenario apropiado para eso. Siendo ellos, yo habría elegido una calle más amplia y apartada, con facilidad para maniobrar y evadirme.

Un grupo de turistas pasó a su lado. Eran más o menos unos seis hombres y mujeres. Felipe dijo: *Seguro que se me acercará uno de ellos.* Todos pasaron sin conversar con él, pero uno quedó rezagado.

El turista rezagado, se aproximó lentamente a Felipe, quien no parecía verlo, aunque lo seguía atentamente, gracias al reflejo en el vidrio.

—¡Ese es el hombre, Pablo! Mira a todos lados. Simula estar tomando fotografías. Tendrá unos treinta años, es moreno, corpulento, camina renqueando ligeramente; tiene un problema en el pie: la suela de su zapato izquierdo es más alta que la del otro.

Ahora regresan cinco del grupo de turistas que pasaron primero. Hay una mujer entre ellos. Parece que quien dirige a ese grupo es el que cojea.

¡Viene hacia mí!

Felipe oyó una voz que le dijo, en pésimo español:

—No voltees, Gregorio. No me mires. Estoy armado. Si alguien más vino contigo, morirás. Camina normalmente delante de mí, sin mirar para atrás ni hacer movimientos extraños.

Felipe obedeció. Llegaron a una bifurcación, cerca, donde había una construcción muy antigua, una especie de portal de pesadas piedras y muy gruesas y antiguas vigas de madera. El hombre le ordenó entrar. Era un lugar sombreado y oscuro. Apenas podía ver.

—¡Pégate al muro! Le ordenó el que parecía ser el jefe.

Lo revisaron para ver si llevaba armas. Le quitaron el periódico y el paraguas.

En su abrigo, encontraron la tableta electrónica, varios euros, un bolígrafo, sus documentos de identidad, las cartas de referencia que le habían pedido llevar y varias cajas de medicamentos.

El jefe le dijo, furioso.

—¿No te dijo Leclerq que no debías traer teléfonos? ¡No cumpliste con el trato!

Felipe le contestó, molesto y con voz todavía más fuerte:

—¡No he hecho con usted trato alguno! Nadie me dijo que no podría traer mi tableta electrónica. ¡Además esa tableta no tiene teléfono ni puede comunicarse! Desde ella no puedo hacer ni recibir llamada alguna.

Solo contiene mis datos personales, informaciones que podrían exigirme para hacer la transferencia y algunos juegos electrónicos para matar el tiempo.

El jefe ordenó a los otros:

—Quítenle todo, y denme la tableta.

Luego añadió con ironía:

—¡Gracias por la tableta electrónica, Gregorio, necesitaba una!

El robo de su tableta, hizo enojarse más a “Gregorio”, quien le respondió:

—¿Son ustedes policías? De haber sabido que esto era una operación policial no habría venido. Me quejaré a Leclerq.

No entiendo cuál es la razón de que me traten como si fuese un maleante.

Vine para hacerle un favor al Marmottan. ¿Así tratan ustedes a quienes van a comprarles un valioso cuadro?

¡Regresaré ahora mismo a mi país! ¡Búsquense a otro!

Felipe empujó a uno de los hombres y lo hizo golpear fuertemente con el muro de piedra. Los otros no se atrevieron a usar sus armas, porque el sitio era cerrado, no tenía iluminación y podían herirse ellos mismos.

El que recibió el empujón se levantó adolorido e indignado y maldiciendo a Felipe, le lanzó un golpe, que con mucha rapidez esquivó en la oscuridad.

No obstante, Felipe hizo como si el puño le hubiera dado de lleno en la cara, lanzó un grito de dolor y cayó desmayado al suelo.

Ninguno de sus atacantes advirtió cuando el supuesto Gregorio, con sus

dientes, arrancó uno de los botones de la manga de su camisa, y se lo tragó.

Alguien encendió una linterna de mano.

Los atacantes, desconcertados, vieron a “Gregorio” convulsionando y con los ojos en blanco.

A los pocos segundos quedó inmóvil, como muerto, tirado en la acera, botando espuma por la boca.

Uno de los hombres exclamó:

—¡Lo mataste, estúpido! El jefe nos ordenó que se lo lleváramos vivo... ¿Qué le diremos, ahora? ¡No nos pagará!

Una voz de mujer dijo:

—El culpable fue Leclerq que no le explicó a qué venía. ¡Gregorio creyó que éramos policías!

El que le había pegado, se defendió:

—¡No está muerto! No llegué a darle duro, ni siquiera sentí cuándo le pegué. Creí que había errado el golpe, porque se movió cuando le fui a pegar... No tiene heridas, ni está sangrando... Podría estar fingiendo.

La mujer le reclamó:

—¡Todos vimos cuando le diste en la cabeza, imbécil! Puedes echarnos a perder la negociación.

El hombre insistió:

—¡No le pegué! Posiblemente se asustó y le dio un infarto...

Pero la mujer volvió a hablar:

—Quizás fue un ataque de epilepsia. Es un hombre enfermo, por eso llevaba tantos medicamentos en el abrigo.

—No comprendo, ¿un hombre enfermo? El empujón que me dio ese “enfermo”, me lanzó contra el muro y casi me rompió el cráneo.

La mujer no lo dejó continuar:

—¡Cállate, Fred! No me dejas oír...

¡Está respirando! Pero muy débilmente, todavía tiene pulso, creo que está agonizando.

El que cojeaba exclamó:

—¡Llevémoslo al jefe! ¡Que sea él a quien se le muera ese Gregorio, no a nosotros!

Nos contrató para llevárselo y se lo llevaremos. Allá él con lo que le pase. Tendrá que pagarnos.

—¡Apúrense! ¡Alguien podría vernos!

Lo levantaron y lo llevaron inconsciente entre dos de los “turistas”, como si tratase de algunos amigos que llevasen a alguien que pasó toda la noche bebiendo.

Un Renault Megane verde y un Citroën negro se acercaron al lugar donde tenían a Felipe.

Sus “amigos de parranda” lo colocaron en el asiento trasero del Renault, entre dos de los turistas; mientras otro de ellos quedó al frente del volante.

La mujer subió al otro vehículo, al negro, el cual, conducido por quien había golpeado a Felipe, siguió al primero.

Ninguno de los supuestos turistas notó que dos hombres estaban observándolos desde lo más alto de la torre de la catedral, con equipos especiales de visión y sonido, y armas de precisión.

XXX

Cuando Pablo regresó a la comisaría de París, encontró a Diana esperándolo, apoyada en el marco de la puerta de la oficina del inspector Flamcourt.

Apenas la vio, le remordió la conciencia, pues había actuado como solía hacerlo cuando era el jefe de ella y de Felipe. Y ya no lo era.

Siempre Pablo, Felipe y Diana se habían encargado de las misiones más peligrosas. No permitían que sus subalternos arriesgaran sus vidas.

Diana y Felipe eran increíblemente audaces, arriesgados y valientes. Nunca habían fracasado en una misión. Les agradaba trabajar en equipo y celebraban juntos sus éxitos.

En oportunidades anteriores, Diana había salvado la vida de su jefe, y de su esposa Magda.

Pablo confiaba ciegamente en ella.

Pero cuando vio la cara de angustia de Diana, se dio cuenta del grave error que había cometido, al enviar solo a su esposo a la guarida de los secuestradores.

Ahora, la que estaba mirándolo angustiada, no era la Diana de antes, la mujer que con su arrojo y eficiencia había llegado a ocupar el cargo de segunda comandante del departamento de policía de su país. La Diana a quien Felipe vio parada en la puerta, fue la de una recién casada, la de una mujer enamorada que sabía que a su esposo lo habían mandado a una misión tan peligrosa que era muy poco probable que regresara vivo.

Evitó verla directamente a los ojos.

Se reprochó a sí mismo: ¿qué necesidad tenía de echarles a perder su luna de miel; de traer a Felipe para que arriesgara su vida en otro país, para salvar un cuadro del cual poco o nada sabía?

¡No, ni Felipe ni Diana se merecían eso!

Regresó a donde ella estaba. Y la abrazó, sin poder evitar que ella notara sus ojos húmedos.

Ella lo miró asustada, pensando que se había devuelto para darle la noticia que tanto temía, la que esperaba cada vez que su esposo salía a una misión.

—Pablo ¿Y Felipe? ¿Qué le pasó?

—¡Se lo llevaron, Diana!

—¿Está vivo?

—Sí. Es muy inteligente y ágil. Se hizo el muerto, pero antes golpeó a uno.

—¿Dices que se hizo el muerto? ¿y se creyeron esa tontería?

—Sí. Cuando lo capturaron se tomó una pastilla que le produjo efectos similares a un ataque de epilepsia.

—¿Y si aprovechan que está en ese estado y lo maltratan o lo matan?

—¡No lo harán, Diana! Para ellos, Felipe vale doscientos millones de euros. Si lo hacen, los perderán.

—Pero en ese caso, la perdedora sería yo, Pablo. Para mí, Felipe vale más que todos los cuadros y tesoros de Francia y del mundo.

—Yo opino lo mismo, Diana. ¡Lo siento! No fue correcto hacerlos venir, quizás fue el deseo de verlos y de trabajar nuevamente junto a ustedes, pero eso fue una gran estupidez de mi parte. Jamás debí hacerlo.

Además, él y tú estaban en su luna de miel. ¡Eso es imperdonable!

—No te preocupes, Pablo. Sé que no mediste las consecuencias. Somos iguales. Te entiendo. Como yo, haces locuras porque no puedes evitarlo.

Esa es tu manera de ser, y la mía también.

Felipe es más racional, más efectivo y calculador. No improvisa como nosotros. Tiene mentalidad de ingeniero, pero le sobra valor.

—Es cierto. Tu esposo es increíblemente eficaz y valiente. En este momento una vez más lo está demostrando. Pero también está probando que es mi amigo. No estaba obligado a venir. Lo hizo solo por mí, a pesar de estar al tanto de los riesgos.

—¿Está incomunicado?

—Ellos creen que sí.

—¿Y no lo está?

—No, Diana. Podría saber dónde se encuentra ahora.

—¿No lo revisaron?

—A fondo, pero le volvieron a poner sus zapatos.

Diana esbozó una débil sonrisa.

—Ya veo. Debí suponerlo. Lo llevas en la sangre: siempre tienes un as en la manga.

—Tengo otro as: la tableta electrónica que llevé consigo.

—¿Una tableta electrónica? ¿Dejaron que Felipe tuviera una tarjeta electrónica?

—No. Se la quitaron.

—¿Y entonces?

—Sabíamos que se la quitarían. La idea no era que él la usara, sino que lo hiciera su secuestrador.

—¿Y qué ganas con eso?

—Identificarlo y saber su ubicación exacta.

—¡Excelente idea!

—Esa tableta contiene algo más que chips electrónicos.

—¿Qué es, Pablo?

—C-4. Podemos hacerla explotar con una señal de microondas, activarla con cualquiera de nuestros teléfonos móviles.

—¿Y si él olvida la clave?

—¿Cómo va a olvidarla, Diana? Es la fecha de su cumpleaños. ¿Olvidarías tú la tuya?

—La mía, no; pero la de él, sí podría olvidarla. No soy buena para esas fechas.

—No le digas eso a Felipe.

—La explosión podría afectarlo...

—No explotará si él está a menos de treinta metros.

Esa es una de las funciones de un pequeño transmisor que colocamos dentro de su zapato izquierdo.

—¿Tiene algo más?

—Él puede activar una señal de alarma muy poderosa, satelital, para que lo ubiquemos y entremos a rescatarlo, pero para eso la tableta tiene que estar encendida.

—Me gustaría formar parte del equipo de rescate.

—Puedes estar segura de que tú y yo seremos los primeros que entraremos.

—¿Y de la niña, de Tessa? ¿Sabes algo? ¿Está en el mismo lugar que Felipe?

—Todavía no sabemos nada de ella. Pero lo sabremos. Para averiguar eso, Felipe dejó que se lo llevaran los secuestradores.

—¡No puedo olvidar el llanto de la niña que oí en la galería *El Sol de Monet*! ¿Sería ella? ¿No habrá una forma de entrar por la fuerza y de averiguarlo?

—Todavía no. Legalmente aún no es posible y Clayton nos pidió ser muy prudentes.

—¡Pobre niña! ¿Qué estará pensando, qué se estará imaginando?

Gracias, Pablo. Me has tranquilizado. Sé que hiciste una excepción conmigo. No acostumbras a revelar tus secretos.

Te gusta sorprender, mantener la expectativa hasta el final.

Siempre disfrutas haciendo ese teatro.

—Tranquila, Diana, que yo estoy encima del caso, velando por Felipe.

Para asesinarlo, esos malvados tendrían que matarme primero, y sabes que eso no les será fácil.

¡Te juro por la memoria de Harry Campbell, y sabes lo que eso significa para mí, que en ese caso moriré junto a Felipe!

—Entonces seremos tres los muertos, ya que en esa hipótesis, también tendrán

que matarme.

O mejor dicho, Pablo: seríamos cuatro los fallecidos, ¡estoy embarazada!

¡Felipe lo ignora!

XXXI

—Estoy preocupado, Pablo. Creo que fue un error haber enviado a Felipe. Ahora, en lugar de un rehén tienen dos.

—Sí, Robert... Pienso lo mismo. No te imaginas el dolor que me produce la angustia de Diana. No hace más que ver el reloj y la puerta. Sé cómo está sufriendo y me siento culpable.

Pero teníamos que hacer algo para salvar a la niña, y ellos exigieron a Leclerq que les enviara un intermediario.

Felipe era la única persona que yo conocía que cumplía con los requisitos exigidos por los captores de Tessa, y además, lo más importante, que podría traerla a salvo, aunque estuviese rodeada por todo un ejército.

Pensé más en la niña que en él.

—Tienen diseñada una estrategia bancaria, Pablo. Quien figurará recibiendo el pago será Felipe, bajo su falsa personalidad de “Gregorio Ramos”.

De allí en adelante, en cuestión de segundos, el dinero será automáticamente transferido por computadoras a varias cuentas secretas en otros bancos, a nombre de compañías fantasmas.

—Sí, ese es el procedimiento que usualmente usan para lavar dólares y otras divisas.

—El dinero está disponible, desde ayer en la tarde en una cuenta del banco central asignada al Museo Marmottan.

—Eso quiere decir que Leclerq consiguió todas las firmas...

—Sí. La directora Aimée Lefèvre, aunque a regañadientes, firmó ayer la autorización de la Academia de Bellas Artes, previa consulta al Instituto de Francia y después de haber cumplido todas las demás formalidades legales.

—¿Cómo lo lograste? ¿Le falsificaste la firma a la señora Lefèvre? ¡Eso es un delito muy grave, Pablo!

—No, Robert. No falsifiqué la firma de ella, sino la del presidente de la República. La directora recibió una nota, en la cual el presidente le rogaba

que firmara esa autorización, porque se trataba de un asunto de Estado.

—¡Eso es mucho peor, Pablo! ¡Si se descubre eso, iremos a la cárcel! Habría preferido que falsificaras la firma de la señora Lefèvre.

—No era suficiente, Robert: el banco central la llamará antes de hacer el pago. Se habría enterado y dicho que esa no era su firma; en represalia los secuestradores eliminarían a la pequeña Tessa; y nosotros de todas maneras iríamos a la cárcel.

Pero con el esquema que “estamos” utilizando, todo funcionará sobre rieles: antes de pagar, el banco central llamará los tres firmantes, Leclerq, Lefèvre y Morelli; y cada uno admitirá y validará su respectiva firma. El banco entonces no tendrá inconveniente en transferir el rescate a la cuenta que le hayan indicado. Esa primera cuenta, desde luego, estará a nombre de Gregorio Ramos.

—¿Y después?

—Todo dependerá de las autorizaciones que los secuestradores hayan hecho firmar a ese Gregorio Ramos, es decir, a Felipe Maita.

—Si ya todos firmaron las autorizaciones, Boronali aumentará la presión para que Leclerq dé curso a la transferencia.

—Debemos estar preparados para lo que viene. Los acontecimientos de ahora en adelante se desarrollarán vertiginosamente, porque es posible, incluso, que exijan a Leclerq hacerles anticipadamente el pago del rescate, es decir, antes del vencimiento de los quince días.

—Y tendremos que hacerle ese pago, por supuesto.

—No nos queda otra opción, Pablo. La vida de la niña está en juego.

—Es raro que Boronali no haya llamado de nuevo a Leclerq...

Clayton le respondió:

—Quizás ellos aún no están preparados para recibir la transferencia. Tienen miedo. Han llegado demasiado lejos. Saben de arte y de finanzas, pero no de secuestros; y tienen que saber que les estamos siguiendo el rastro.

—Sí, Robert. Pero confían en que esperaremos hasta el último momento para

iniciar nuestras acciones. Saben que para nosotros la vida de la niña es lo primordial.

—Es verdad, hemos trabajado con mucha cautela y hemos avanzado algo, pero la verdad es que ni yo sé qué haremos una vez hecho ese pago.

—Yo sí sé, Robert: detenerlos.

—Quizás logremos detener a algunos, pero el dinero se habrá esfumado y nos acusarán de haber hecho ese pago ilegalmente. Eso es sancionado aquí muy fuertemente. Tardaremos días o años en averiguar quién es el secuestrador.

—No te preocupes, Robert. ¡No se nos escapará! ¡Ya sé quién es!

—¿Sabes quién es? ¿Y no me lo has dicho?

—No me gusta revelar antes de tiempo los nombres de los sospechosos o de quienes considero culpables, que es lo mismo.

¡Desde el principio supe quién es, Robert! Todos los pasos que hemos dado son simplemente para estar plenamente seguros de no habernos equivocado; y para evitar que a la niña le pase algo.

—Cuando dices que sabes quién es, y que lo estás verificando, sé que es verdad, Pablo. Desde que te conozco, he podido constatar que tus sospechosos son los culpables.

—¿Conseguiste la información que te pedí sobre Alex, el muchacho que besaba apasionadamente a Michelle, la hija de Jean Claude, pero que supuestamente nunca fue novio de ella?

—Sí. Leclercq tenía razón: no es una buena ficha. Tiene antecedentes penales por robo de vehículos y narcotráfico. Trabaja en un taller que es un centro de distribución de drogas. ¿Crees que tuvo algo que ver con el secuestro de Tessa?

—Es raro que un hampón de amplio record, como Alex, haya estado besándose con la bella hermana de la niña secuestrada. No podemos perderlo de vista. No lo detengas todavía.

—Michelle parece una buena muchacha, pero el amor es ciego...

—Hablando de otra cosa, Robert, ¿alguien ha comprado el medicamento

Eminence-JEI?

—Hasta ahora, nadie, Pablo. Pero estamos vigilando, por si alguien lo solicita.

—¡Lo pedirán!

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Cuando las piezas del rompecabezas comienzan a encajar y solo te queda una, ya sabes que esa es. Lo único que falta es ponerla en su lugar.

—Sé que no me vas a decir todavía quién es, y no te daré el gusto de preguntártelo. Si no se lo decías a Harry, menos a mí.

Pero te tengo una información importante, Pablo: nuestros técnicos me informaron que estudiaron la grabación de la más reciente llamada de Boronali a Leclerq.

—¿Y qué te dijeron?

—Lo que sabíamos: que era una voz electrónica, disfrazada, y que igual podía ser de un hombre que de una mujer...

—Pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí y no es nada bueno: ¿recuerdas que dos veces oímos como si alguien le comentaba algo ininteligible a Boronali?

—Sí, Robert, era como un desagradable murmullo, una especie de susurro al oído, pensando que no podríamos descifrarlo.

—Pues nuestros técnicos lograron descifrar parte de lo que le dijo. Era una advertencia: “¡Cuidado, Leclerq podría reconocerte!”, dijo esa misteriosa voz.

—Eso confirma mi sospecha de que Boronali es una persona cercana a Leclerq: una persona a quien Jean Claude, podría identificar, si le hablara con su voz normal y no con una electrónica.

—Tienes razón, Pablo.

—Pero fueron dos las intervenciones de esa otra voz, Robert. ¿Qué dijo esa voz en la segunda? ¿Qué fue lo que descubrieron tus técnicos al analizar ese otro susurro?

—La otra voz dijo a Boronali: “Creo que la niña te reconoció... No podremos

liberarla...”

—En otras palabras, Robert, apenas reciban el precio, asesinarán a Tessa.

—¡Y eliminarán también a Felipe!

XXXII

Varios minutos antes de que fuertemente atado con unas cuerdas lo arrojaran al piso de un cuarto en ruinas, Felipe había despertado de su supuesto “ataque de epilepsia”; sin embargo, siguió haciéndose el inconsciente.

Apenas sus captores salieron, abrió los ojos y como era un veterano policía fue registrando en su mente todos los detalles del lugar de su cautiverio:

—No estoy en un apartamento, sino en una vieja casona, bien construida, de gruesos muros, con pisos antiguos de cerámica, y con paredes frisadas y pisos y techos de madera, aunque en muy mal estado.

Este cuarto está en ruinas: por las paredes se filtra la luz y los sonidos de las otras dependencias. Los techos están en pésimo estado. No tiene muebles ni decorados, y no ha sido barrido en años.

Probablemente esta vieja casona está en las afueras de París, cerca de la línea del tren, pues hace poco oí pasar uno.

No debe estar más lejos de una hora de Chartres, pues eso fue más o menos lo que duró el viaje en el auto.

Menos mal que no me quitaron el reloj, quizás porque les pareció muy barato y de mala calidad.

Trataré de registrar en mi memoria la hora.

Este cuarto tiene una ventana de madera con gruesos barrotes de acero forjado.

Por ahora no puedo moverme, y menos salir; pero de estas ataduras me libero cuando quiera.

Pablo tenía razón, no son profesionales. ¡Están desorientados! No saben qué hacer. ¡Acaba de pasar otro tren! Son las 9:15 a.m. Por el sonido deduzco que ese tren va hacia arriba, o sea hacia el norte, ya que es de mañana y por la ventana veo que el Sol está a mi derecha.

Felipe rodó sobre su cuerpo hasta una de las rendijas iluminadas. Era una grieta que daba hacia una sala vecina. El cuarto tenía otras, pero eligió la más lejana, porque estaba iluminada y oyó voces.

Sus captores, se expresaban en francés.

Una voz masculina dijo:

—No entiendo, Muñeca, ¿qué le pasó al señor Gregorio?

Una voz femenina suave, pero con evidente tono de disgusto, le explicó:

—¡Este estúpido le dio un golpe en la cara para someterlo!

El acusado se defendió:

—No le pegué: le dio un ataque. No nos advirtieron que se trataba de un enfermo.

—A nosotros, tampoco —dijo la mujer.

—Lo que él tiene puede ser pasajero —dijo el moreno de la cojera. Eso no es nuestro problema, no somos médicos. Nuestro trabajo terminó. ¡Queremos nuestra paga!.

—¡La tendrán! Vengan mañana y les pagaremos.

—No. Eso no fue lo convenido. La queremos ahora mismo. Ya tienen a su hombre y podrían irse, sin pagarnos. Nos dijeron que él no opondría resistencia, pero no fue así. Deberían pagarnos algo más.

Fue una tarea peligrosa y algo muy gordo nos están ocultando.

Nos arriesgamos más que ustedes y lo de la enfermedad no es culpa ni asunto nuestro.

La mujer intentó discutir, pero el hombre intervino:

—Págalos lo ofrecido, querida. Ya tenemos demasiados problemas... No busquemos más.

Las voces de la mujer y de los otros hombres dejaron de oírse por unos minutos.

La mujer de voz suave, dijo:

—¡Ya les pagué! Tuve que darles una propina. ¡Ojalá que no nos pidan más dinero!

Otra voz femenina, pero desagradable, muy aguda, le respondió:

—No te preocupes, Muñeca. Mañana tendremos en el exterior dinero en

abundancia.

Desde el cuarto donde estaba prisionero, Felipe pensó:

—Se fueron varios del grupo, y ahora solo oigo una voz masculina y dos femeninas. El hombre debe ser el que dice llamarse Boronali.

En esta parte de la casa quedan solo tres secuestradores, que probablemente son los líderes.

De estar sin ataduras, podría someterlos rápidamente, pero seguramente están armados. No debo perder la calma.

Además, tengo que averiguar primero dónde está la niña. Podría no estar en esta casa.

La voz masculina volvió a oírse:

—¡Iré a ver si Gregorio sigue inconsciente!

Rodando sobre su cuerpo, Felipe se alejó de la rendija.

Se abrió la puerta. Con un revólver en la mano, el secuestrador la abrió; y fue acercándose lentamente a su rehén, mientras lo apuntaba con el arma.

Cuando sintió que estaba muy cerca, Felipe empezó convulsionar y a decir cosas sin sentido.

El hombre rápidamente se alejó, cerró de nuevo la puerta con llave, y regresó a la sala, donde estaban los otros.

XXXIII

Felipe volvió a colocarse cerca de la grieta de la pared, para seguir espiándolos.

El secuestrador ingresó a la sala e informó a los otros:

—Está vivo, pero todavía convulsiona y delira.

La Muñeca le respondió:

—¿Cómo quieres que ese hombre negocie en ese estado, Gata? No podemos mostrarlo así al representante del banco. Dijo que vendrá mañana para recogerle las firmas.

La aludida, a su vez preguntó:

—¿Están seguros de que ese Gregorio no es un policía? ¿Y si se niega a firmar?

El hombre le respondió:

—Sí, Gata. Jean Claude afirma que ese Gregorio es un ingeniero; que trabaja o trabajó para un banco en el Caribe; y que es el hombre indicado.

Me garantizó que no era policía ni tenía antecedentes policiales.

—¿Cómo te lo garantizó? —preguntó la misma mujer.

Fue Muñeca quien le contestó por el hombre:

—¡Con la vida de su hijita, Gata! ¿Te parece poco o vas a pedirle una hipoteca?

Además, ese Gregorio nada sabe del secuestro; cree que solo es un intermediario en una compra secreta de un cuadro para el Marmottan.

El hombre precisó:

—Él piensa que todas las precauciones que hemos tomado son solo para evitar que los “vendedores” nos enteremos de que el verdadero interesado en la negociación de compraventa de ese cuadro es el Marmottan.

La Gata exclamó con sorna:

—¡Y el muy tonto espera que el museo le pague una comisión legal por sus

“valiosos” servicios!

La Muñeca añadió:

—No tiene idea del monto de la negociación ni del secuestro de la niña.

Ese extranjero debe estar sorprendido de que los vendedores de una obra de arte de tanto valor e importancia, en vez de recibirlo de manera cordial, lo hayan golpeado salvajemente y secuestrado.

El secuestrador comentó, con tono dubitativo:

—Quizás podríamos hacerle creer que no fuimos los que lo secuestraron, sino quienes lo salvamos de unos hampones.

La otra mujer, la de la voz chillona, dijo:

—¿Estás loco? ¿Y qué haremos después? ¿Liberarlo? ¡Irá derecho a la comisaria a poner la denuncia del intento de secuestro! ¡No podemos dar marcha atrás! ¡Además, la niña te reconoció!

La mujer a quien llamaban Muñeca, argumentó:

—Después de todo el trabajo que tú y yo, querido, hemos pasado para convencer a Jean Claude, resulta que los matones que la Gata contrató lo trataron de esa manera. ¡Si esta operación se salva, será un milagro!

El jefe se disgustó:

—¡Esta negociación se salvará de todas maneras! ¡Aquí ninguno retrocederá!
¡Los tres estamos en esto!

Recuerda, querida, que tenemos a Tessa, y que Leclercq ha hecho hasta ahora, y tendrá que seguir haciendo, todo lo posible para que nos paguen. Para él, lo primero es la vida de su hija...

—¿Y qué vas a hacer con ella después que recibamos el dinero? ¿Devolvérsela a Jean Claude como si nada hubiese pasado?

El hombre no contestó.

La Gata dijo a sus dos cómplices:

—No discutamos más: doscientos millones de euros nos están esperando a la vuelta de la esquina, solo tendremos que esperar unas horas para que estén en nuestras cuentas. ¡Tengamos paciencia!

El hombre apoyó a la Gata:

—Es verdad, pero para ello, tendremos que obligar a Gregorio Ramos a firmar los documentos para continuar con la negociación. Si tenemos que torturarlo para que firme, lo haremos.

No tenemos alternativa. Después que lo haga, será desechable. No tiene familia aquí ni nadie lo conoce excepto Jean Claude. Nadie notará su desaparición.

La Muñeca habló:

—No le exijan más a Jean Claude, porque aunque quiera y lo presionemos, no podrá hacer nada más de lo que ha hecho. Es una buena persona. Sé hasta dónde él puede llegar. Presionarlo, solo podría ayudar a que acuda a la policía.

—¡No seas ingenua, Muñeca, Leclerq ya lo hizo! ¡Acudió al comisario Flamcourt, con cuento chino de un ataque terrorista al Louvre! Los policías no quieren arriesgar la vida de la niña...

Además tienen miedo al escándalo que produciría la revelación del asunto del cuadro. Rodarían muchas cabezas dentro y fuera del museo.

La Muñeca dijo:

—O sea que los policías no nos caerán encima ahora, sino apenas cobremos. ¡No podremos disfrutar el dinero, e iremos a la cárcel!

—Sí, pero para eso tendrían primero que saber quiénes somos. Cuando investiguen, se encontrarán que quien recibió y gastó el dinero fue Gregorio Ramos. Él y Leclerq serán los únicos sospechosos, porque nosotros no apareceremos.

El hombre confirmó lo dicho por la Gata:

—En el supuesto de que lleguen a sospechar que fuimos nosotros, cosa muy poco probable, para entonces ya estaremos fuera del país con otras identidades y suficiente dinero para vivir como unos reyes por el resto de nuestras vidas.

Además, el museo no tendrá mayor interés en perseguirnos, porque se quedará con los dos cuadros.

La Muñeca advirtió:

—Dicen que el caso lo lleva un inspector de apellido Morles, que tiene fama de ser un buen investigador.

La otra mujer, la Gata, le contestó:

—Ese policía es un extranjero que nada sabe de arte, Muñeca. ¿Cómo podrá averiguar la verdad?

Por cierto, ¿cómo sigue la niña?

—Está mejor. Es muy pequeña y no entiende lo que pasa. Cree que sus padres la abandonaron. Siento lástima por ella. No quiere comer y está muy delgada. Le puede dar otra crisis, como la que le dio hace dos días. ¡No hace más que llorar! Está tan débil que ya casi no se oyen sus llantos..

¿Qué piensan hacer con Tessa?

—Eso lo veremos después que hayamos cobrado el dinero —dijo el hombre.

—Sé lo que estás pensando, pero yo no quiero participar en eso. Una cosa es vender un cuadro; y otra, asesinar a una niña indefensa.

—Cuidado, Muñeca. No sabes lo que estás diciendo. Aquí nadie puede abandonar este barco. O todos salimos a flote o todos nos ahogamos. No hay términos medios. ¡Elige!

La Gata en ese momento, exclamó:

—¡Qué bonita es esta tableta electrónica! ¿Tiene teléfono?

—¡Apágala! No la he revisado aún. No es de las que tienen teléfono, pero puede comunicarse a través de la red. Tengo que revisarla para ver si tiene algún micrófono o grabador. Y ver la información que contiene sobre Gregorio.

Es posible que tenga fotos de familiares, que podamos usar para presionarlo.

La mujer apagó la tableta, con un mohín de disgusto.

XXXIV

—Pablo, tenemos nuevas informaciones. La primera es que anoche alguien encendió la tableta electrónica de Felipe.

Apenas duró activa treinta y nueve segundos, pero el transmisor pudo enviar una señal al satélite.

No pudimos precisar el sitio exacto, porque había problemas meteorológicos, la transmisión fue muy breve y probablemente estaban bajo techo; pero esa señal partió de los alrededores de Vernon.

—¿Vernon, otra vez? ¡Eso está cerca de donde vive Leclerq! ¿No se habrán equivocado nuestros técnicos y confundido las afueras de Giverny con las de Vernon?

—Es posible, Pablo.

—¿Y cuál es la otra noticia? Dijiste que eran varias.

—Que un hombre compró en una farmacia de Vernon tres cajitas del remedio que, violando todas las leyes relativas a la salud pública, creaste, fabricaste, empacaste, distribuiste y ahora has vendido.

—¡Qué bueno! ¡Ya nuestro negocio comenzó a dar utilidades, Robert! Tres cajitas a 10 euros cada una, representan un ingreso bruto de 30 euros, si le restamos el costo de producción por unidad que es de solo 1 euro, y la ganancia de la farmacia, que es de 4 euros por cajita, tendremos una utilidad neta global de 15 euros, para cada uno de nosotros dos; lo que quiere decir que te ganaste, al igual que yo, 7,5 euros por la venta de tan solo 3 cajitas de nuestro producto estrella: el Eminence-JEI.

¡Imagínate lo que ganaremos cuando fabriquemos varios millones de cajitas!

Podemos crear también otro mucho más caro: el portentoso Eminence-PMI de 1.000 mg, y con sabor a menta, ¡diez veces más potente!

—¡Te regalo mi parte, Pablo! ¡No quiero meterme en ese lío!

Pero el hecho de que alguien haya comprado esa “medicina” en Vernon, no indica que Tessa esté en esa ciudad. Yo creo que Tessa está en París, seguramente en la Galería *El Sol de Monet*. ¿Recuerdas que Diana allí oyó llorar a una niña?

—Sí, recuerdo eso, Robert. Pero no era Tessa.

—¿Cómo lo sabes, Pablo?

—Porque entré en esa galería; la revisé a fondo y vi a otra niña, una pelirroja llamada Carla, es sobrina de la dueña, y la quiere. Dice que es muy buena con ella. Cuando ingresé no estaba llorando; todo lo contrario: estaba muy feliz, jugando con un perrito que le compró la tía. Lo que tenía era una rabieta porque su padre no se lo había comprado.

—¿Entraste a la parte de atrás de esa galería sin permiso de la dueña? ¿Fuiste solo?

—¿Solo? No. Fui con un eminente profesor de arte; un conocedor del movimiento impresionista, nada menos que con el asesor de Diana.

También estuve en el museo Marmottan. Ahora me ha dado por culturizarme, debe ser un virus que tiene el aire de Francia.

—¿Y se puede saber quién es ese asesor? ¿Jean Claude Leclerq?

—No es Leclerq. Es uno más sabio: ¡Se llama Jesús Maldonado!

—¿Jesús Maldonado? ¿Nuestro portero?

—El mismo, Robert. ¡Qué bien se expresa Jesús! Ahora más, porque intercala a su refinado español algunas pocas, pero muy sabias y oportunas palabras en francés.

Charlotte quedó fascinada con su lenguaje grandilocuente. Hasta le preguntó si había sido diplomático de carrera.

Él le contestó que solo era “un diplomático a la carrera”.

A Charlotte le pareció muy modesta y graciosa su ocurrente salida.

—Pero Jesús sabe del impresionismo lo que yo sé de chino...

—¡No te imaginas, Robert, cuánto ha aprendido Jesús de arte desde que llegó a Francia!

Jean Claude Leclerq es un niño de pecho, comparado con nuestro refinado portero.

A diferencia de Jean Claude que es viejo, gordo, cegato, antipático y pobre, Jesús es atlético, simpático, ceremonioso, respetuoso y solemne. Siempre

admiré su “don de gente”. Y lo más importante, Robert: ¡Jesús es multimillonario!

—¿Multimillonario? Vive del modesto sueldo que le pagamos como portero en Interpol. ¿Crees que él pudo engañar a Charlotte, una mujer de mundo, quien quizás es la mayor experta en el orbe, en lo que concierne al arte de los impresionistas?

—Jesús se presentó a la bella Charlotte como el asesor del doctor Edmundo, el amante de Diana.

Cuando se quedaron solos, él le confesó que al igual que sus adinerados clientes, él nada sabía de arte; y que no tenía la más mínima idea de lo que era el movimiento impresionista; pero que podía impresionarla con el movimiento de los dólares, porque Emilio y Diana solo compraban lo que él aprobaba...

Eso le pareció muy convincente a Charlotte. Y mientras bebían champaña y sostenían su interesante conversación sobre el arte impresionista monetario, y sus respectivas comisiones, yo aproveché para revisar el resto del inmueble.

—¿Y quién se suponía que eras tú?

—¿Yo? El chofer del enorme Bentley de Jesús, lógicamente.

—¿Alquilaste un Bentley? ¿De dónde sacaste tanto dinero?

—De la partida secreta que tenemos para gastos urgentes. Por cierto, tuve que pagar también el Rolls que días antes alquiló Diana para visitar a la misma Charlotte, parece que el cheque rebotó.

—Para usar esa partida se requiere mi firma, Pablo.

—No te preocupes, Robert: me quedó igualita.

Aunque sorprendido y disgustado, Robert logró razonar:

—Si la medicina la compraron en Vernon, Pablo, lo más lógico es que la niña esté allí.

—No necesariamente, porque el comprador de nuestras cajitas fue detenido cerca de la estación de autobuses.

—¿Ya sabías lo de la compra de las cajitas? ¿Y lo detuvieron? ¿Por qué no me lo dijiste cuando te informé que alguien había adquirido tres cajas de tu famoso “remedio”?

—Porque no me gusta mezclar nuestros negocios personales con mi profesión de detective.

—¿Y se puede saber, Pablo, quién fue el arriesgado comprador de esas “medicinas”, si es que pueden llamarse así??

—¡Nuestro amigo Adolphe Remin, el novio de Michelle, la atractiva hermana de la secuestrada!

XXXV

—Hola, Adolphe. De nuevo nos vemos. ¿Cómo estás? Te presento a mi jefe, el director Robert Clayton.

—Hola, inspector Morles. Mucho gusto señor Clayton. Menos mal que vinieron. Me detuvieron cerca de la estación de autobuses de Vernon, y me trajeron a la comisaría de París.

Parece que el problema son las tres cajitas que compré en la farmacia, pero ese es un costoso remedio que ni siquiera requiere recípe. No entiendo lo que pasa.

—Por lo que a mí respecta, mi única objeción es que compraste muy pocas unidades de ese milagroso remedio, Adolphe. Debiste haber comprado muchas más.

—¿Más de tres? ¿Tantas necesita Tessa? ¿Tan mal así está? Michelle me dijo que comprara una sola cajita. Y compré tres. No sabía que eso fuera malo. Además, son caras: lo que tienen son cinco pastillitas cada una, estaban sueltas, ni siquiera las venden protegidas con un papel metálico.

—Es que los costos de producción han subido mucho y tenemos límites presupuestarios, pero hiciste bien, Adolphe: Michelle es muy pichirre. Era capaz de no haberle comprado las píldoras a su hermanita, solo porque estaban sueltas dentro de las cajas.

—No, inspector, no es pichirre, aunque sí es ahorrativa. Poco a poco hemos venido reuniendo para nuestro matrimonio.

—Te felicito, muchacho. Mi madre decía: *Dichoso el hombre que se casa con una mujer que se controla.*

—Gracias, señor.

—Pero dime Adolphe, ¿entonces sabías que esas pastillas eran para Tessa, tu futura cuñadita?

—Por supuesto, inspector; de lo contrario, no las habría comprado. Las busqué infructuosamente en varias farmacias de París, y resulta que en las farmacias de aquí, sí las tenían; pero son caras.

—Yo las encuentro más bien baratas.

Si Michelle fue quien te pidió que las compraras, es porque ella también sabía que eran para su hermanita, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Y cómo lo supo Michelle?

—Porque ella oyó a su padre decirle por teléfono a alguien que Tessa necesitaba urgentemente esas pastillas, y que moriría de no tomarse una al día. La pobre estaba angustiada.

Robert le preguntó:

—¿Cómo pensabas entregarle esas medicinas a Tessa?

—No sé, señor Clayton. Yo solo se las daría a Michelle, y ella se encargaría de hacérselas llegar. Imagino que se las enviaría a los secuestradores.

El teléfono móvil de Robert repicó. Clayton hizo una seña a Pablo y ambos se retiraron a la oficina del comisario Flamcourt.

—¡Te felicito, Pablo! ¡Tu negocio va de viento en popa! De la comisaría de Chartres llamaron a Flamcourt para informarle que allá acaban de comprar otra cajita de Eminence-JEI!

—¿Una sola cajita, Robert? Así no vamos a recuperar la inversión.

—¿Para qué tendrían los secuestradores que comprar más de una? ¿La dosis no era una pastillita por cada día? Posiblemente les sobrarán pastillas.

—¡Fui un tonto!, debí pedirle a Leclercq que dijera a Boronali que la niña tenía que tomarse una cajita por día; o mejor: dos o tres...

—Con esa dosis matarías a la pobre Tessa, con un ataque de diabetes: azúcar es el único ingrediente de tus pastillas.

¡Vamos a Chartres, Pablo! ¡Avísale a Diana que la pasaremos buscando!

El comisario Flamcourt les preguntó:

—¿Qué hago con el muchacho?

—¡Suéltelo, pero que en penitencia compre tres cajas más de Eminence-JEI de 100 mg! —le gritó Pablo desde la puerta. El muchacho, sorprendido, preguntó al comisario:

—¿Tengo que comprarlas? ¡El dinero no me alcanza!

—No te preocupes por eso, hijo. Se ve que no conoces al inspector Morles. Es un loco, pero tiene un buen corazón y a pesar de que le llevo muchos años, ya quisiera yo haber resuelto tantos casos como él.

¡Si Pablo dice que puedes irte, aprovecha y vete!

—¿Y qué hago con las cajitas?

—Lo que ibas a hacer. ¡Dáselas a tu novia! Será un gesto muy dulce de tu parte.

XXXVI

—En menos de un minuto, Felipe se había librado de sus ataduras, pero simuló seguir amarrado esperando una oportunidad propicia para salir y enterarse dónde se encontraba la niña.

Sus captores se turnaron para vigilarlo.

En dos ocasiones, entraron de nuevo al cuarto para indagar cómo estaba.

Cansado de fingir y de la incómoda posición, Felipe, exclamó en español:

—¿Dónde estoy?

Una voz le respondió, también en español:

—Eso no le interesa, señor Gregorio. Lo importante es que sigue vivo. Lamento que uno de mis hombres lo haya golpeado.

Felipe le preguntó:

—¿Quién es usted? Leclerq me había dicho que me contactaría un consorcio que trataba de vender una valiosa obra de arte al Museo Marmottan. Supuse que me tratarían educadamente.

—Llámeme Boronali. La obra a la que alude ya se negoció y entregó, pero no nos la han pagado.

—Ese no es mi problema. ¿Puedo irme ya?

—No, solo podrá irse después que usted nos pague el precio de esa obra de arte.

—Creo que cometieron un error, señores. No soy un hombre acaudalado. Soy un ingeniero que trabaja para un pequeño banco en el Caribe. Mi dinero apenas me alcanzará para regresar a mi país. Confiaba en que Leclerq me pagaría una comisión de cien mil euros por ayudarlo a comprar el cuadro.

Pero no la he recibido aún.

—Su amigo lo engañó, Gregorio. Pero tuvo que hacerlo, porque si usted no nos paga, la hija de él y usted, morirán.

—¿Qué tengo que hacer yo con el negocio que Leclercq les ofreció? Reclámenle a él. Les repito que yo, ni que quisiera, podría pagarles. No tengo dinero ni para pagar un hotel. Mi amigo nada me dijo sobre una hija.

—Aunque usted no lo crea, señor Gregorio en la cuenta del banco para el cual trabaja, el Museo Marmottan le depositó doscientos millones de euros.

—¿Doscientos millones de euros? ¿En mi cuenta? Nunca ha tenido en ella más de diez mil dólares. No creo que nadie haya hecho jamás un depósito tan elevado en ese banco.

—Lo sabemos, pero mañana a las 10:00 a.m. ese dinero estará disponible.

—Eso tiene que ser un error señor Boronali. Ese dinero no es mío.

—Claro que no es suyo: ¡es nuestro!

—No se los quite. No quiero utilizarlo. Si es suyo, llévenselo. No lo quiero. Podría ocasionarme problemas penales y tributarios. Sáquenlo todo, rápido, menos los cien mil euros de mi comisión.

Pero no se preocupen, el banco notará que es un error y reversará el depósito.

No tienen que mantenerme aquí, a oscuras y amarrado.

—Antes de que lo liberemos, usted tendrá que firmarnos algunas autorizaciones.

—¿Para qué? No es necesaria autorización alguna. Conozco los procedimientos. En esos casos de error, incluso por cantidades moderadas, los bancos rápidamente reversan las sumas depositadas, para evitar que el titular de la cuenta se apropie de ese dinero, que no le pertenece; y lo acreditan

nuevamente a la cuenta a la cual fue cargado.

Si la cuenta ya ha sido movilizada, reportan a sus compañías de seguros, para que en caso de no poder recuperar los montos retirados, el seguro se los reembolse. Eso es todo. Mi firma es innecesaria. Eso es una tramitación interna del banco.

En los contratos que los bancos firman con sus clientes eso está expresamente estipulado.

—No nos ha entendido, señor Gregorio: precisamente lo que queremos es que no sea reversado ese depósito.

—¿Me lo regalarán? Gracias.

—No se haga el chistoso, señor Ramos. En su lugar yo estaría preocupado.

—No se malhumore, amigo. Ustedes le entregan el cuadro al Marmottan; llamamos a mi amigo Leclerq para que me lo confirme; me pagan mi comisión; y yo les firmo todos los documentos que quieran, ¿de acuerdo?

—No me haga perder la paciencia, Ramos. Ya le dije que el cuadro lo entregamos, no está en nuestro poder...

—¡A mí no me consta, señor Boronali!

—A nosotros, sí; y eso es suficiente.

XXXVII

Una voz desagradable, chillona, de mujer se escuchó detrás de Boronali:

—Ramos: voy a ser muy precisa, ¡aquí quien manda soy yo! Y si no firmas ya las autorizaciones, la niña y tú morirán.

—¿Cuál niña? Eso me parece un cuento. Nadie me habló de niña alguna. ¿Me creen tan ingenuo de firmar unos documentos para que ustedes le roben al banco nada menos que doscientos millones de euros?

—No se los estamos robando, es nuestro dinero.

—Seguro que es dinero ilegal, y quieren endosarme su problema.

No, señores, quédense con su cuadro, ¡yo me largo de aquí! Pero antes tienen que darme mis cien mil euros.

La indignación de la mujer amentó notablemente. Su voz —pensó Felipe—, se parecía al sonido de las uñas al pasar por un pizarrón.

—Este imbécil, Bill, o es bruto o es demasiado vivo. Tendremos que actuar más drásticamente: empezaremos cortando un dedo a la niña. Así verá que estamos hablado en serio. Después se lo cortaremos a él.

Otra voz de mujer, gritó:

—No, Gata, por Dios. A la niña, no. ¿Qué culpa tiene Tessa? No dejes que haga eso, Bill.

—Cállate, y no menciones nombres, estúpida. Si no tenías valor para llegar hasta el final, no debiste meterte en esto.

—No sé a cuál niña se refieren. Nunca la he visto, y nadie me habló de ella. Si es que de verdad existe, no le corten ningún dedo. ¡Firmaré! Pero no recuerdo los datos de mi cuenta, ni mi contraseña.

—Vas a tener que recordarlas. Te conviene.

—Tiene más de veinte números, letras y signos.

—¿Tantos? ¿Para qué? Decías que no tenías mucho dinero.

—Soy empleado bancario. Nos obligan a tomar precauciones. Casi nunca las uso. Las guardaba en mi tableta electrónica, pero uno de ustedes me la quitó.

—La buscaré, dijo Bill, pero no creas que te dejaré tocarla. Me das tu clave y yo buscaré la información que necesitas.

El hombre salió, regresó con la tableta en la mano y ordenó.

—¡Dame la contraseña para prender esta tableta.

—Es “dianateamo”.

—¿Esa es tu contraseña? Más ridícula, imposible.

La Gata preguntó, curiosa:

—¿Quién es Diana?

—La mujer que amo. ¿No les quedó claro?

—Cuidado, Gregorio, deja de estar respondiendo de esa manera, que Diana puede quedarse viuda antes de tiempo.

Bill tecleó la clave.

—¿Y ahora?

—Busca una carpeta que se llama “Bancos”.

—Ya la encontré.

—Hay un archivo que se titula, “Cuentas en Aruba”.

—Ya lo tengo.

—Busca la tercera cuenta. Al lado tienes la clave para transferencias: son veinte caracteres, entre letras, números y signos. Además, tienes que darle clic a la imagen de un mapache.

—¿Un mapache?

—Es un animal que tiene como un antifaz.

—¿No pudiste elegir una clave más sencilla?

—¡Cómo se ve que no son empleados bancarios! Esa clave la eligió al azar una computadora.

¡Ahora, antes de firmarles los documentos, quiero ver a la niña!

La Gata pareció alegrarse con el cambio de actitud de Felipe:

—Veo que estás entrando en razón, Ramos. Hablando se entiende la gente.
¡Tráele a la niña!

—La pobre está durmiendo, pasó muy mala noche.

—Tráesela ya, o te corto el dedo a ti.

La mujer salió a buscar la niña.

—He hecho todo lo que me han pedido, ¿no podrían prender la luz?

La mujer de la voz chillona le contestó secamente:

—No.

—Gracias, ¿puedo sentarme? Todavía estoy mareado y no logro mantenerme en pie. Así no podré firmar.

—Siéntate en el suelo, pero si te mueves, eres hombre muerto. Bill y yo te estamos apuntando.

Felipe se sentó y aprovechó la oscuridad para tocar su zapato izquierdo.

Dio media vuelta a la suela, y sintió dos botones, uno redondo y otro, triangular. Apretó el redondo. Volvió a dar vuelta a la suela.

Respiró más tranquilo.

—¿Qué pasa con esa mujer, que no viene? Es capaz de haber liberado a la niña. ¡Búscala!

Pero justo en ese momento, la otra mujer llegó con Tessa.

Felipe, las oyó conversar en francés en el umbral de la puerta:

—¡Ese cuarto feo, sucio y oscuro me da miedo, Charlotte!

El hombre y esa mujer, no son como tú, son malos, muy malos: me gritan y me pegan.

¡No quiero entrar ahí!

—Si no entras, será peor, Tessa.

¡Cálmate, querida, yo te protegeré!

Muy pronto saldrás de aquí: tu padre envió a ese señor para les pague lo que le pidieron y mañana vendrán a buscarte.

—¿Y tú que harás, Charlotte?

—No sé, Tessa, pero eso ya no importa: mi vida dejó de ser un Sol naciente

como el de Monet. Llegó mi ocaso.

¡Debí darme cuenta mucho antes!

XXXVIII

En el helicóptero de la comisaría de París, Clayton y Morles, llegaron rápidamente a Chartres, donde estaba detenido el hombre que había adquirido el original “medicamento” de Morles.

Apenas lo vio, Morles supo que era el “turista” jefe del grupo que había secuestrado a Felipe, pues recordó la descripción que Felipe había logrado transmitirles, poco antes de su secuestro: *Tendrá unos treinta años, es moreno, corpulento, camina renqueando ligeramente; tiene un problema en el pie: la suela de su zapato izquierdo es más alta que la del otro.*

Había opuesto resistencia y tuvo que ser sometido por varios agentes de la policía de Chartres.

—¿Cómo te llamas?

—Alex.

—¿Alex qué?

—Alex Ricard.

—¿Eres mecánico?

—Sí. ¿cómo lo supo?

—¿Conoces a Michelle Leclerq?

—Es una cliente de mi taller en Vernon.

Cuando Morles empezó a interrogarlo, le dijo desafiante:

—¿Desde cuándo comprar un medicamento es un delito?

—Ese medicamento contiene una mezcla de altas concentraciones de cianuro y arsénico.

—Solo le hice a una amiga el favor de comprárselo para una niña enferma. Fue una obra de caridad. No sabía que contuviesen veneno.

—Si no cooperas con nosotros, me encargaré de que pases el resto de tu vida en la peor prisión del mundo y de sus alrededores.

Secuestraste a una niña y a un alto jefe policial. Sabes que con solo esos dos delitos me basta para enjuiciarte.

Pero si acaso esa niña o mi amigo llegan a morir, puedes tener la seguridad de que con un vaso de ácido muriático te haré tragar esas pastillas, e irás al infierno mucho antes de que cumplas tu sentencia.

—¿Sabes quién es la menor secuestrada?

—¿Cuántas veces tengo que decirle, inspector, que nada sé de esa niña?

—Se llama Tessa, Alex, Tessa Leclerq.

—¿La hermanita de Michelle? ¡Es una niñita!

—Sí, la misma... ¿Qué casualidad, verdad? El mundo es un pañuelo, ¿quién podría pensar que estaba contigo?

—¡No estaba conmigo!

Lo siento por Michelle, pero insisto en que nada sé de esos secuestros, ni tuve que hacer con ellos.

—Tengo un video que tomé desde la torre de la catedral, donde apareces secuestrando a mi amigo el inspector Felipe Maita, quien se identificó como Gregorio Ramos. Uno de tus secuaces lo golpeó y el hombre cayó al suelo, sin sentido... ¿quieres verlo?

—No fui yo. Ninguno de nosotros llegó a pegarle. Ese Gregorio se cayó solo. Creo que es epiléptico: echaba espuma por la boca, convulsionaba...

De Tessa, nada supe. Aunque hace unos días mi amiga me pidió que le llevara a escondidas mantas y alimentos, para una persona que los necesitaba. Ahora entiendo que sería para ella.

—Después de secuestrarlo ustedes se llevaron a Gregorio en dos vehículos, uno de ellos, un Citroën negro, conducido por ti. ¿Tenías como compañera a tu amiga?

—Sí. Ella y sus amigos me contrataron para buscar y llevarles a ese hombre; y se los entregué vivo. Si algo le pasó, no es culpa mía. De la niña, nada sé.

—¿Cómo se llama tu amiga, la que te encomendó comprarle el remedio?

—Se llama Charlotte, pero aquí todos le dicen la Muñeca.

—¿Es la misma que te acompañó en el Citroën negro?

—Sí, el auto es suyo.

—Y los demás, ¿cómo se llaman?

—Ese día ellos dos nos esperaron dentro de la casa. A la mujer la denominan la Gata. A ella le gusta que la llamen así. Es muy culta. Es mayor que Bill y que Charlotte, y tiene muy mal carácter. Todos le tememos.

El hombre es un estafador a quien llaman Bill, y es el dueño de la finca. Él y la Gata solo vienen a Chartres algunos fines de semana.

Cuando llegan, todos nos enteramos, porque traen sus propios escoltas, no confían en los lugareños. Son gente misteriosa.

—¿Dónde tienen al hombre y a Tessa?

—Al hombre lo tienen en un anexo que antes fue la casa del jardinero de la finca. Ese anexo está en muy mal estado.

Ignoro dónde tienen a Tessa. No sabía que estuviese aquí.

—¿Cuál es el nombre de esa hacienda?

—Que yo sepa, no tiene nombre. Todos la conocemos como la Finca.

Diana le preguntó:

—¿Dónde queda esa finca, Alex?

—Cerca de Chartres, hacia el noreste, pero es complicado llegarle.

—¿Cuántos hombres y mujeres hay allá?

—Dentro, solo hay un hombre, el tal Bill, y dos mujeres, una de ellas es Charlotte; y la otra, es la Gata, que es quien dirige al grupo.

—¿De dónde conoces a Charlotte?

—Mi madre fue empleada de Charlotte en su galería de París.

—¿Estuvo Tessa en esa galería?

—No sé. No sabía que ella hubiese sido secuestrada.

—¿Cuándo te pidió Charlotte que le llevaras mantas y alimentos?

—Hace cinco días.

—¿Afuera de la casa, cuántos hay?

—Hay cinco escoltas, armados. Nadie se atreve a entrar a esa casa, sin autorización de Bill o de la Gata. Ni nosotros.

Se dice que algunos de quienes han entrado en esa finca, jamás han sido vistos de nuevo.

—¡De acuerdo, Alex! ¡Gracias! ¡Como premio, vendrás con nosotros para que saludes a tu amiga Charlotte y a sus socios!

—¡No, señora! ¡No puedo ir! No me haga eso. Me conocen y me matarán.

—Si no nos guías hasta allá, yo misma te mataré ahora y aquí mismo. Escoge.

—Tengo un defecto en la pierna, no puedo caminar.

—En el video te vimos caminando muy bien.

El jefe de la policía local les asignó varios hombres y algunos vehículos rústicos para su traslado; así como personal médico y paramédico, para atender cualquier emergencia que pudiera presentárseles.

Clayton expresó al capitán o jefe del comando local:

—Muchas gracias, amigo, por su gran apoyo. Su departamento actuó rápida y eficazmente.

Recibirá un reconocimiento formal de Interpol.

—¡Gracias a usted, señor director Clayton. Es un honor que nos haya visitado. Y más todavía si lo hace acompañado del detective Pablo Morles y de Diana Rosen, personajes que para nosotros son ya casi legendarios.

Ignorábamos que el señor inspector Felipe Maita estuviese también aquí... Lamentamos que en este momento esté en cautiverio en nuestro país.

El capitán añadió:

—¡Los de esa finca son muy crueles y peligrosos, señor director! Llevo años tratando de eliminar ese cáncer en nuestra bella región, pero todos mis esfuerzos han sido infructuosos.

—Es verdad. Son muy peligrosos, capitán, aunque no tanto como Diana Rosen.

XXXIX

Uno de los ayudantes de Clayton lo llamó para informarle que el satélite había detectado la señal de Felipe.

—¿Cuál clave usó para activar la computadora?

Clayton preguntó a su ayudante, y le respondió:

—Una que es algo así como “Diana te amo...”

Diana sonrió.

—¿No hay forma de decirle que yo también lo amo?

Pablo le respondió:

—No, pero pronto podrás decírselo personalmente: eso, además de que realmente te ama, quiere decir que está con la niña, que lo tienen rodeado y que entremos pronto. Todavía no ha firmado los documentos.

—¿Todo eso nos dijo en una sola clave?

—Tenemos muchas claves, de acuerdo con las situaciones, pero todas con expresiones amorosas para Diana, algunas censuradas.

Diana rio:

—Felipe siempre sabe hacer bien las cosas.

—Esa llamada también nos dio su ubicación exacta y nos indica que en caso de emergencia puede hacer explotar el C-4 que contiene la tableta.

—Espero que no tenga necesidad de hacerlo. La explosión podría dañarlo a él y a la niña.

En el camino, Clayton interrogó a Pablo:

—Siempre sospechaste de Charlotte. Le mandaste a Diana a revisar su galería, y tú mismo entraste irregularmente en esa tienda... ¿Qué fue lo que te hizo sospechar de ella?

—Es que estuve en el Marmottan. Cuando dije que iba de parte de Leclercq hasta me dejaron sacar fotos.

A los quince minutos me cansé de ver el cuadro *Impresión, Sol naciente* y me fui.

Créeme, Robert, ahora soy un superexperto en el arte de Monet; pero ya estamos llegando, amigo. Otro día te daré una clase magistral. Allí están dos guardias armados y vienen hacia nosotros.

Diana les dijo:

—Déjenme conversar con ellos. Alex les dirá que somos amigos de la Gata.

Alex quiso oponerse, pero sintió el duro y frío cañón del Magnum de Diana en sus costillas, y decidió cooperar.

Los escoltas vieron acercarse a la bellísima rubia que acompañaba a Alex, y para que pasaran, les abrieron la pequeña puerta metálica de la caseta de vigilancia.

Transcurrieron algunos minutos. Las altas paredes con concertinas y alambres electrificados, y las oscuras ventanas a prueba de balas de la caseta, impedían a los de los vehículos ver qué ocurría dentro.

Robert estaba muy nervioso e intranquilo y, abriendo la puerta para acudir en auxilio de Diana, dijo:

—Creo que eso fue un error. ¡No debimos dejar que Diana entrara sola!

Alex podría traicionarla y advertir a los dos vigilantes. Serán tres contra ella.

Incluso es posible que los de la casa tengan cámaras y ya nos hayan visto.

Pero no había terminado de decir eso, cuando la reja principal se abrió y Diana, con sus hermosos senos totalmente descubiertos, salió caminando muy sonriente, llevando la blusa en una mano y el Magnum en la otra.

Alex, la observaba con evidente temor.

—Los dos guardias fueron muy cordiales. Les pedí que voltearan hacia otro lado, mientras me quitaba la ropa, porque tenían muy alta la calefacción y dentro de esa caseta hacía mucho calor.

¡Da gusto tratar con caballeros como ellos!

Tendremos tiempo suficiente: esos dos descansarán varias horas... o quizás más. Los otros tres guardias están despiertos en la casa principal. Sus jefes todavía están en el anexo.

LX

Raudamente, los tres vehículos rústicos subieron por la vía interna de la finca.

Alex les señaló el anexo, el cual estaba escondido entre una arboleda, situada camino arriba, a unos cincuenta metros de la casona principal.

Los hombres del capitán taparon los ojos y la boca de Alex con una gruesa cinta adhesiva, que le impedía ver y hablar o gritar, aunque le permitía respirar libremente, y lo dejaron esposado a uno de los vehículos.

El grupo subió sigilosamente por el camino, evitando ser visto por los vigilantes que se encontraban en la casona.

Cuando estaban a punto de llegar, escucharon abajo ruidos y gritos: Alex a ciegas había logrado alcanzar el volante del vehículo y tocar la corneta o claxon para advertir a los de la finca la presencia policial.

Desde abajo varios hombres, con armas largas de repetición, empezaron a disparar contra los agentes. Bill comenzó a apoyar a sus hombres, desde el anexo.

Varios proyectiles impactaron muy cerca de la cabeza de Clayton.

Pablo estaba desarmado, pues había prometido a su esposa Magda no volver a utilizar armas. Los proyectiles rebotaron tan cerca de él, que una de las balas pegó en el marco de la puerta del anexo, e hizo que una gran astilla de madera se le clavara en la mejilla.

Se arrancó con rabia la astilla, y un hilo de sangre le bañó la cara, dándole un aspecto feroz.

De un salto, Diana se colocó al lado de Pablo y, mientras que con su mano derecha disparaba su gran Magnum, sonriendo entregó a su antiguo jefe una pesada caja.

Pablo la abrió, extrañado, y vio dentro una Colt 45 niquelada, con varios cargadores llenos de balas, cada una del grueso de un dedo pulgar.

La reconoció de inmediato: había sido la pistola automática que llevaban su padre, los agentes Diego y Marta Morles, cuando murieron cumpliendo su deber. A pesar de la heroica defensa de Diego, ambos fueron superados en número y abatidos por una banda de maleantes. Entonces Pablo era solo un niño.

Años después, cuando murió su padre adoptivo, el capitán Harry Campbell, Pablo había prometido a Magda, su esposa, no volver a usar armas.

Viendo la refulgente automática, Pablo exclamó, sin poder dar crédito a sus ojos:

—¿De dónde la sacaste, Diana? ¡Estaba en mi casa, dentro de una caja fuerte!

Con los ojos brillantes, por la emoción de haber sido ella quien hubiera podido sorprender a Pablo, Diana le respondió:

—¡Te la mandó Magda, cuando supo que vendríamos a rescatar a la niña y a Felipe! Dijo que toda regla tiene su excepción. Me pidió que te diera un beso, pero con esa mejilla llena de sangre, me da asco.

—Me lo darás después. Gracias, Diana. Llegué a pensar que no saldría vivo de aquí.

—Recuerda que me ofreciste que me dejarías entrar contigo para rescatar a Felipe.

—Para rescatar a Felipe y a la niña.

—A los dos.

—Sí, los sacaremos vivos a ambos.

Las balas de las ametralladoras seguían rebotando sobre las cabezas de Pablo

y de Diana, pero para ellos eso era tan normal como oír los fuegos artificiales en una fiesta, y siguieron conversando al tiempo que respondían al fuego.

—Pablo, ¡prométeme algo!

—Dime, Diana.

—Si muero, dile a Felipe que quería que mi hijo se llamara Felipe, como él.

—No hables ahora de esas cosas, Diana... ¿estás loca? ¡No es el momento!

—¿Y cuál mejor que este?

—Cualquier otro, pero no este. Tienes que salir viva de aquí, Diana, retírate, no tienes el derecho de arriesgar la vida de ese bebé.

Déjame eso a mí, sabes que con mi Colt, puedo salvar a Felipe y a Tessa...

—No, Pablo. Felipe jamás se habría retirado estando yo allí dentro. Lo sabes.

—Felipe ignora que tienes un hijo de él en tu vientre...

Sus palabras quedaron en el aire... ¡No tuvo tiempo de detener a Diana!

La bella mujer saltó con agilidad increíble, dio una fortísima patada a la vieja puerta de madera que la hizo volar en pedazos; y cayó al piso, en medio del cuarto, al lado de su marido, pero su Magnum quedó lejos de ella.

XLI

Diana sonrió a su sorprendido marido, y le dijo:

—¡Hola, mi amor! Te tengo una buena noticia: ¡vas a ser padre, estoy embarazada!

Pero Diana, en medio del cuarto y en una incómoda posición, quedó convertida en un blanco fácil para Bill, que estaba con su revólver a muy pocos metros de ella.

Aunque sorprendido por la inesperada irrupción, Bill apuntó su arma hacia la intrusa; pero no se atrevía a apretar el gatillo, porque no sabía quién era...

El cuarto estaba solo iluminado por la luz que entraba por la puerta que la joven acababa de derribar, impresionado por la belleza de Diana, Bill dudó uno segundos.

Charlotte se atravesó entre él y Diana, y le grito:

—¡No le dispaes, Bill! Ya hemos cometido muchos errores, mi amor. ¡Fracasamos! Devolvámosle su hija a Jean Claude, y huyamos, todavía estamos a tiempo...

La Gata, se dio cuenta de que podía utilizar como escudo a Tessa; la haló por los cabellos y le puso una pequeña pistola en el cuello. La niña comenzó a pedir, llorando.

—¡Sálvame, Charlotte! ¡No dejes que me lleve!

Conmovida, la aludida volteó hacia la niña, y rogó a la Gata que no le hiciera daño. Sin embargo, esta no le prestó atención alguna, sino que dirigiéndose a Bill, le gritó, con su voz chillona:

—¿Qué esperas, estúpido? ¿No lo ves? ¡Es una mujer policía! ¡Mátala o jamás cobraremos el dinero! Nos llevará a la cárcel...

Charlotte insistió:

—No lo hagas, Bill, cariño... Eso complicará más nuestra situación. Déjala ir. ¡Hazlo por mí, te lo ruego!

Diana había caído en muy mala posición, y trataba en vano de levantarse del piso para recoger su arma.

La Gata, advirtió a Bill:

—¡Va a dispararte! ¡O la matas primero o será ella quien te mate.

Bill le respondió, molesto:

—¿Por qué no le disparas tú? También tienes un arma. Sabes manejarla mejor que yo. No será la primera vez que le quites la vida a alguien.

Sin embargo, Bill no aguantó la dura y autoritaria mirada de reproche de la Gata, y a regañadientes apretó lentamente el gatillo de su revólver, hasta que se oyó el ensordecedor ruido del disparo.

Al principio, Diana solo sintió un golpe muy fuerte en el muslo derecho. La pierna se le durmió, pero nada más.

Luego un dolor horrible la obligó a emitir una especie de aullido largo, muy largo.

Un charco de sangre se fue formando a su alrededor.

Poco antes de desvanecerse, Diana exclamó, arrepentida:

—*¡Perdóname, hijo! Pablo estaba en lo cierto cuando me dijo que no tenía derecho de arriesgar tu vida. Debí hacerle caso.*

¡Ni siquiera has nacido, y ya estás a punto de morir!

¿Cómo pude ser tan loca?

Te juro, hijo, que si nos salvamos, renunciaré a mi cargo y me dedicaré para siempre a hacerte muy feliz y a hacer igualmente feliz a tu padre.

XLII

Alex les había mentido: en la casa principal los secuestradores tenían muchos hombres más, armados con ametralladoras. Eran más de cinco hombres, aparte de los que estaban en el anexo.

Con su estridente voz, la Gata gritó a Bill:

—¡La mujer policía sigue viva, Bill! ¡Remátala!

Los secuestradores habían subestimado a Felipe, pues creían que era un simple empleado bancario.

Ignoraban que tenían enfrente a uno de los hombres más peligrosos del mundo, y que además, era capaz de todo por defender a su esposa.

Como por arte de magia el Magnum de Diana que había caído lejos de ella, apareció en la mano derecha de Felipe, quien disparó tres veces seguidas; lo que representó tres bajas para sus atacantes.

Con el humeante Magnum en su mano derecha, y sin importarle que pudieran herirlo a él también, o matarlo, se arrodilló al lado de Diana, y le dijo, como si nada estuviese pasando:

—Tranquila mi amor. Estoy contigo.

Después acarició dulcemente el vientre de su esposa, y exclamó:

—Dios te bendiga y proteja, hijo.

Bill apuntó su arma hacia la pareja, pero cuando empezó a apretar el gatillo y a pesar de que Felipe ni siquiera parecía verlo, del Magnum brotó otro foganazo. Bill giró sobre sí mismo y cayó cerca de Charlotte.

Algunos vigilantes de la finca lograron entrar también por la puerta trasera del anexo, y uno de ellos disparó contra Diana, hiriéndola nuevamente, esta vez en

el brazo, haciéndola saltar del dolor.

El otro, apuntó a la cabeza de Felipe.

Pero antes de que pudiese disparar, la poderosa Colt 45 de Pablo iluminó el sitio con cinco fogonazos en rápida sucesión y retumbó con sendas explosiones dentro del pequeño cuarto.

Los atacantes, golpeados casi simultáneamente por los gruesos y poderosos proyectiles del arma de Pablo, cayeron de espaldas, dando grandes alaridos.

Instintivamente Charlotte, todavía sin recuperarse de la muerte de su amado Bill, trató de poner a salvo a Tessa.

La haló por uno de sus delgados brazos y la empujó hacia la puerta, para que huyera y no presenciara lo que había acontecido dentro del inmueble.

La Gata acusó de traidora a su antigua socia y sin piedad alguna disparó dos veces contra la niña, pero Charlotte la protegió con su cuerpo y los proyectiles impactaron en su espalda.

La niña, horrorizada, en lugar de huir, se inclinó sobre su protectora, llorando desesperadamente y rogándole que no muriera, que la necesitaba.

XLII

Para proteger a Diana y a Pablo, Clayton y los demás agentes se habían quedado atrincherados en el camino que conducía a la parte frontal del anexo.

Cuando oyeron los numerosos disparos y gritos, subieron hasta el lugar de los hechos.

Se encontraron a Felipe arrodillado junto al ensangrentado cuerpo de Diana.

Viéndose perdida, la Gata colocó su pistola en la sien de Tessa, y gritó a Robert:

—¡Usted es el director de Interpol! ¡Lo he visto por la prensa! ¡Ordene a sus hombres que bajen todas las armas o mataré a la niña!

Robert obedeció.

—Diga a mis hombres que suban.

—Ya no le quedan señora. Todos están muertos.

—Entonces usted vendrá conmigo y con la niña.

—Es un delito muy grave el que está cometiendo, señora. Todas las policías del mundo la buscarán. No se saldrá con la suya.

—Ustedes no saben ni quién soy.

Pablo le respondió:

—Te equivocas. Yo sí sé quién eres. Lo supe desde el principio. Te crees muy inteligente, pero eres una idiota, una estúpida... solo una imbécil como tú podría pensar que nadie notaría lo de *Impresión, Sol naciente*...

—¿Quién es usted?

En lugar de responderle, Pablo continuó provocándola:

—Estuviste a punto de tener en tus manos esos doscientos millones de euros, bastaba con que pulsaras “acepto” en la casilla de la cuenta de Gregorio en esa tableta.

Era una orden irrevocable y el dinero se transmitiría automáticamente mediante un programa aleatorio, a unas cuentas que la misma tableta les indicaría. Un segundo más, y nadie habría podido quitarte ese dinero.

Esa tableta electrónica —dijo Pablo, enseñando la tableta que estaba al lado del cadáver de Bill— bastaba para que recibieras tu cochino dinero.

¡Una sola tecla, cretina, una sola tecla y tenías doscientos millones de euros en tus cuentas cifradas!

La mujer lo oía, asombrada, entre curiosa y furiosa al mismo tiempo. De vez en cuando dirigía una mirada de soslayo a la tableta, que estaba cerca del cuerpo de Bill, a unos dos metros.

Quería disparar contra Pablo, pero al mismo tiempo deseaba saber más de la tableta, sobre sus posibilidades de recibir todavía ese dinero, y se preguntaba si con un rápido movimiento podía apoderarse de esa ella, que era la llave para recibir una inmensa fortuna; la cual, ahora no tendría que compartir con Bill ni con Charlotte.

Pablo seguía insultándola, al mismo tiempo que con su dedo índice señalaba la tentadora tableta.

Robert entendió que lo que quería Pablo era distraer a la Gata para que él pudiera acercársele más.

—¡Ignorante, te la echas de culta y no eres más que una gran tonta! ¡Botaste doscientos millones de euros! ¡Ahí están, en esa tableta!

Pablo no pudo terminar la palabra, la mujer calculó que si disparaba contra

Pablo tendría tiempo suficiente para recoger la tableta del suelo y fugarse con Tessa de rehén.

Apretó el gatillo, pero Robert estaba atento y le golpeó el brazo justo cuando la mujer disparaba su arma contra Pablo.

Sin soltar el arma que ahora volvía apuntar hacia la pequeña Tessa, la mujer se apoderó de la tableta que estaba sobre el cadáver de Bill, la metió en su bolso, y a golpes y empujones se llevó a la niña camino abajo, hacia la caseta de la entrada.

Pablo siguió a la Gata a prudente distancia, para intervenir en el momento oportuno, cuando la niña no estuviera en tanto riesgo.

Como Tessa era un estorbo para su fuga, porque se aferraba a cuanto árbol o poste veía, la mujer tuvo que soltarla, y la niña corrió hacia Pablo, en busca de protección.

Con fuerte voz, Pablo gritó, para que Robert y Felipe supieran que no tenían por qué preocuparse por la niña:

—¡Tengo a la niña! ¡Tessa ya está a salvo! ¡Misión cumplida!

La Gata aprovechó el momento para subirse al Citroën negro, que tenía las llaves pegadas, lo prendió y escapó a toda velocidad por la carretera a Chartres.

A los pocos segundos, se escuchó una terrible explosión, el Citroën voló en mil pedazos y grandes llamas, levantando una enorme y oscura columna de humo negro.

Impresionado, Morles regresó con la niña en brazos al anexo, y preguntó a Felipe, quien atendía, besaba y consolaba a su malherida esposa:

—¿Felipe, fuiste tú quien envió la señal de microondas, la que hacía detonar el C-4?.

—No, Pablo. Te juro que no. Quise hacerlo desde el teléfono de Diana, pero olvidé la clave. No lo vas a creer, en el momento olvidé la fecha de mi nacimiento. Además, la niña estaba con ella.

—Robert tampoco fue. ¿Quién sería?

—No sé. ¡Dios hizo justicia!

Los médicos entraron y sacaron a Diana en una camilla para trasladarla al hospital.

Diana había oído la conversación, y a pesar de que sus heridas eran muy dolorosas, esbozó una débil sonrisa y pensó:

—*¡Temí no recordar a tiempo la fecha exacta de nacimiento de mi esposo!*

XLIV

—Charlotte está muy grave y quiere despedirse de la niña, Pablo. Le cogió cariño. ¿Qué hacemos?

—Déjala que se despida de Tessa. Entre ella y la niña surgió un verdadero afecto y *amor con amor se paga*, Robert. No importa la edad.

—¿Es otro caso del síntoma de Estocolmo?

—Es diferente. De no haber sido por Charlotte, Tessa habría fallecido.

La mujer fue cómplice del delito de secuestro, pero en el último momento, el decisivo, hizo todo cuanto pudo para salvarla.

—De todas maneras, si no muere, irá presa, Pablo. Su futuro no luce atractivo.

—Si sobrevive, podríamos ayudarla para que la sentencia no sea muy fuerte.

Creo que Bill le hizo creer que estaba enamorado de ella para que cooperara en el fraude.

Los secuestradores y los extorsionistas siempre buscan el lado flaco de sus víctimas: el de Charlotte fue el dinero; y el de Leclerq, su pequeña hija.

—Es posible que hable con el comisario Flamcourt para que la Policía Nacional deje constancia en el expediente de que Charlotte salvó a la niña. Eso la ayudará.

—Lo harás, Robert. Te conozco. Quieres que te respeten como un jefe duro, exigente e implacable; pero te duele en el alma que alguien vaya preso.

—Me debes muchas explicaciones, Pablo: entre ellas, quién eran la otra mujer, la Gata, y quién el tal Bill, el hombre que le disparó a Diana.

—A estas alturas ya debías saberlo, Robert. Pero vamos a acompañar a Diana

a la clínica, espero que pueda recuperarse y que nada le haya pasado a su bebé.

—¿Qué pasó con Alex, Pablo? Me refiero al exnovio de Michelle...

—Lo encontramos sin vida, todavía esposado al mismo vehículo donde lo dejaron los policías de Chartres. Lo mataron sus propios cómplices.

Nos mintió sobre el número de hombres que había en la finca, pues resultaron ser muchos más de los que nos dijo.

Eso nos hizo mucho daño, porque advirtió a los secuestradores nuestra presencia.

Nuestro plan era tomar por asalto sorpresivamente el anexo, apresarlos a todos y liberar a Tessa y a Felipe.

Pero su advertencia desató una batalla que arrojó varios difuntos, incluyéndolo, y numerosos heridos, entre ellos, Diana.

—Jean Claude Leclerq se salvó de tener a ese malandro como yerno.

—Alex nunca fue novio de Michelle Leclerq, Robert, lo que pasó fue que el automóvil de ella estuvo en reparación en el taller de Alex, y como esa reparación duro mucho, Alex la llevaba en el suyo todas las noches a tomar café.

—Pensé que la llevaba a comer helado. Es lo que hace Ted, el novio de mi hija. No puedes imaginarte la ansiedad con la que todas las noches Louise Anne espera que Ted la lleve a esa heladería.

—La diferencia no es mucha: según Michelle, el café que le brindaba Alex era aguado y tan frío como un helado.

—¿Y sin embargo iban todas las noches a esa cafetería, Pablo?

—Sí. Los jóvenes de ahora son difíciles de entender, amigo.

XLV

Cuando llegaron a las oficinas del comisario Flamcourt de la Policía Nacional en París, una multitud de periodistas, camarógrafos y fotógrafos, y centenares de curiosos, los estaban esperando.

Robert les prometió una rueda de prensa, inmediatamente después que entregara a los esposos Leclerq su pequeña hija.

Clayton no pudo evitar responder anticipadamente algunas preguntas:

—¿Cómo está Tessa?

—Físicamente está bien, a pesar de que fue muy maltratada por sus captores. En este momento estamos preparando su entrega a la familia Leclerq, y está siendo asistida por nuestras expertas Sandra Campbell y Magda de Morles.

—¿Es verdad que usted pidió refuerzo policial a otro país para manejar este caso?

—Eso es normal en Interpol, pues somos coordinadores de algunas actividades que realizan las departamentos de policía de los países miembros, cuando esas actividades, como en el presente caso, tienen repercusión internacional o abarcan varias jurisdicciones.

Como los secuestradores exigieron a Leclerq que designara a un extranjero como intermediario, solicitamos la colaboración del inspector general Felipe Maita, primer comandante de la policía de su país; y de su esposa, la segunda comandante, Diana Rosen de Maita, quien no obstante estar embarazada intervino heroicamente, aunque resultó con graves heridas en el muslo y brazo derechos.

Elevaré una petición al presidente de la república para que imponga a los esposos Maita-Rosen la más alta condecoración por los valiosos servicios prestados, cónsona con su importancia y nivel de sacrificio.

La Policía Nacional, a través del comisario Gerard Flamcourt, y los departamentos policiales de Chartres, Vernon y Giverny, fueron determinantes para la solución de este delicado y difícil caso.

Francia puede estar orgullosa de sus cuerpos policiales.

—¿Cómo está Diana? ¿Se salvará? ¿Perdió a su bebé?

—Aunque las heridas fueron muy profundas, no afectaron órganos vitales. Diana se recuperará y tendrá, Dios mediante, un embarazo normal... Su hijo se llamará Felipe, como su padre.

—¿Es cierto que el detective Pablo Morles trabajó en ese caso?

—Por supuesto, lo designé agente especial de la Policía Nacional para este caso. Normalmente, el detective Morles trabaja solo como asesor de Interpol.

Su fama es legendaria. No solo nosotros lo consultamos, sino también los más prestigiosos cuerpos policiales de otros países.

Pero en este caso tuve el honor de verlo, no solo como el extraordinario asesor que ha sido, aún antes de su llegada a Francia, sino luchando hombro a hombro contra una de las más peligrosas bandas, como uno más de nuestros valientes policías, en medio de una lluvia de balas, disparando su poderosa Colt 45, y arriesgando valerosamente su vida para salvar la vida de una niña francesa y las del inspector Felipe Maita y de la esposa de este, la señora Maita.

—¿Dónde está Morles?

—Entregando la niña que rescatamos a la familia Leclerq, en un lugar que en este momento no podemos divulgar, por razones de privacidad y de seguridad.

—¿Es verdad que los secuestradores eran importantes empleados públicos?

—Sí, dos de ellos eran importantes funcionarios.

—¿Puede decirnos sus nombres?

—El inspector Morles se los dirá en la conferencia de prensa que daremos en las próximas horas.

Los jefes eran un hombre y una mujer que se hacían llamar *la Gata* y *Bill*, respectivamente.

Pero tenían muchos hombres armados a su cargo.

Bill era quien llamaba a la residencia de los Leclercq, identificándose como *Boronali*.

—¿Por qué el caso se denomina *Impresión, Sol Naciente*?

—En homenaje a Claude Monet, nuestro gran pintor impresionista.

Los secuestradores utilizaron el cuadro de Monet para negociar el pago del rescate.

—¿Es verdad que una de las secuestradoras fue la famosa marchante de arte Charlotte Blanche?

—Estamos investigando su posible participación en el caso, pero hasta ahora la información que tenemos es que ella cuidó de Tessa, y recibió en su espalda las balas que la jefa de los secuestradores disparó contra la niña.

Charlotte se encuentra muy grave y su estado es de pronóstico reservado.

—¿Pagaron rescate, señor director?

—No. Puedo garantizarles que ni la familia ni el gobierno, ni nadie más, llegaron a pagar suma alguna. ¡Ni un euro!

Esas son todas las preguntas que puedo responderles hasta ahora.

En la conferencia de prensa, el detective Morles y yo les responderemos todas

las preguntas que nos hagan y que no afecten la investigación.

¡Muchas gracias!

XLVI

Apenas rescatada, Tessa fue encomendada al cuidado de Sandra y de Magda, quienes después de los exámenes médicos y psicológicos de rigor, consideraron que podía ser devuelta a su familia, pero sin el acoso de la prensa y curiosos.

Dentro del vehículo oficial que los conducía al lugar de la rueda de prensa, Clayton dijo a Morles:

—Todos están felicitándome, Pablo y haciéndome muchas preguntas sobre cómo solucioné este caso tan difícil y delicado; y lo peor es que no sé ni quiénes eran los secuestradores ni qué fue lo que pasó.

¿Quiénes fueron?

Pablo le respondió, sin poder ocultar su satisfacción por el hecho de que Robert hubiese reconocido, ante Felipe Maita —quien también iba con ellos en el mismo vehículo—, que a esas alturas ignoraba quiénes habían sido los jefes de la banda de secuestradores:

—El hombre, el llamado Boronali, o Bill, era Guillaume Morelli, el contralor del museo.

—¿Y la otra mujer, la Gata? ¿Quién era? Me pareció que era una persona conocida, pero no logro precisar quién.

—Si no te cuento la historia completa, jamás creerás quién era.

—Sé que no me lo dirás hasta el final y no tenemos tiempo que perder... ¿Y Charlotte, Pablo, qué papel jugó? ¿Qué debo decir a la prensa sobre ella?

—La verdad, Robert. Diremos que Charlotte fue seducida por Guillaume para que certificara que una burda copia era el original de *Impresión, Sol naciente*.

—¿Burda copia, cuál burda copia?

—La que tienes en tu caja fuerte. El original es el que se exhibe en el Marmottan desde 1991, poco después de que fue recuperado en Córcega.

—¿Cómo puedes afirmar con tanta seguridad que ese es verdaderamente el original, Pablo? Podrás saber mucho de otras cosas, pero en arte, eres un troglodita.

Los dos más grandes expertos en el mundo sobre el arte de Monet, que son Jean Claude y Charlotte, afirman que el original no es el que está en el museo, sino el del rollo, el que tenemos en mi caja fuerte.

—Pues se equivocaron. En primer lugar. Si yo hubiese tenido el original de ese cuadro, que todos coinciden en que vale mucho más que los doscientos millones de euros que los secuestradores pedían, jamás lo habría entregado a cambio de nada.

Y ellos, los secuestradores, lo enviaron a Leclerq incluso antes de secuestrar a la niña. En su lugar, yo habría mandado una copia; y eso fue lo que hicieron.

De haber sido el original, jamás lo habrían entregado antes de recibir los doscientos millones de euros. ¡Eso me indicó que la de la tela del rollo era una copia! ¡El original no tiene precio!

—Pero los dos más grandes expertos en el arte de Monet, es decir, Jean Claude y Charlotte, certificaron que los secuestradores nos enviaron el original de *Impresión, Sol naciente*.

—De arte, sé poco o nada, Robert. Estamos de acuerdo. Pero como detective, mis ojos están entrenados para ver diferencias que otros, ni siquiera los expertos en arte, a veces son capaces de ver...

—¿Cuáles fueron las diferencias que tú viste y ellos no, Pablo?

—¿Recuerdas que te dije que hice el sacrificio de ir al Marmottan para ver la obra *Impresión, Sol naciente* que tienen guindada allí?

—Sí. Me dijiste que no obstante tu fobia a los museos, lograste permanecer casi diez minutos en el Marmottan; lo que me costó creer.

—Pero fue verdad: en esos diez minutos, no vi ese cuadro con los ojos de un admirador, ni con los de un crítico de arte, ni con los de un artista. Los vi con ojos de lo que soy: un detective, un policía.

—¿Y qué descubriste?

—Que era falsa la afirmación de Leclerq de que la única diferencia entre las dos obras que podía apreciarse “a simple vista”, es decir, sin lentes y sin equipos especiales, era un ligero desplazamiento a la derecha, de solo fracciones de milímetros, de la figura humana que está en el primer bote; figura que, por cierto, más bien me pareció un bachaco oscuro.

Felipe disimuló la risa.

—Muy gráfica tu expresión, pero todavía no me has dicho tu descubrimiento artístico. ¿Por qué afirmas que Leclerq nos mintió?

—Quizás nos mintió involuntariamente, pero observé, Robert, además de esa, dos diferencias más entre ambos cuadros, que a pesar de ser evidentes, no observaron los expertos:

En lo que parecen ser dos grandes barcos atracados en el muelle de Le Havre, observé que uno de los mástiles de esos barcos es más alto en la pintura que está en el Marmottan, que en la que tenemos nosotros; y que otro mástil es ligeramente más gordo; poca cosa, pero sí es más grueso. Y todo eso lo descubrí a simple vista, sin lentes ni equipos especiales.

—¿Estás seguro?

—Como sabía que dudarías de mis profundos conocimientos artísticos, te traje las fotos para que tú mismo compares los mástiles en las dos telas.

Los tres hombres compararon las fotografías en el archivo del móvil de Pablo.

—Pero eso no quiere decir que el verdadero sea el que está en el museo.

—Sí, es verdad. No lo niego. Pero eso nos indica que ni Leclerq ni Charlotte vieron a fondo esos cuadros. De modo que sus certificaciones valen lo mismo o menos que las mías, pues yo encontré más diferencias que ellos.

—Te conozco, Pablo, ¿qué más descubriste?

—En mi país, hay un sabio refrán que dice: *Más hala un pelo púbico de mujer que una yunta de bueyes.*

Robert y Felipe no pudieron evitar reírse escandalosamente.

—Ja, ja. Hay que reconocer que tus informes son más originales que los de mis otros agentes. ¿Quieres decirme con eso que sospechaste de la existencia de una relación amorosa entre Jean Claude y Charlotte? Pero eso no es nuevo: ¡él mismo lo confesó!

—Sí, esa relación amorosa la supuse y él me la confirmó. Pero no fue la única. La lógica me decía que había otro pelo púbico de mujer detrás de ese secuestro.

Que Leclerq confirmara que la tela era auténtica, sin haberla examinado debidamente, me pareció un efecto normal de la tracción pilosa: se enamoró perdidamente de Charlotte, confió ciegamente en ella, en su honestidad y en sus conocimientos, y simplemente se adhirió a lo que su amante dijo.

Además, Jean Claude no podía hacer a la obra *Impresión, Sol naciente*, un examen tan profundo como el que yo hice.

—¿Te oí mal? ¿Dijiste que el profesor y catedrático Jean Claude Leclerq, director del Museo Marmotan, autor de numerosos libros sobre Monet y quien viaja por todo el mundo dictando conferencias sobre el movimiento impresionista francés, no era capaz de hacer a *Impresión, Sol naciente* un examen más profundo que el que le hiciste tú en tu única visita de casi diez minutos al Marmottan?

—Exactamente, Robert. Eso fue lo que dije. Tienes buenos oídos.

—¿Y se puede saber por qué tú en menos de diez minutos de carrera artística puedes hacer a ese cuadro un examen mejor que el de él, que lleva más de cincuenta años estudiando la pintura de Monet?

—Muy sencillo, Robert: porque Jean Claude está más ciego que un topo. ¿No has visto los gruesos lentes que usa? ¿No nos dijo la esposa que ella tenía que leerle los libros sobre Monet, porque él ya no veía? Tiene que confiar en lo que los demás le digan.

Además, nadie a quien le secuestren una hija puede tener la mente despejada para examinar un cuadro y determinar si es el original o no lo es.

—Tienes razón, Pablo. No pensé en eso.

—El mismo Jean Claude me dijo que sabía que Charlotte nunca estuvo enamorada de él, porque era más joven, muy bella y, además, con mucho dinero y prestigio en el mundo del arte.

Michelle me envió copia del correo que Charlotte le dirigió y con el cual comenzó la relación entre ambos.

La mujer atrajo primero su atención exhibiéndole sus numerosos títulos y después remató al exhibirle su cuerpo; y lo puso a comer en sus manos, con su dulce personalidad.

Los títulos de Charlotte nunca fueron verdaderos, los verifiqué; pero su belleza y su dulce personalidad sí fueron genuinas.

Me pregunté: ¿por qué tanto interés en seducir a Jean Claude?

—Prosigue, Pablo. Empiezo a descubrir tu complicado proceso mental.

—Entonces me dije, ¿por qué? ¿Por qué una mujer que todo lo tenía en la vida, se arrimó a un profesor de arte, encerrado en sus libros, menospreciado, por no decir despreciado, hasta por su propia esposa?

Tenía que haber una razón; y la había: ¡doscientos millones de euros!

Las ideas locas que estuvieron dando vueltas en mi cabeza, entonces empezaron a aterrizar.

XLVII

—No te detengas, Pablo, por favor. ¡Pronto llegaremos a la sala de prensa y está llena de gente que nos espera!

Dijiste que habías encontrado otro pelo... ¿de quién era ese otro pelo?
—preguntó Clayton.

—No te preocupes, aceleraré mi narración:

La luna de miel entre Jean Claude y Charlotte duró un semestre, y terminó unos meses antes del secuestro de Tessa.

Me pareció muy extraño que ese amorío y el secuestro, estuviesen relacionados con el mismo cuadro; y, como es lógico, deduje que ese romance había sido planificado por alguien para estafar al Marmottan.

Sospeché del mismo Jean Claude, de Geraldine, de Michelle, de Adolphe, de Alex, del profesor Richards, y, muy especialmente, de ti y de Guillaume Morelli, el amigo de Jean Claude, que al mismo tiempo fungía de contralor del museo.

—¿Sospechaste “muy especialmente” de mí, Pablo? ¿Lo dijiste en serio?

—Claro, Robert. ¡Te quedaste con el cuadro! Te lo llevaste y lo guardaste en tu caja fuerte.

Las risas casi ahogaban a Felipe.

Pablo continuó su exposición:

—Dos hechos ilícitos me indicaron que Guillaume Morelli no estaba tan limpio como se suponía que debía ser un contralor:

El primero fue la historia que Geraldine nos contó sobre cómo su esposo había salvado a Morelli cuando vendió un cuadro falso, que ambos sustituyeron por

el original, para que el dictamen de los expertos y, por ende, la sentencia, fuesen favorables al ladrón.

El segundo, ya te lo informé, fue el caso del cuadro desaparecido en el instituto de arte donde estudiaba Adolphe y que este tontamente dijo haber robado, para encubrir a Michelle, creyendo que ella había sido la autora del delito.

Adolphe se salvó de ir a la cárcel, porque Morelli, a quien el joven casi no conocía, lo defendió ardorosamente, para que no se abriera una investigación penal que pudiera descubrir que el autor del robo había sido el mismo Morelli.

Entonces, buscando el otro pelo, corrí el enorme el riesgo de citar a Guillaume Morelli.

Clayton le preguntó:

—¿Por qué dices que “corríste el enorme riesgo” de citarlo?

—Porque estaba seguro de que él era Boronali, uno de los secuestradores, y esos habían jurado matar a la niña, si Leclerq avisaba a la policía.

Morelli acudió asustado a la cita, y se llevó una gran sorpresa, en lugar de apresarlo o de someterlo a un feroz interrogatorio, le pedí su colaboración para pagar el rescate a los secuestradores, ya que supuestamente el presidente de la república nos había ordenado pagar primero los doscientos millones de euros.

Además le dije que el presidente nos había exigido no dar paso alguno, sino después de que los secuestradores hubiesen cobrado el dinero, y entregado a la niña.

Desde luego, Morelli se fue muy contento de nuestras oficinas, ya que él y la Gata tenían diseñado el esquema para transferir el dinero, tan pronto lo recibieran, a varias compañías fantasmas, con acciones al portador, ubicadas en varios paraísos fiscales.

Con un minuto que ese dinero estuviese disponible en la cuenta del intermediario, sería suficiente para desaparecerlo, sin dejar rastros.

—Hasta ahí, todo está claro, pero no entiendo cuál fue el rastro que te condujo a la otra mujer, a la llamada la Gata.

La Gata, Robert, era nada menos que la dueña del otro pelo: Aimée Lefèvre, la directora de la Academia de Bellas Artes. Siempre tuvo fama de ser una mujer con una gran cultura, eficiente y muy cuidadosa en todo lo relacionado con la administración y protección de los dineros públicos.

Todavía me cuesta creer que ella haya sido la jefa de una organización criminal de amplios registros.

Lo adiviné también usando la lógica, Robert.

—No te entiendo, Pablo.

—Jean Claude no podía ser el diseñador de ese fraude, porque, en primer lugar, él jamás habría arriesgado la vida de su propia hija, ni siquiera a petición de Charlotte; y en segundo lugar, porque no tenía los conocimientos, ni la osadía ni la maldad necesarios para hacerlo.

Convencido como siempre estuve de que el secuestro había sido diseñado por alguien que conocía no solo el entorno familiar de Leclerq, sino los complicados mecanismos de las autorizaciones requeridas para el pago, examiné el círculo de amistades de Jean Claude; y me encontré con que solo tenía un amigo: el contralor Guillaume Morelli, alias Boronali, alias Bill.

Pero Morelli, aunque sabía de cuentas y no tenía muy santos antecedentes, carecía del poder político que se necesitaba para mover con tanta celeridad y eficacia los pesados mecanismos para la liberación de la partida con la cual se haría el pago del rescate.

—Es verdad. Morelli solo era un funcionario de mediana o baja categoría.

—Entonces, Robert, pensé: ¡Hay alguien más: una persona con poder político e indiscutible autoridad para activar todos esos mecanismos!

Era un hecho notorio que Morelli había sido designado contralor interno del Marmottan, gracias al apoyo de Aimée Lefèvre, la rígida, exigente y chillona directora de la Academia de Bellas Artes.

La única explicación para que un personaje tan oscuro como era Morelli en el medio del arte, llegara a ocupar un cargo, aún de mediana importancia, en el prestigioso Museo Marmottan Monet, ¡era otro pelo público de mujer!

En este caso, la tracción pilosa fue ejercida por Aimée sobre Morelli, quien entonces pretendía estar enamorado de Charlotte, por instrucciones de la misma Aimée.

Como la tracción de Aimée estaba reforzada con la minucia de doscientos millones de euros, derrotó fácilmente la atracción más amorosa que pilosa, que Charlotte ejercía sobre el mismo individuo.

Entre admirados, asombrados y divertidos, Felipe y Robert habían oído los extraños razonamientos de Morles.

Clayton le dijo sonriendo:

—¡Estás loco de atar, Pablo! ¿Cómo quieres que yo le diga eso a la prensa, lo la de la tracción pilosa? Pensarán que soy un enfermo sexual...

Pero no te detengas, continúa... El cuento está interesante y allá la gente está impaciente.

—Sabes también, Robert que el mismo Morelli, como presunto amigo de Jean Claude, se ofreció para gestionar ante la directora la autorización que el ministerio de las finanzas requería para la movilización de la partida extraordinaria destinada al pago del rescate del secuestro.

—Sí, él mismo lo dijo.

—La señora Lefèvre mantuvo su “teatro” de hacerse la difícil para otorgar esa autorización, a pesar de que siempre había tenido serias divergencias con Leclerq, quien aspiraba a sucederla y le estaba “serruchando la silla”; pero en el último año, supuestamente gracias a Morelli, Aimée había ablandado su dura posición en contra de su rival.

—También es cierto, Pablo.

—Entonces, sumé dos más dos: ¡Aimée era la jefa! Lo demás, ya lo conoces.

—Sin embargo, ella actuó a instancias del presidente de la república, y no creo que te atrevas a hablarme de otro pelo.

—Mejor no entro en esas profundidades, pero el presidente nunca supo del secuestro. Todas esas cartas y aprobaciones las falsifiqué yo.

Aimée y Morelli, vale decir, la Gata y Boronali o Bill, respectivamente, jamás habrían podido cobrar el rescate.

—Entonces sí es verdad que la niña secuestrada y Felipe, aquí presente, corrieron un grave riesgo.

—Sí, pero los resultados fueron buenos. Por Felipe no me preocupé tanto, porque sabía que mayor riesgo estaban corriendo con él los secuestradores, que él con ellos.

En todo caso, a veces, en la vida uno tiene que correr algunos pequeños riesgos.

—¿Algunos pequeños riesgos? Hubo varias víctimas fatales y heridos, entre estos últimos, Diana.

Y la niña pudo sufrir las consecuencias.

¡Pero ya llegamos, Pablo! ¡Nos esperan en la sala de la prensa!

Por favor, ¡compórtate, hay muchas damas en la sala! ¡No digas locuras...!

—Tranquilo, Robert. Me comportaré casi tan educadamente como Jesús, nuestro portero.

—Espera, Pablo: todavía tienes que aclararme algo: si el original de *Impresión, Sol naciente* es el que desde 1991 se exhibe en el museo, ¿quién pintó la copia que guardo en mi caja fuerte?

—No sé. No he viajado a Japón ni a Córcega.

Quizás la hizo algún copista que tuvo el privilegio de tener acceso al original durante los casi cinco años que los ladrones mantuvieron en su poder esa obra de arte.

Pero no se te ocurra botarla, Robert: además de ser evidencia de un delito, esa burda copia fue certificada como el “auténtico original” de *Impresión, Sol naciente*, y como “el mejor Monet visto en su vida”, nada menos que por Jean Claude Leclercq, director del Museo Marmottan Monet, y por Charlotte Blanch, dueña de la afamada galería de Arte *El Sol de Monet*, quienes, como todos sabemos, son las mayores autoridades del mundo en lo que concierne a la obra del gran pintor Claude Monet.

Si se te ocurre venderla, no digas a los compradores que un detective llamado Pablo Morles, afirmó que esa tela no era el original, sino una defectuosa copia.

Felipe los vio entrar a la sala de prensa, que estaba abarrotada de camarógrafos, periodistas, locutores, técnicos de iluminación y de sonido, funcionarios, guardias y un numeroso grupo de curiosos.

Al poco rato, Felipe oyó una explosión de risas y carcajadas en el inmenso salón de prensa, y grandes aplausos.

—Le preguntaron algo a Pablo. Ojalá que no haya respondido con su tesis sobre los pelos. ¡Pobre Clayton, la vergüenza que debe estar pasando!

XLVIII

La alegría de los esposos Leclerq cuando Pablo les entregó a su pequeña Tessa, más o menos una hora antes de que comenzara la rueda de prensa, no tuvo límites.

La madre adoptiva de Pablo, Sandra Campbell, y su esposa, Magda de Morles, acompañaron a la niña durante la entrega, en su condición de funcionarias del departamento social de Interpol.

La pequeña estaba feliz de regresar a su casa y abrazó con emoción a sus padres, a su hermana y a Adolphe.

Tessa declaró que Charlotte durante el secuestro, siempre la atendió y cuidó bien, con mucho cariño; pero que la Gata y Bill la trataron muy mal: de ellos solo recibió insultos, amenazas y golpes.

Jean Claude le dijo:

—Gracias, Pablo. No tengo cómo pagarte. De no haber sido por ti, habría perdido a Tessa.

Gracias, también por haber aconsejado a Michelle que hablara conmigo. Estábamos muy distanciados.

El señor Clayton estaba en lo cierto cuando afirmó que tú eras el hombre indicado para rescatar y salvar a mi hija. Perdona los insultos que te dije ese día. Fue un momento de locura.

—Robert y yo tuvimos mucha ayuda, Jean Claude: la de Felipe y Diana, la de muchos funcionarios y órganos policiales franceses, y también la tuya, que seguiste fielmente nuestras instrucciones.

Geraldine, la madre de Tessa, bañada en lágrimas besó a Morles en ambas mejillas, sin encontrar palabras para expresarle su agradecimiento.

Después de unos minutos, Geraldine solo pudo preguntar:

—¿Cómo está Charlotte? Si la ve, por favor dígame que le agradezco lo que hizo por mi hija; y que rezaré por ella para que se recupere pronto.

—Así lo haré, señora. Cuente con ello.

—Otra cosa, inspector: le ruego olvidar todas las barbaridades que le dije de Jean Claude. Descargué en mi pobre marido toda mi rabia, todo mi odio a los secuestradores, mis frustraciones y mis sentimientos de culpa, por no haber cuidado como debí hacerlo, a mi hija Tessa. Jean Claude es el único hombre a quien he amado y a quien amo.

—Me alegra, Geraldine. Su esposo es un buen hombre.

Adolphe se acercó y le dijo:

—Gracias, inspector. No sé cómo lo hizo, pero la morsa Richards me llamó y me dijo que la computadora del Instituto se había equivocado y que mis notas eran excelentes; me pidió excusas por el imperdonable error y me rogó reincorporarme a mis estudios.

—Esa morsa no tuvo más remedio que hacerlo, Adolphe: lo amenacé con meterlo preso por adular intencionalmente tus calificaciones para expulsarte. Cuando vio la patrulla afuera, se dio cuenta de que se había equivocado.

Además, Charlotte declaró que le constaba que el cuadro no había sido robado por ti, sino por el profesor Guillaume Morelli.

Morelli se vio obligado a defenderte porque una averiguación penal sobre la desaparición del cuadro de tu centro de estudios, lo habría descubierto. Esa fue una de las cosas que me hizo sospechar de él.

XLIX

La felicidad de ese día hizo olvidar a la familia Leclerq todas las angustias por las que habían pasado.

Michelle fue la última que felicitó y agradeció a Pablo el rescate de Tessa:

Estaba bellísima, con un vaporoso y casi transparente vestido de flores, que dejaba al aire libre sus pechos y sus hermosas y bien formadas piernas.

Se acercó a él lentamente y con la misma mirada de un torero que va a rematar al animal. Luego le dio un abrazo largo, prolongado, demasiado apretado.

Durante el abrazo, sin soltarlo, la joven aprovechó para apretarle el lóbulo de la oreja izquierda muy lenta y sensualmente, con sus bellos y tibios labios rojos, mientras que le susurraba al oído:

—¡Te gané, Pablo! ¡Reconócelo! Te abracé, te besé, te mordí la oreja y casi te violé delante de tu esposa, de mis padres, de tu madre y de mi novio, ¡y nadie pudo reclamarme!

Además, esta noche Magda te dará un café frío, porque con mis besos te manché la oreja de rojo con no menos de media barra de mi preferida pintura de labios.

Pero no te preocupes, mi héroe: ¡Te ganaste una jarra de mi delicioso café caliente! Cuando quieras, puedo servírtelo. ¡No te librarás de mí, te pasará como a mi beisbolista!

Pablo soltó una carcajada y le respondió:

—¡Estás loca, completamente loca, Michelle! Pero gracias por tu ofrecimiento.

Lo que no sabes es que mi esposa, mis hijos, mi portero y yo, mañana regresaremos a nuestro país con Felipe y Diana, en el mismo avión. ¡Terminó nuestra pasantía en Francia!

Michelle le preguntó con picardía:

—¿No cabrá alguien más? Si no hay asiento disponible, podría ir sentada en tus piernas.

¡Y, además, te serviría café caliente durante el vuelo!

L

Esa noche, todas las televisoras y noticieros de Francia publicaron la noticia del exitoso y arriesgado rescate de la niña, con fotos de la directora Aimée Lefèvre y del contralor Guillaume Morelli.

Por supuesto, en la primera plana de los diarios aparecieron grandes fotografías de Robert y de Pablo, tomadas durante la conferencia de prensa.

Debajo de una foto de Pablo, en la que con un círculo destacaba una gran mancha roja en la oreja y en el cuello del detective, uno de los más importantes periódicos de París, colocó la siguiente inscripción:

El heroico y valiente inspector Pablo Morles, conservó durante la conferencia de prensa su habitual sonrisa y su característico buen humor, aunque —como puede verse en la gráfica— tenía la oreja izquierda, el cuello y la camisa ensangrentados, como consecuencia de una herida de bala que recibió durante la feroz batalla que hoy tuvo lugar entre los cuerpos policiales y los secuestradores de la niña.

Obras del mismo autor

Novelas

Ojos y piernas

Amarte en Marte

Colección de novelas del detective Morles

Mansión Belnord

La dama del avión

Balas y flores en el fango

La boda de Klaus

Cuando la Muerte quiso ser bella

El secreto del señor Black

La muerte aprendió a volar

La joven de la ducha

El Sol de Monet

Cuentos

El postre de Dios

El sensual cuerpo de Cristina

La increíble historia de miss Ester

El misterio de la calle 14

Amor guarimbero

Cuando Bolívar entrevistó a Chungapoma...

La serpiente de plata

El mejor economista

7 cuentos fugaces

La Princesa

La cruz y el alcalde

Historias de Navidad

La Carpa de la Luz

3 Cuentos de Navidad

El lucero y la estrella

El regalo sin envolver y

Una feroz Noche de Paz

3 nuevos cuentos de Navidad

El cardenal Keita

Confesión navideña y

El árbol de la felicidad

Cuento traducido al inglés

The dessert of God

Biografía

Don Juan de Guruceaga, el pionero de las artes gráficas en Venezuela

Ensayo

Historia de dos cuadros